

My Desktop... may take a while to download.



APROXIMACIÓN HISTÓRICA AL CAMPO
DE LAS PERVERSIONES Y PERSPECTIVA
FREUDIANA

Unidad Académica: Facultad de Psicología.

Universidad Nacional de Mar del Plata.

“Aproximación Histórica al Campo de las Perversiones y Perspectiva
Freudiana”.

Informe Final del Trabajo de Investigación correspondiente al requisito curricular conforme O.C.S 143/89.

Apellido y Nombres de los alumnos:

Martinez, Alejandro Rafael. Mat.4955/99.

D.N.I: 25.366.944.

Rangone, Laura Vanesa. Mat.4506/98.

D.N.I: 27.039.690.

Apellido y Nombres del Supervisor:

Stazzone, Roberto.

Cátedra de radicación: Introducción a la Teoría Psicoanalítica.

Fecha de Presentación: Diciembre del 2009.

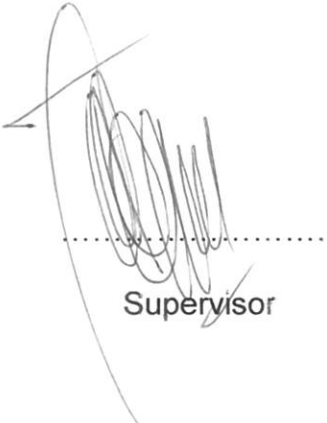


N° CLASIFICACION:	ADQUISICION:
T-23	
	N° INVENTARIO:
	R-942

Este Informe Final corresponde al requisito curricular de Investigación y como tal es propiedad exclusiva de los alumnos Martinez, Alejandro Rafael y Rangone, Laura Vanesa de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Mar del Plata y no puede ser publicado en un todo o en sus partes o resumirse, sin el previo consentimiento escrito de los autores.



El que suscribe manifiesta que el presente Informe Final ha sido elaborado por los alumnos Martinez, Alejandro Rafael (Mat. N° 4955/99) y Rangone, Laura Vanesa (Mat. N° 4506/98), conforme los objetivos y el plan de trabajo oportunamente pautado, aprobando en consecuencia la totalidad de sus contenidos, a los 30 días del mes de Diciembre del año 2009.



Supervisor

Evaluación del Supervisor

El presente trabajo presenta una coherencia sostenida en todo su desarrollo en relación a sus objetivos.

Ha sido realizado minuciosamente y con dos virtudes que me permitiré destacar:

- 1.- Rigurosidad crítica respetuosa de las conceptualizaciones psiquiátricas pre – freudianas y
- 2.- Sólida adhesión al texto psicoanalítico que – revelando lecturas complementarias al mismo – ha conseguido transmitir sin su auxilio la lógica conceptual del Maestro.

No sólo ha dado cumplimiento a las actividades planificadas, sino que ha incluido interesantes propuestas de interpretación contextual de los avances teóricos en uno y otro campo, lo que constituye – a mi modesto entender – un valioso aporte a la consideración del tema general.

Finalmente, debo también señalar la original y laboriosa re-construcción de los conceptos a lo largo de la obra freudiana que – sin pretensiones – ofrece una agradable y consistente reseña a la lectura del estudioso de los temas psicoanalíticos, cualquiera sea su grado de formación.


Lic. E. Roberto Stazzone.

Atento al cumplimiento de los requisitos prescriptos en las normas vigentes, en el día de la fecha se procede a dar aprobación al Trabajo de Investigación presentado por los alumnos Martinez, Alejandro Rafael (Mat. N° 4944/99) y Rangone, Laura Vanesa (Mat. N° 4506/98).

Firma y aclaración de los miembros de la Comisión Asesora:

Fecha de aprobación:

PLAN DE TRABAJO

Descripción resumida.

El presente trabajo consiste en una aproximación al campo de las perversiones. A tal fin se estructura en dos partes. La primera de ellas hace hincapié en un recorrido histórico de la construcción de la noción de perversión, en el marco de la psiquiatría clásica (siglo XIX); haciendo alusión simultáneamente a las consideraciones etiológicas de la época.

La segunda parte versa sobre el impacto que esta perspectiva psiquiátrica tiene en la obra freudiana, así como sobre el desarrollo que Freud realiza de esta temática.

En este segundo apartado el aspecto etiológico se aborda al considerar las vicisitudes del Complejo Edipo/ Castración.

Palabras clave: Perversión – Etiología – Psiquiatría - Complejo Edipo/ Castración.

Descripción detallada

Motivos y antecedentes

De los motivos:

El incentivo para la realización del presente trabajo surge a partir de nuestra asistencia, años atrás, al seminario *Psicoanálisis: Los modos de la defensa*,¹ donde abordamos diversas temáticas, entre ellas la cuestión de la perversión en la obra de S. Freud.

A ello viene a agregarse nuestro interés por los procesos históricos de construcción conceptual, en la medida en que consideramos que ningún constructo emerge del vacío, sino que es producto de una determinada configuración socio cultural, y toma como apoyatura aquellos desarrollos vigentes hasta el momento.

De los antecedentes:

El término *perversión* proviene del latín *pervertere*, que significa “dar vuelta”; desde lo disciplinar fue empleado en primer lugar por una incipiente Psiquiatría (de neto corte biologista) para determinar ciertas prácticas sexuales que se apartaban de la norma social. En esta línea se inscriben los aportes de los primeros alienistas (principios del siglo XIX), en la medida en que van plasmando un inventario de la patología sexual (trastornos importantes del comportamiento).

¹A cargo de la Cátedra de Introducción a la Teoría Psicoanalítica, durante el ciclo lectivo 2004.



Son los postulados de Morel (segunda mitad del siglo XIX) los que marcan la diferencia en cuanto a criterios de clasificación se refiere. “Me parece que una clasificación esencialmente basada en el elemento etiológico era el mejor medio para salir de la vía demasiado exclusiva que se había seguido hasta ahora al caracterizar a los alienados según las perturbaciones o las lesiones de las facultades intelectuales o afectivas.” (Morel, 1857 citado en Bercherie, 1980)

Es notable el interés de Morel por la cuestión de la herencia; así en su nosografía hace alusión a las llamadas “locuras hereditarias” en el marco de las cuales pueden inscribirse las perversiones sexuales.

La importancia atribuida a la herencia no será fácilmente resignada; de hecho Krafft-Ebing subraya la naturaleza congénita y degenerativa de las perturbaciones sexuales. Por su parte, es Binet, quien en 1887, en su trabajo “Le fétichisme dans l’ amour”, alude a la existencia de un elemento causal complementario a la herencia (hasta entonces considerada la causa de las causas). Un elemento tal remite a la potencia de un acontecimiento vivido, por lo general en la infancia. De modo que en las perversiones hay algo de fortuito y adquirido. Sin embargo, no ha de olvidarse que este elemento es, como se mencionó, “complementario”; determinada circunstancia solo tendrá carácter causal en tanto ha impresionado a un degenerado.

A este escueto paneo sobre la cuestión de las perversiones (o de la sexualidad en su conjunto, en tanto la consideración de sus “desviaciones”) cabe agregar aquellos trabajos que proponían una lectura evolutiva/darwinista de la sexualidad, bajo ópticas filo y ontogenéticas. Así, si el desarrollo individual recapitulaba las etapas de la filogénesis, las aberraciones sexuales se pensaban como trastornos del desarrollo ontogenético.

El particular interés por la ontogénesis del desarrollo sexual puso de relieve la idea de la existencia de manifestaciones sexuales en el niño, no necesariamente patológicas. (Moll, 1897 citado en Bercherie, 1988). Esta sexualidad *en la* infancia era considerada una actividad preparatoria del instinto, con un desarrollo particular y un orden propio, pero independiente de la sexualidad del adulto, de modo que no se la entendía aun como sexualidad infantil.

Habrá que esperar hasta los desarrollos freudianos para que una consideración tal se formule.

En 1905, Freud publica “Tres ensayos de teoría sexual”, donde señala la existencia de una sexualidad infantil, que sometida a pulsiones parciales y ligada a

varias zonas erógenas puede describirse como *disposición perversa polimorfa*. Ello implica una universalización de la cuestión de la perversión, en la medida en que tal disposición es propia de todo ser humano; y predominantemente reflejada en el adulto en aquellos actos preparatorios del coito bajo la forma de placer preliminar. Ahora bien, basta que el acto sexual se adhiera en exceso a este placer previo para adentrarse en el campo de las perversiones. En este sentido, la perversión adulta es entendida en tanto persistencia o reaparición de un componente parcial de la sexualidad. Persistencia o reaparición que a la luz de posteriores desarrollos de Freud acerca de las fases de organización libidinal, es pensada en términos de fijación de la libido a una fase, a un tipo de elección objetal.

Por otra parte, en tanto la psiquiatría clásica hace coincidir perversiones y desviación de la norma social, Freud plantea que si existe una norma esta no ha de buscarse en el consenso social, en todo caso el papel rector y normativo es, en principio, conferido a la genitalidad, que supone la unificación de las pulsiones parciales bajo el primado de una única zona erógena. Al mismo tiempo, la plena organización genital implica la superación del Complejo Edipo/Castración.

En esta dirección, las últimas investigaciones de Freud sobre el tema que aquí nos convoca, destacan el papel de la renegación (*verleugnung*) de la castración, en tanto mecanismo princeps de la perversión.

Objetivos generales

- Rastrear los orígenes de la noción de perversión en la psiquiatría clásica y su impacto en la obra freudiana.
- Señalar la originalidad del psicoanálisis de Freud en la consideración de esta temática.

Objetivos particulares

- Especificar los factores etiológicos en relación a la perversión, presentes tanto en la psiquiatría clásica, como en la obra de Freud.
- Dilucidar las modificaciones introducidas por Freud a lo largo de su obra acerca de este tema.
- Indagar acerca de la renegación como mecanismo base de la perversión.

Metodología

Búsqueda, recopilación y análisis de bibliografía pertinente a la temática a abordar.

Lugar de realización del trabajo

Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Mar del Plata.

Cronograma de actividades

Actividades	Cronología			
	Junio	Julio	Agosto	Septiemb
Búsqueda y recopilación del material bibliográfico.	X			
Lectura y análisis de la bibliografía.	X	X		
Elaboración de producción escrita.		X	X	
Conclusiones			X	X

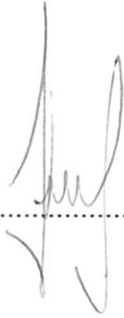
Bibliografía

- Bercherie, P.: (1980). *Los fundamentos de la clínica. Historia y estructura del saber psiquiátrico*. Ed. Manantial. Bs. As.
- Bercherie, P.: (1988). *Génesis de los conceptos freudianos*. Ed. Paidós. Bs. As.
- Freud, S.: (1896). *Carta 52*. En Obras Completas Tomo I. Ed. Amorrortu. Bs. As.
- Freud, S.: (1905). *Tres ensayos de teoría sexual*. En Obras Completas Tomo VII. Ed. Amorrortu. Bs. As.
- Freud, S.: (1915). *Pulsiones y sus destinos*. En Obras Completas Tomo XIV. Ed. Amorrortu. Bs. As.
- Freud, S.: (1917). *Lecciones de introducción al psicoanálisis. Lección 26: La teoría de la libido y el narcisismo*. En Obras Completas Tomo XVI. Ed. Amorrortu. Bs. As.
- Freud, S.: (1923). *La organización genital infantil*. En Obras Completas Tomo XIX. Ed. Amorrortu. Bs. As.

- Laplanche, J., Pontalis, J.B.: (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Ed. Paidós. Bs. As.
- Roudinesco, E., Plon, M.: (1998). *Diccionario de psicoanálisis*. Ed. Paidós. Bs. As.



.....
Firma del Supervisor



.....
Firma de los alumnos

Área de investigación: Sistemas Psicológicos.

Resultado de la evaluación (Aprobado/Rehacer)

Aprobado

Fecha:

14/7/08



MARTINEZ Horacio

INDICE

Introducción.....	1
Primera parte: De la psiquiatría clásica	
Consideraciones preliminares.....	6
Los primeros alienistas.....	23
La psicopatología sexual desde la segunda mitad del siglo XIX.....	26
El hito de Krafft-Ebing.....	32
Cuestiones etiológicas.....	51
Segunda parte: La perspectiva freudiana	
Consideraciones preliminares.....	60
Primeras puntualizaciones freudianas en torno a las perversiones...	80
Puntos de linde entre sexualidad perversa y normal.....	95
Universalización de la perversión. El polimorfismo de la sexualidad infantil.....	99
La genitalidad como criterio posible de normalidad.....	108
Consideraciones a cerca del sadismo-masoquismo.....	114
Las producciones de la posguerra.....	117
El status sustitutivo del fetiche.....	136
Elección de objeto, Edipo e identificación.....	142
Conclusiones.....	161
Bibliografía.....	169

INTRODUCCION.

Como anticipamos en el plan de la investigación, el presente trabajo se divide en dos partes, en la primera de ellas abordaremos las consideraciones de la psiquiatría clásica en torno a las llamadas perversiones. No pretendiendo aquí esbozar un recorrido cronológico exhaustivo y lineal autor por autor, sino más bien dar cuenta de los trabajos más emblemáticos y referentes en torno al tema; con especial centración en las semejanzas y rupturas que pudieran presentarse.

Se atenderá a las cuestiones tanto clasificatorias como etiológicas de la época, destacándose en el marco psiquiátrico el particular énfasis en la causación biológica (idea que perdurará hasta nuestros días bajo las formas de la genética y las neurociencias).

En la segunda parte nos referiremos a los desarrollos que Freud realiza en lo que respecta al campo de las perversiones, mencionando influencias que pudieron tener algún impacto en sus postulados e indicando las fluctuaciones que en su labor se destacan en relación al tema en cuestión.

Al mismo tiempo aludiremos a la originalidad de las nociones etiológicas que el psicoanálisis mantiene configurando un discurso y una práctica únicos nacidos a la luz del descubrimiento freudiano.

El abordaje de este trabajo en dos partes implica no sólo una forma de organizar y exponer el material, sino también cierta manera de reflejar la discontinuidad entre dos órdenes discursivos diversos.

Las perspectivas tradicionalistas de la historia se han orientado hacia



el buen sentido de los acontecimientos, hacia su carácter único u homogéneo, en una dirección superadora que va desde lo más rudimentario hasta lo más complejo, enlazando conceptos a un devenir único, a un sentido único. Lejos de esta mirada pensamos que los conceptos no evolucionan según un orden de complejidad lineal, sino que se bifurcan, se expanden, colisionan y se redistribuyen bajo ordenamientos complejos no ajenos a poderes e intereses. De tal modo, la justeza de los enunciados no depende tan solo de su valor intrínseco, sino también de lógicas contextuales.

Ello es de particular magnitud en cuanto a la consideración del fenómeno psicopatológico se refiere. En nombre de la natural demarcación entre lo normal y lo patológico, sustentada en criterios médicos, se han puesto en marcha, a lo largo de la historia, artificios punitivos y de control.

La psiquiatría clásica (en acuerdo a criterios clasificatorios de la botánica) ha inventariado una serie de prácticas sexuales entendidas bajo la rúbrica de perversión, en la medida en que se apartaban de la norma social. Un criterio tal no podría sustentarse desde los planteos freudianos, si se piensa en cierta universalización de la perversión (disposición perversa polimorfa). En todo caso la función normativa estaría atada a la noción de genitalidad y a la resolución del Complejo Edipo/Castración.

A rasgos generales Psiquiatría y Psicoanálisis constituyen órdenes discursivos diferentes que responden a lógicas diversas y que marcan cierta discontinuidad en la consideración de los fenómenos psicopatológicos.

Por otra parte, respecto a los aspectos netamente formales del

presente trabajo, diremos que, cada una de las dos partes que lo componen; cuenta con un desarrollo, antecedido por consideraciones preliminares, donde se incluirán aspectos fundamentalmente contextuales, de modo que no se considerarán directamente en estos apartados las producciones teóricas respecto a la noción de perversión, sino aquellos acontecimientos y perspectivas que le oficiaron de entorno e inspiración y que justifican determinado miramiento. Sobre el final se ensayarán, a modo integrativo, algunas conclusiones.

PRIMERA PARTE: DE LA PSIQUIATRÍA CLÁSICA.

Consideraciones Preliminares.

Las teorías y prácticas en torno a la patología y a la salud requieren referenciarse a la realidad social. Es determinada coyuntura la que va definiendo y delimitando cierto recorte (nada ingenuo) de la realidad como campo de problemáticas, tomadas como objeto de conocimiento, en función de lo cual se irá conformando una disciplina.

En este sentido consideramos que el objeto de una ciencia no es de orden natural, sino socio-histórico. Ello implica un posicionamiento que dista de perspectivas positivistas de la historia, en tanto estas plantean un progreso lineal de teorías y prácticas, que va echando luz sobre un objeto de conocimiento dado de antemano.

En relación con esto dirá Galende:

La existencia social de una disciplina requiere entonces formularse la siguiente pregunta: ¿sobre la base de qué necesidad de la estructura social se ha constituido y opera? Esto es doblemente preguntarse sobre su constitución relativa a determinado momento histórico y su mantenimiento presente, en relación con una demanda social operante, es decir, que requiere ser respondida. ... La demanda social es instituyente de la disciplina, pero ésta a su vez codifica, organiza y es también instituyente de su propia demanda.

La representación que la cultura da al daño mental circunscribe el lugar en que ha de constituirse el conocimiento y

define la disciplina que ha de encargarse del mismo. Así como en el Medioevo las representaciones colectivas de lo sagrado fueron el marco referencial en el que se definían los problemas de la enfermedad mental, y por lo tanto su abordaje era realizado por las disciplinas místicas y religiosas, con Pinel y la Revolución Francesa el enfoque es ético-político y la disciplina comienza a ser la medicina, porque ésta era la que mejor representaba los nuevos valores del humanismo iluminista. (Galende, 1990)

De modo que, la psiquiatría no surge de una especialización del saber galénico (como sí por ejemplo la neurología) sino a raíz de los cambios en la valoración de la locura y de quien se ocupa de ella.

Entonces, si tomamos en consideración el marco socio-histórico que ofició de escenario en el nacimiento de la psiquiatría; ¿Con qué nos encontramos?

En la historia nada es casual, un hecho es la consecuencia inevitable de otros que lo anticiparon, lo gestaron de alguna forma; por ello para poder pensar en la figura del alienado (o de aquellos cuya conducta se entiende en tanto desviada de alguna norma), es menester retrotraernos y avanzar en un movimiento no sin fisuras y yuxtaposiciones; que proponemos pensar a partir de:

- el absolutismo del clasicismo y el surgimiento del Hospital General (Francia) y
- la racionalidad y el progreso del Iluminismo.

El primer punto conlleva tanto una nueva sensibilidad hacia la locura

(lejana ya de la visión religiosa de la Edad Media) como la aparición de un marco institucional que ofició de cimiento al posterior desarrollo del cuerpo psiquiátrico. El segundo muestra un movimiento de gran envergadura que atravesó toda la cultura europea durante los siglos XVIII y XIX dejando sus huellas en la filosofía, la economía, la política, el arte y la ciencia; movimiento que dio marco y textura a la naciente psiquiatría.

Veamos brevemente ambos puntos... (con el lamentable menoscabo que supone pensar a la historia "en breve").

La locura; en el siglo XVII aparece asociada a la pobreza, la desocupación, la insensatez y la delincuencia. Hay en la época clásica una sensibilidad nueva hacia la miseria y hacia el trabajo; ello sumado a la aspiración de construir una sociedad cimentada en el orden y en la yuxtaposición de Ley y Moralidad, será la base sobre la que descansará la constitución del confinamiento.

La miseria antaño entendida desde una lógica religiosa que la santificaba pasa a ser moralmente condenada en tanto que atenta contra la buena marcha del Estado. Se supone que el origen de la pobreza no está en lo exiguo de los ingresos sino en el relajamiento de las costumbres.

El loco, aquel que se desvía de la norma, que manifiesta alguna perturbación, se aparta del orden natural y social, no contribuye al cuerpo social con la fuerza de su trabajo y su destino es la reclusión.

A tal fin adquiere aquí importancia un aparato de control social que se conoce en Francia como Hospital General. No se trata tanto de una institución médica como de

... una estructura semi-jurídica, una especie de entidad administrativa, que al lado de los poderes de antemano constituidos y fuera de los tribunales, decide, juzga, y ejecuta. (...) El Hospital General es un extraño poder que el Rey establece entre la Policía y la Justicia, en los límites de la Ley: es el tercer orden de la represión. Los alienados que Pinel encontrará en Bicêtre y en la Salpêtrière, pertenecen a éste mundo. En su funcionamiento o en su objeto, el Hospital General no tiene relación con ninguna idea médica. Es una instancia del orden, del orden monárquico y burgués que se organiza en Francia en ésta misma época. . . .

Desde la mitad del siglo XVII la locura ha estado ligada a la tierra de los internados y al ademán que indicaba que era aquel su sitio natural. (Foucault, 1991).

El cuidado de aquellas personas que se encontraban internadas o en condiciones de estarlo (válidos o inválidos, enfermos o convalecientes, curables o incurables) era confiado a directores nombrados de por vida y que ejercían poder de policía no solo en las instituciones sino sobre todo París. Para el tratamiento de los internos disponían de mazmorras, prisiones, argollas de suplicio y estacas, además de poseer la facultad de dictar ordenanzas cuyo carácter era inapelable.

El Hospital General, apéndice del absolutismo monárquico y funcional al orden burgués se extiende rápidamente por toda Europa, asentándose para su funcionamiento en los antiguos leprosarios.

En su interior opera una lógica moral que lo justifica doblemente, como beneficio y como castigo; al diferenciar entre pobres buenos y malos. Los primeros aceptan agradecidos todo aquello que se les brinda, son sumisos y se predisponen al trabajo. Los segundos se quejan del Hospital General “enemigos del buen orden, haraganes, mentirosos, impúdicos, borrachos. ...” (del texto *La mendicidad abolida*, 1693, citado en Foucault 1991.)

“Todo internado queda en el campo de ésta valoración ética; mucho antes de ser objeto de conocimiento o de piedad, es tratado como sujeto moral.” (Foucault, 1991).

Ahora bien, la internación, surgirá en Europa como una respuesta a la crisis económica que azotará al mundo occidental producto del desmoronamiento de la economía de España lo cual trajo aparejado desempleo, descenso de los salarios y escasez de moneda. De esta manera las casas de confinamiento fueron utilizadas con fines políticos en la medida en que al albergar a los pobres y desocupados se intentaba disminuir la miseria y evitar los riesgos de posibles levantamientos en contra del régimen gobernante.

En resumen; cabe hacer hincapié en el hecho de que en la época clásica la locura es percibida junto con la pobreza, asimilándose como uno de los problemas de la sociedad. Queda, de esta forma, reducida y enlazada a la moralidad, y dentro de la fortaleza del confinamiento.

Con el correr de los años, se sucedieron (no fortuitamente, por supuesto) una serie de hechos y movimientos, necesarios para seguir

pensando el nacimiento de la psiquiatría.

Destacaremos en primer lugar, el impacto de las revoluciones agrícola e industrial que tomaron como suelo de inicio a Inglaterra, propagándose luego al resto del continente y modificando su fisonomía; para centrarnos, luego, en aquel hito situado en el origen de la modernidad: la Revolución Francesa y su inseparable ideal el Humanismo Iluminista. Dirá Galende en relación con ello que el nacimiento de la psiquiatría "(...) se corresponde doblemente con el prestigio que la medicina cobra como expresión más acabada de ese humanismo y con una conciencia social que comienza a regirse por el ideal de una razón científica."

La revolución agrícola - industrial británica, que tuvo lugar a mediados del siglo XVIII e inicios del XIX, implicó grandes innovaciones tecnológicas (como la máquina de vapor y la denominada Spinning Jenny, potente máquina relacionada con la industria textil), que favorecieron enormes incrementos en la capacidad de producción y nuevas modalidades de trabajo en el campo: se hizo más eficiente la producción de alimentos con una menor aportación del factor trabajo, alentando a la población que no podía encontrar trabajos agrícolas a buscar empleos relacionados con el creciente rubro industrial y, por ende, originando un movimiento migratorio desde el campo a las ciudades, con el consecuente cambio demográfico.

De modo que, la ciudad industrial aumentó su población, no sólo como consecuencia del crecimiento natural de sus habitantes, sino también, por el arribo de este nuevo contingente. La carencia de habitaciones fue uno de los problemas que de inicio se presentó, los trabajadores, debían vivir en

espacios reducidos sin las mínimas comodidades y condiciones de higiene.

A este hacinamiento, se sumaban largas jornadas de trabajo, que llegaban a más de 14 horas diarias, en las que participaban hombres, mujeres y niños con salarios de miseria, y carentes de toda protección legal frente a la arbitrariedad de los dueños de las fábricas o centros de producción. A este conjunto de males que afectaba al proletariado urbano se llamó la *cuestión social*.

Como contraparte de ello, se fortaleció el poder económico y social de los grandes empresarios, afianzándose, así, el sistema económico capitalista, caracterizado por la propiedad privada de los medios de producción y la regulación de los precios por el mercado, de acuerdo con las leyes de oferta y demanda. En este escenario, la burguesía desplaza definitivamente a la aristocracia terrateniente y su situación de privilegio social se basó fundamentalmente en la fortuna y no en el origen o la sangre. Origen y sangre, por otra parte, cuestionados desde los ideales mismos de la otra gran revolución europea del siglo XVIII; veamos de que manera....

La Revolución Francesa no hubiera sido posible sin la presencia del Iluminismo (que alejado de los dogmas religiosos se propuso explicar el mundo y sus acontecimientos a la luz de la Razón), al mismo tiempo tal movimiento no podría haberse precipitado sin cierto debilitamiento del poder de la Iglesia a causa de la reforma protestante (que, entre otras cosas, dividió al mundo cristiano); y del Humanismo, movimiento que centró en el hombre el objeto de sus preocupaciones terrenales, quitando a la religión ese privilegio, desechando el teocentrismo. La fe se traslada de Dios al

hombre: hay confianza en lo que este puede hacer, y se piensa que el progreso del hombre es continuo e indefinido. La sociedad se seculariza y la noción de Dios y de la religión empieza a perder la importancia que en todos los ordenes había tenido; se desarrolla una cultura fundamentalmente laica. La Iglesia era percibida como la principal fuerza que había esclavizado a la inteligencia humana en el pasado, sin embargo, la mayoría de los pensadores de la Ilustración no renunció del todo a la religión; aceptando la existencia de Dios, pero rechazando las complejidades de la teología cristiana.

Más que un conjunto de ideas fijas, la Ilustración implicaba un método de pensamiento; según Kant, el lema de la época debía ser: "Atreverse a conocer". Todo se reduce a la razón y a la experiencia sensible, y lo que ella no admite no puede ser creído. Los autores del siglo XVIII sostenían que el conocimiento no es innato, sino que procede de la experiencia y de la observación guiadas por la razón. Esta importancia de la observación ha sido destacada por los primeros alienistas: "Los errores de los tiempos pasados, los falsos senderos que se habían seguido y la senda metódica y recta que se sigue en todos los ámbitos de la ciencia natural, han hecho que los médicos recuperen la costumbre de la observación que durante tantos años habían olvidado" (Pinel, 1801 citado en Richartz, s/f)

Por otra parte, si la Humanidad podía dar cuenta de las leyes del Universo, las propias leyes de Dios, el camino estaba abierto para formular también las leyes que subyacen al conjunto de la naturaleza y la sociedad. Cobran aquí importancia el Naturalismo (al cual más adelante haremos

alusión) y la crítica social.

Los ilustrados (en su mayoría provenientes de la clase burguesa en ascenso) no asumen sin crítica la tradición del pasado, desdeñando toda superstición, al considerarla signo de oscurantismo, por lo que plantean que es preciso depurar el pasado de todo lo que es oscuro y poco racional. De aquí que la historia se empieza a documentar con rigor; las ciencias se vuelven empíricas y experimentales¹; la sociedad misma y sus formas de gobierno empiezan a ser sometidas a crítica, lo que culmina en procesos revolucionarios.

La crítica social se deja ver claramente en varias obras, que por entonces surgen, contra las instituciones existentes; entre las que se destacan los escritos de Charles-Louis de Secondat, barón de Montesquieu, quien en *El espíritu de las leyes* (1748) propone la separación de los poderes del Estado, hasta entonces unidos en la persona del rey, en tres poderes: ejecutivo, legislativo y judicial. “Cuando los poderes se hallan unidos en una sola persona o corporación, entonces no hay libertad, pues es de temer que el monarca o el senado hagan leyes tiránicas para ejecutarlas del mismo modo”, decía Montesquieu.

En esta misma línea, Voltaire y Rousseau criticaron duramente a la sociedad de su época, a la Iglesia y al absolutismo.

Además si Dios ya no ocupaba un lugar privilegiado tampoco el rey, ya que gobernaba por derecho divino. Algo de ello se muestra en un

¹ Por esta época Diderot y Dalambert dirigen la producción de lo que se conoce como “Enciclopedia o Diccionario razonado de las ciencias, artes y oficios”, obra monumental que se proponía modificar la manera corriente de pensar y consistía en una serie de tomos que abarcaban temas tan diversos como matemática, astronomía, física, etc.



fragmento del *Traité médico-philosophique sur l' aliénation mentale, ou la manie*; en una escena que es considerada por Foucault (en su *Curso en el College de France* durante 1973-1974) como la “otra escena” fundacional de la psiquiatría. Su carácter de “otra” estaría dado por presentarse como alternativa a la escena clásica, la de la eliminación de las cadenas que retenían a los locos, por parte de Pinel. Esta “otra” escena, que tuvo lugar en Inglaterra en 1788 y cuyo protagonista fue Jorge III, representa con claridad el punto de conexión entre una soberanía en proceso de desaparición y un poder que está constituyéndose.

Un monarca cae en la manía y, para que su curación sea más rápida y sólida, no se pone ninguna restricción a las medidas de prudencia de quien lo dirige; por ello todo el aparato de la realeza se desvanece, el alienado, alejado de su familia y de todo lo que lo rodea, queda confinado en un palacio aislado y se lo encierra solo en una recámara cuyos cristales y muros se cubren de colchones para impedir que se hiera. Quien dirige el tratamiento le informa que ya no es soberano y le advierte que en lo sucesivo debe mostrarse dócil y sumiso. Dos de sus antiguos pajes, de una estatura hercúlea, quedan a cargo de atender sus necesidades y prestarle todos los servicios que su estado exige, pero también de convencerlo de que se encuentra bajo su entera dependencia y de que de allí en más debe obedecerlos. Guardan con él un tranquilo silencio, pero en cuanta oportunidad se les presenta le hacen sentir la superioridad de su fuerza. Un día, el

alienado, en su fogoso delirio, recibe con mucha dureza a su antiguo médico durante su visita y lo embadurna con suciedades y basura. Uno de los pajes entra al punto a la recámara sin decir una palabra, toma por la cintura al delirante, también reducido a un estado de mugre repugnante, lo arroja con vigor sobre un montón de colchones, lo desviste, lo lava con una esponja, le cambia la ropa y, mirándolo con altivez, sale de prisa para retomar su puesto. Lecciones similares, reiteradas a intervalos durante algunos meses y secundadas por otros medios de tratamiento, han producido una curación sólida y sin recaídas. (Pinel, 1800 citado en Foucault, 2003)

Según Foucault lo que aquí describe Pinel muestra, en el fondo, una ceremonia de destitución, una suerte de coronación al revés, en tanto se pretende poner al rey bajo una dependencia total y reducirlo a la impotencia. Sin embargo no es una destitución al modo de un drama shakesperiano, no se trata del riesgo de Ricardo III de caer ante otro soberano; sino de un riesgo muy distinto (o incluso opuesto), en la medida en que implica la puesta en juego de un poder anónimo, sin rostro, repartido entre diferentes personas y que se pone de manifiesto en el carácter implacable de un reglamento que ni siquiera se formula, que permanece mudo; es un poder que Foucault llama “de disciplina”.

A partir de lo expuesto hasta aquí, pretendimos hacer alusión, someramente, al entrecruzamiento entre el surgimiento de la psiquiatría y el contexto socio-histórico, el que por otra parte, dejó su impronta en el interior

mismo de la naciente psiquiatría, como así también en las características de la figura del alienista.

El iluminismo dejó su sello incluso en las modalidades expresivas de los primeros alienistas. En este sentido, autores como Jorge Saurí, destacan cierta ligazón entre los cambios conceptuales y los modos lingüísticos en una determinada época. En los inicios de una psiquiatría marcada por el naturalismo, los desarrollos conceptuales en ciencia giraban en torno a la noción de espacio y al papel de la luz, de allí la recurrencia a ciertas figuras sintácticas o modalidades expresivas en los primeros escritos psiquiátricos.

En una época en la que Locke y Condillac hablaban de “ideas claras” y Descartes plantea el conocimiento como “aclaración y superación de las oscuridades” el incipiente *corpus psychiatricum* sigue la misma vía de apelación a una metáfora lumínica, después de todo el siglo XVIII en Francia se autodenomina de las luces.

A modo ilustrativo, escribía Pinel:

Cuando se considera la alienación mental como un objeto independiente de investigación sería sin duda una mala elección promover una vaga discusión sobre el asiento del conocimiento y la naturaleza de sus diversas lesiones: nada más oscuro e impenetrable. Pero si uno se circunscribe atinadamente al estudio de sus caracteres distintivos manifestados por signos exteriores, y si se adoptan como principio del tratamiento únicamente los resultados de la experiencia esclarecida, se penetra entonces por el camino que se sigue generalmente en todas partes de la

historia natural; y si, en casos dudosos, se procede con reservas, no debe temerse el extravío. . . .²

Hay que admirar también la luz arrojada sobre determinados hechos consignados en los tratados académicos... (Pinel, 1809 citado en Saurí, 1969)

Según Saurí, a esta metáfora lumínica viene a agregarse otra, la “maquinista”, que implica concebir a la naturaleza como una máquina análoga a un aparato de relojería, cuyas causas físicas se expresan cuantitativa y geoméricamente, se trata de un esquema mecánico que proporciona una representación matemática de los fenómenos. Tal representación hace de la objetividad el eje distintivo del entendimiento científico.

El naturalismo al conferir al hombre una exterioridad objetiva respecto de las cosas, lo posiciona como mero espectador de lo que sucede en un universo de relaciones matemáticas, desentrañables por medio de la Razón.

Las primeras teorías psiquiátricas al tomar este modelo, tendrán un carácter anátomo – fisiológico y materialista. En este contexto, la locura pierde la connotación de misterio que la acompañaba desde antiguo, desacralizándose; y es pensada como patología de modo que el loco es un enfermo, un ser aquejado de algo que lo perturba y que lo aparta del medio social. Pero antes de llegar a ésta conclusión y configurar una ciencia dedicada al estudio y tratamiento de estas perturbaciones, el naturalismo

² Al mismo tiempo, el presente párrafo muestra la importancia atribuida a la objetividad, ligada a la observación de “signos exteriores”; como así también el lugar privilegiado que ocupaba la “historia natural”.

debe dar un paso previo: incluir al hombre en el reino animal y promover el imperio de la razón.

En 1755 la Botánica incluye al hombre en la serie animal, diferenciándolo de los monos en función de la razón. A partir de ello el hombre es un cuerpo entre los otros cuerpos naturales, por ende sujeto a cambios explicables en forma similar a los astronómicos como una mezcla combinada de movimientos materiales. El cuerpo es entonces entendido como objeto extensible, como sustancia alojadora del alma que lo habita en un lugar privilegiado, acaparando rápidamente el sistema nervioso la principal atención de la observación empírica.

Así, con el afianzamiento del naturalismo, la locura – que a fines del siglo XVIII se la consideraba un espectáculo, un acontecimiento raro – ingresa al campo médico como enfermedad que contraría el equilibrio natural. La alienación, en tanto situación en la que el hombre se halla fuera de su condición natural, es la contrapartida deficitaria del normal funcionamiento mental. En este contexto la noción de enfermedad mental implica el traslado a la psiquiatría de las nociones médicas más importantes centradas en la idea de que toda alienación es una perturbación de la naturaleza y es menester restaurar ese estado natural.

Por otra parte, en relación a la naciente figura del alienista y al prestigio que esta comenzaba a adquirir, pueden identificarse dos factores centrales:

1. En un momento apasionado por discusiones biológicas, el médico aparece como alguien que detenta un saber sustentado en las

ciencias físicas. El desempeño de su función se basa en el conocimiento científico de la Naturaleza y sus leyes;

2. El médico comienza por entonces a ocuparse de la población encarnando el ideal humanitarista propugnado por la época.

Además el médico de los alienados debía hacer cumplir a los internos una serie de obligaciones fijadas en un marco de orden y trabajo. El mundo burgués dicta para los insanos las mismas reglas de convivencia que para el resto, exigiéndole respeto por las pautas sociales.

Se esperaba que quien se ocupe de los internos sea espejo de virtudes y muestre firmeza, cumplimiento del deber y habilidad política, homologándose manejo asilar y dirigencia gubernamental. Todo ello debe acompañarse por la bondad propia del hombre, que el alienista debe desarrollar, refrenando las pasiones y dejándose guiar por los dictámenes de la razón, se le exige máxima objetividad e intachable actitud, en compensación la sociedad le otorga un lugar selecto, tratándolo con la dignidad y veneración que merece un protector del medio social.

Fodéré, menciona respecto de las características que ha de poseer el alienista:

Un hermoso físico, es decir un físico noble y varonil, es acaso, en general, una de las primeras condiciones para tener éxito en nuestra profesión; es indispensable sobre todo, frente a los locos, para imponérseles. Cabellos castaños o encanecidos por la edad, ojos vivaces, un continente orgulloso, miembros y pecho demostrativos de fuerza y salud, rasgos destacados, una

voz fuerte y expresiva: tales son las formas que en general surten un gran efecto sobre individuos que se creen por encima de los demás. El espíritu, sin duda, es el regulador del cuerpo; pero no se lo advierte de inmediato y requiere las formas exteriores para arrastrar a la multitud. (Fodéré, 1817 citado en Foucault, 2005)

A partir de ello Foucault destaca que el personaje mismo del alienista va a funcionar desde la mirada. En esa primera mirada en la cual se entabla la relación psiquiátrica el médico es en esencia un cuerpo, un físico con una morfología determinada. La disimetría de poder toma su forma, su inscripción física en el cuerpo mismo del médico. Esta disimetría que atraviesa el orden asilar, está entonces asociada a una instancia única, cuyo poder es ilimitado. Es una instancia que funciona como fuente de poder, antes que funcionar como saber.

“En todo establecimiento de alienados debe haber un jefe ... de quien todo debe incumbir” (Esquirol, 1816 citado en Foucault, 2005).

Existe un principio de “voluntad ajena”, consistente en sustituir la voluntad del enfermo por otra, la del médico; voluntad estatutariamente superior y por ende, inaccesible a cualquier relación de intercambio o de reciprocidad. Hay que tener en cuenta que no se trata simplemente de someter la voluntad de sanar del enfermo al saber y poder del médico; en ese establecimiento de una asimetría de poder se esconde la pretensión de vulnerar la afirmación de omnipotencia que, en el fondo, hay en la locura. “En vez ... de negar a un alienado la condición de rey que pretende tener, probadle que carece de poder; que vos, que sois nada menos que eso,

podéis todo sobre él, acaso considere así la posibilidad de estar, en efecto, equivocado.” (Georget, 1821 citado en Foucault, 2003)

Los Primeros Alienistas.

En el apartado anterior hemos destacado algunas ideas que dieron forma a los siglos XVIII y XIX, tocando de soslayo los rasgos distintivos de la naciente psiquiatría, los cuales a fines expositivos reorganizamos a continuación:

- El conocimiento es un proceso basado en la observación empírica de los fenómenos de la realidad.
- Estos fenómenos se reagrupan y se clasifican en función de semejanzas y diferencias. (Trabajo de análisis y síntesis).
Aparición de las primeras nosografías.
- Tales fenómenos no son la esencia de la realidad última (sólo una aproximación a ella), por lo que no se promueven sistemas explicativos.
- Creación de un lenguaje propio de la disciplina, constituyendo un saber preciso, pero siempre limitado al campo de los fenómenos.
- Se promueve una actitud de máxima objetividad.
- Asunción de una postura filosófica (sensualismo) que conlleva posibilidades de tratamiento; esto es, negación del innatismo: los contenidos de la mente no están dados de antemano sino que dependen de percepciones y sensaciones, siendo por lo tanto susceptibles de ser modificados.
- Importancia del medio ambiente tanto en la producción de la enfermedad como en las posibilidades de cura. Esta última implica

la necesidad de aislamiento en la institución curativa.

- El asilo aparece como un centro de reeducación; se plantea el tratamiento moral, donde la figura del alienista se reviste de un carácter paternal y severo.

Sobre esos supuestos descansan las obras de los primeros alienistas franceses, Pinel y Esquirol. Es de destacar que este último desarrolla una nosografía, si bien de carácter estático, como la de su predecesor, más detallada que la de aquel y con modificaciones en cuanto a reagrupamientos y nomenclaturas. Sustituye el antiguo término pineliano de “melancolía” por el de “monomanía” y plantea para ella una división tripartita:

1. Monomanías intelectuales: que al perturbar fundamentalmente a la razón, exhibe delirios, ilusiones y alucinaciones.
2. Monomanías afectivas: donde las alteraciones del carácter, la afectividad y el comportamiento se conjugan con capacidades de razonamiento intactas.
3. Monomanías instintivas: en las que “el enfermo es llevado a actos que la razón y los sentimientos no determinan, que la consciencia reprueba, que la voluntad no tiene más la fuerza de reprimir.” (Esquirol, 1838 citado en Bercherie, 1980).

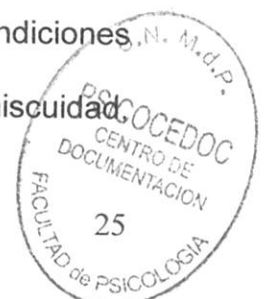
Es en los límites de este último reagrupamiento donde puede incluirse a aquellos individuos catalogados de perversos, autores de actos aberrantes (sádicos, asesinos, pedófilos).

Hasta mediados del siglo XIX la patología sexual inventariada se remitía a trastornos importantes del comportamiento que requerían la

intervención del alienista, desde una perspectiva esencialmente médico-legal, esto es ligada al campo de los dictámenes periciales.

El amalgamiento de la psiquiatría con el derecho penal, por estos tiempos, se relaciona por un lado con cierta búsqueda, por parte de la primera, de la legitimación que su existencia no hallaba al interior mismo del campo médico; y por otro con las dificultades que implicaba para la administración de justicia la presencia de crímenes irracionales o inmotivados. Estos crímenes eran considerados aberrantes, contra natura, en la medida en que, no se trataba de delitos sin importancia sino que revestían suma gravedad, la mayoría de los casos consistían en asesinatos acompañados de extrañas crueldades (canibalismo, mutilaciones, filicidios, etc.) y usualmente se desarrollaban en la esfera doméstica; todo ello configuraba un cuadro diferente de aquel que había ocupado a la ley penal en el siglo anterior y que estando limitado a los signos fácilmente reconocibles de la demencia o del furor, hacia dudosa la necesidad de intervención psiquiátrica para su confirmación. El novedoso problema que enfrenta la jurisprudencia, desde comienzos del 1800, pasaba, entonces, por dar respuesta a la insensatez de crímenes no precedidos, acompañados o seguidos de los tradicionales signos de locura. (Foucault, 1981).

La psiquiatría se ocupa del crimen no tanto por haber visto allí un nuevo campo de conocimiento, sino para garantizar una nueva modalidad de poder; funcionando como una forma de higiene pública que responde a las demandas de un cuerpo social nacido al abrigo de las variantes condiciones de finales del siglo XVIII (superpoblación, hacinamiento, promiscuidad,



endemias, epidemias, etc.). (Foucault, 1981)

La Patología Sexual desde la Segunda Mitad del Siglo XIX.

Después de 1850, aproximadamente, se rompe con la clase de orientación nosológica de los primeros alienistas, en particular a partir de la obra de Morel, quien inicia su gran tratado de 1860, (*Traté des maladies mentales*), con un rechazo explícito a la nosología de Esquirol. “Se me preguntará, quizá, qué devienen, en mi clasificación, la manía, la melancolía, la lipemania y las diversas monomanías....Estos fenómenos no son entidades mórbidas específicas, sui géneris; no se las debe considerar más que como síntomas de una enfermedad principal ...” (Morel, 1860 citado en Bercherie, 1980).

Morel, retoma la enseñanza de su maestro, Falret, quien erige una clínica nueva centrada fundamentalmente en el estudio de la evolución de la enfermedad, del pasado y el futuro del paciente, la búsqueda de una patogenia (etiología) específica y un diagnóstico que descansaba sobre pequeños signos, secundarios en apariencia. La apoyatura sobre estos criterios permitía una diferenciación de entidades hasta entonces confundidas en las constelaciones de la nosología de la primera mitad del siglo.

De este modo, Morel, con particular énfasis en la etiología, en la medida en que la entendía como el gran principio para aislar nuevas “formas

naturales”³ dirá: “Me parece que una clasificación esencialmente basada en el elemento etiológico era el medio para salir de la vía demasiado exclusiva que se había seguido hasta ahora, al caracterizar a los alienados según las perturbaciones o lesiones de las facultades intelectuales o afectivas.” (Morel, 1860 citado en Bercherie, 1980).

En este contexto, Morel establece una diferenciación fundamental entre:

- Causas ocasionales (entre las cuales se encuentran las causas morales).
- Causas determinantes (aquellas que dan a la locura su forma particular). Estas se dividen, a su vez, en dos grupos:
 1. Locura como hecho primario (son de naturaleza orgánica). Aquí se incluyen: locuras por intoxicación, locuras consecutivas a las grandes neurosis (histeria, hipocondría, epilepsia), locuras simpáticas (la sede de los fenómenos patológicos no se halla originariamente en el cerebro, sino en otro órgano), locuras ideopáticas (el cerebro está primitivamente lesionado), demencia.
 2. Locuras hereditarias. Esta segunda rúbrica implica considerar a la degeneración hereditaria como la causa más importante y generalizada de las enfermedades mentales.

La doctrina de la degeneración de Morel es expuesta en su *Tratado de las degeneraciones*, allí expresa: “La idea más clara que podemos hacernos de la degeneración de la especie humana consiste en

³ El término es de Falret.

representárnosla como una desviación enfermiza de un tipo primitivo.” (Morel, 1857 citado en Bercherie, 1980). Esta afirmación expone su parentesco con las ideas bíblicas, de un hombre creado a imagen y semejanza de Dios (por lo tanto perfecto), pero denigrado y condenado a la desventura a raíz de su pecado original. La esencia del tipo primitivo es la dominación de lo moral por sobre lo físico (la aceptación por parte del sujeto de la ley moral).

El cuerpo es pensado como instrumento de la inteligencia, por lo que está subordinado a ella. En la enfermedad mental se invierte esta subordinación y la mente se encadena a las aberraciones de su instrumento enfermo.

Un rasgo central de la degeneración moreliana, consiste en su carácter de transmisibilidad hereditaria:

...esta desviación, por simple que se la suponga en su origen, encierra, sin embargo, elementos de transmisibilidad de una naturaleza tal que aquel que lleva su germen se vuelve cada vez más incapaz de cumplir su función en la humanidad, y que el progreso intelectual, ya frenado en su persona, se encuentra también amenazado en la de sus descendientes. (Morel, 1857 citado en Bercherie, 1980).

La transmisibilidad hereditaria es, a su vez, progresiva, de modo que, a medida que el germen patógeno se transmite a las sucesivas generaciones, se agravan sus efectos, si es que no se produce una regeneración a raíz del cruzamiento con individuos no portadores del

germen (lo cual, según esta doctrina no es frecuente, ya que un tropismo electivo hace que los degenerados se atraigan entre sí). El resultado último de este proceso degenerativo es la extinción de la casta en una especie de eliminación natural.⁴

La teoría de la degeneración no se conjuga con una actitud terapéutica pasiva o de resignación, por el contrario, se promueve tanto el tratamiento moral y educativo como el tratamiento físico, que tendería en última instancia a frenar la progresión de la enfermedad en la descendencia del paciente (eugenesia).

Morel diferencia en el contexto de las locuras hereditarias cuatro grandes clases (que son, al tiempo, etapas del progresivo descenso desde la óptica de la transmisibilidad hereditaria):

1. Primera clase: Caracterizada por la exageración del temperamento nervioso; presentándose irritabilidad, tendencias ansiosas, períodos de exaltación y depresión alternados, presencia de ideas fijas, etc.
2. Segunda clase: Aquí se reagrupa a individuos que muestran un claro desequilibrio. Sus acciones pueden resultar excéntricas, incoherentes y a menudo marcadas por una profunda inmoralidad. Suelen presentar cualidades intelectuales brillantes, sin embargo, es común que no concreten sus proyectos. Es sus paroxismos delirantes llegan a cometer actos peligrosos, bajo los que subyacen tendencias instintivas malignas. Al mismo tiempo, llegan a exhibir los más

⁴ Estas ideas ya estaban en boga en la época a partir de las publicaciones de Wallace, y se consagran con la edición en 1859 del Origen de las Especies de Charles Darwin.

variados excesos y depravaciones instintivas (perversiones sexuales) y pueden ser portadores de estigmas físicos.

3. Tercera clase: Manifiestan desde la infancia signos de déficit intelectual y desviaciones en relación a la moralidad. Desde la perspectiva médico-legal, son los llamados maníacos instintivos. En los individuos encuadrados en esta tercera clase los signos físicos se hallan más destacados que en los de la anterior.
4. Cuarta clase: Abarca a aquellos sujetos en los cuales los signos hereditarios se expresan plenamente, tanto a nivel moral como físico (Imbecilidad e idiotez).

En el marco de estas locuras hereditarias es, entonces, donde Morel incluye las llamadas "perversiones de los instintos genésicos". Su *Traté des maladies mentales*, fue el único que por entonces dedicó algunas páginas a un problema aún marginal para la psiquiatría. (Bercherie, 1988).

Por otro lado, probablemente sea esta juventud conceptual la que haya llevado a que, en un inicio, la circunscripción de la cuestión de la perversión se encuentre en cierta medida oscurecida. Ya que si bien Morel, como se mencionó recientemente, la incluye de plano en sus locuras hereditarias, también le da un lugar -aunque menor- en la locura histérica que en su nosografía se inscribe dentro de las locuras consecutivas a las grandes neurosis o "neurosis transformadas". Vale aclarar aquí, que se trata de la antigua noción de neurosis en tanto enfermedad no lesional del sistema nervioso y no de la noción moderna enraizada en los trabajos de Charcot y sus alumnos.

Así, menciona Morel, en su gran tratado de 1860 en relación a la locura histérica, la presencia de tendencias impulsivas y de “actos de naturaleza maligna”. Estas ideas se pueden rastrear también en un trabajo previo de este autor (al que Bercherie hace mención) y que data del año 1853, se trata de *Etudes cliniques*, allí Morel realiza una descripción del carácter histérico, en donde destaca, entre otras cosas, la frecuencia en que se presentan actos insensatos; al respecto dice Bercherie en *Génesis de los conceptos freudianos* (1988): “lo que los autores contemporáneos denominan monomanías instintivas”. Esto muestra una superposición con lo descrito en la tercer clase de las locuras hereditarias, arriba desarrolladas. Con todo, no queda claro entonces, si las monomanías instintivas se superponen en Morel, con la histeria, con las locuras hereditarias o bien, como puede esperarse, con ambas. Tal dificultad es intrínseca, pensamos, al acto de comparar nosografías que tienen como asiento criterios clasificatorios disímiles; en este sentido es entonces infrecuente encontrar categorías o clases (en este caso de patologías) que se homologuen o acoplen en todos sus vértices.

Por otra parte, Morel subraya el vínculo entre histeria y ninfomanía, destacando que cierto erotismo suele impregnar las manifestaciones psíquicas de la histeria, aunque “los actos sólo son completamente depravados en el período extremo de la enfermedad.” (Morel, 1853 citado en Bercherie, 1988).

Para algunos autores de la época las perversiones sexuales se incluían como uno de tantos caracteres propios de una forma nosológica

determinada, y por lo tanto, sin estatus nosográfico independiente, así por ejemplo, las menciona Sander al hacer referencia en 1868 a la *Verrücktheit* originaria (forma especial de la llamada locura sistematizada primitiva) y que tiene sus raíces en anomalías degenerativas de la inteligencia y del carácter. Por su parte, Laségue, describió por primera vez el exhibicionismo en 1877, analizándolo más como un acto impulsivo que asociado a la sexualidad.

“...hasta los últimos años del siglo XIX e incluso después, existirá una tendencia a vincular las perversiones sexuales con el conjunto de los síndromes impulsivos y obsesivos; Magnan proporciona su modelo más claro.” (Bercherie, 1988)

Sin embargo otros colocarán a las perversiones sexuales en un lugar propio más definido, tal es el caso de Krafft-Ebing, quien publica en 1877 su primer artículo sobre la patología sexual; y algunos años más tarde, en 1886, redacta la primer obra de conjunto sobre este tema: *Psychopathia sexualis*.

El Hito de Krafft-Ebing.

Richard von Krafft-Ebing fue el primero en describir de manera completa los trastornos de la vida sexual. La primera parte de su gran obra se refiere a la anatomía de los órganos sexuales, fisiología y psicología del instinto sexual. Estos estudios fisiológicos y psicológicos constituyen sólo la introducción para una descripción detallada de los trastornos que puede presentar la condición sexual humana, considerados siempre como anomalías y en ocasiones como crímenes (de hecho, el último capítulo

de la obra se denomina: Psicopatía sexual y medicina legal). Generalmente se sitúa a estas anormalidades como trastornos de la conducta social, en la medida en que la función sexual se ejerce normalmente con la participación de otra persona, teniendo entonces un aspecto social. En este sentido, menciona Pierre Janet (encargado de la realización del prefacio de la edición francesa de *Psychopathia sexualis*): “existe trastorno patológico cuando el acto sexual, ejecutado en cualquiera de sus formas, se vuelve excesivo y peligroso para el individuo u otros miembros de la sociedad, y en consecuencia se encuentra en oposición a las leyes sociales ...” (Janet, 1955 citado en Krafft-Ebing, 1955)

Krafft-Ebing realiza una clasificación de las “anomalías del instinto sexual” ampliamente difundida y adoptada por la mayoría de los autores que posteriormente abordaron la cuestión. Así diferencia cuatro grandes clases:

1. Anestesia e hipoestesia: Ausencia o disminución del instinto sexual.

Tal cuestión es fisiológica en la infancia y en la vejez muy avanzada. La causa de la anestesia o hipoestesia, en tanto que anomalías, puede encontrarse en alteraciones cerebrales así como en ausencia o atrofia de los órganos de la generación (como ocurre con ciertos pseudo-hermafroditas, idiotas o cretinos), función glandular defectuosa, atrofia testicular, degeneración de las glándulas genitales, hipoplasia congénita de la glándula de la pubertad, presencia de otras enfermedades, en particular de la médula espinal o del cerebro, etc. En lo que respecta a la disminución adquirida del instinto sexual se mencionan como posibles causas: castración, alcoholismo, actividad

mental continua, "surmenage" físico, preocupaciones, larga abstinencia sexual.

2. Hiperestesia: El instinto sexual natural se haya anormalmente acentuado, los frenos inhibitorios forjados por la moral y las buenas costumbres son endeble y el individuo puede caer en actos antijurídicos. Se trata en definitiva de cierto vigor anormal de sensaciones y representaciones sexuales, de lo que resultan violentos impulsos para lograr la satisfacción sexual. Se asocia a las antiguas nociones de ninfomanía y satiriasis. Sin embargo se diferencia de ellas; mientras en la hiperestesia el instinto sexual se tranquiliza por el acto, al menos durante cierto tiempo, en las últimas dos tal período de acalmia apenas existe.

La acentuación instintual propia de la hiperestesia se asocia con enfermedades funcionales de la corteza cerebral o con enfermedades orgánicas del cerebro; pudiendo responder a cuestiones degenerativas; a ello suele sumarse, como factor adicional, la acción del alcohol.

3. Parestesia: El instinto sexual se manifiesta de forma perversa, esto es, su tipo de satisfacción no tiene como fin conservar la especie; hay excitación de la vida sexual por estímulos inadecuados. Se contemplan aquí a las perversiones sexuales propiamente dichas, reagrupadas en dos conjuntos: por un lado sadismo, masoquismo,

fetichismo; por otro la homosexualidad.⁵ A su vez, se indica en relación a la homosexualidad una serie de diferencias: hermafroditismo psicosexual (atracción por ambos sexos), homosexualidad exclusiva (inversión psíquica completa), hermafroditismo anatómico (presentación de anomalías somáticas verdaderas).

4. Paradoxia: Manifestación del instinto sexual fuera del momento biológicamente marcado por los procesos anátomo-fisiológicos de los órganos genitales, por ejemplo en la infancia o en la vejez. En relación con la manifestación del instinto sexual durante la infancia, hay que distinguir entre numerosos casos. Así, el prurito en las partes genitales por fimosis, balanitis y oxyuriasis en el ano o vagina, y que por rascado de estas partes produce una excitación voluptuosa que impulsa a la masturbación, se diferencia de los casos en que se observan deseos sexuales en el niño, sin causa periférica, a consecuencia de un proceso cerebral. Solamente en estos últimos puede hablarse de aparición prematura del instinto sexual. Por lo general se trata de la manifestación de taras neuropsicopatológicas. Por otra parte, la existencia de manifestaciones sexuales en la vejez no es en sí patológica; sin embargo se deben admitir condiciones de esta índole cuando una persona decrepita, de vida sexual apagada hace ya tiempo, muestra de manera súbita y vigorosa una reaparición del instinto sexual, que suele exigir satisfacción sin freno y en

⁵ Posteriormente daremos cuenta de como son pensadas estas perversiones por Krafft-Ebing.

ocasiones de forma perversa. Tal reaparición se entiende como producto de modificaciones mórbidas del cerebro, y puede llegar a ser un anticipo de demencia senil. En esta etapa prodrómica la inteligencia puede conservarse aun, en tanto el sentido moral ha disminuido lo suficiente como para no poder medir con justeza la significación del acto y resistir al instinto.

Antes de continuar con los aspectos clasificatorios y etiológicos que propone Krafft-Ebing (y que han de tener un impacto en la obra freudiana, al menos inicialmente) mencionaremos que esta cuestión de la presencia de manifestaciones sexuales fuera del tiempo biológicamente determinado, en particular en la infancia, ha sido abordada desde una óptica no necesariamente patológica por Albert Moll, quien tiene a su cargo, a partir de 1923, la edición de las posteriores publicaciones de *Psychopathia sexualis* de Krafft-Ebing. El doctor Moll, ya era conocido por entonces por sus trabajos sobre la manera de sentir sexual contraria.

En rigor, Moll, plantea que el estudio de la vida sexual del individuo debe partir del comienzo de su evolución y seguir todas las fases de esta; en este contexto menciona que ha demostrado, en *Das Sexualleben des Kindes*, como fenómenos francamente sexuales se manifiestan en la infancia, período que hasta entonces se consideraba de neutralidad sexual. (Moll, 1909 citado en Krafft-Ebing, 1955).

Moll diferencia aquellos casos en los que puede pensarse la presencia de patología, de aquellos otros en los que el proceso mórbido se

ausenta. Divide la infancia en dos períodos: uno desde el 1° al 7° año; otro desde el 8° al 14°. Según este autor cuando existen manifestaciones del instinto sexual durante el primer período se ha de sospechar disposición mórbida. Muchos casos de instinto sexual prematuro pueden denotar la existencia de un estado patológico de la secreción interna (particularmente afecciones de la cápsula suprarrenal), sobre todo cuando se manifiestan signos somáticos de precocidad sexual. En este contexto no se debe descartar afección cerebral.

Por otra parte, y en relación con el segundo período indicado, se pueden presentar en niños normales manifestaciones psicosexuales, sin responder necesariamente a un proceso mórbido. La iniciación de la vida sexual depende en parte de influencias climáticas y geográficas (siendo más tardía en los países del norte). Estos factores externos no son, empero, lo únicos presentes, por el contrario, no surtirían efecto sin combinarse con elementos constitucionales, lo que explica por que en ciertas familias se da una notable precocidad en el desarrollo de la vida sexual.

El instinto sexual de este período infantil se caracteriza, según Moll (coincidiendo con Max Dessor) por ser indiferenciado. El objeto no necesariamente corresponderá al sexo opuesto, pudiendo existir atracción por personas del mismo sexo, animales, etc.; de este modo, la meta del instinto, que se expresará más tarde como instinto de cópula, puede en el período infantil permanecer indiferenciada, lo que implica entonces que actos perversos son el objeto frecuente del instinto en tales años. Luego, paulatinamente, el instinto se diferencia y en el estadio de madurez sexual,

lo habitual es la diferenciación en favor del otro sexo.

Destacamos aquí, en los aportes de Moll de la primera década del siglo pasado, dos ideas emparentadas con los desarrollos freudianos de la misma época (emparentadas, pero no homólogas), a saber: una infancia no desexualizada y el carácter perverso de ello. Hay que agregar que esta sexualidad *en la* infancia, referida por Moll era considerada una actividad preparatoria del instinto, con un desarrollo particular y un orden propio, pero independiente de la sexualidad de adulto, de forma que no la entendía al modo de la sexualidad infantil freudiana.

Además Moll sitúa como no necesariamente patológicas las manifestaciones sexuales que se presentan con exclusividad entre el 8° y el 14° año de vida, en tanto que aquellas que aparecen más tempranamente las concibe ligadas a procesos mórbidos; distanciándose de los desarrollos del Dr. Freud que, de hecho, Moll desdeña, así dice:

En los últimos años los trabajos de Freud sobre las zonas erógenas del niño, han sido particular y profusamente comentados. Freud considera a los movimientos que el niño efectúa al mamar, como fenómeno sexual; los labios y dedos serían zonas erógenas. Importancia particular ha sido atribuida igualmente al ano. Sin embargo pese a la frecuencia con que se repiten tales alegatos, no se ha probado que esos movimientos del niño tengan que ver en modo alguno con la vida sexual. Lindner, de Budapest, había indicado ya ciertas relaciones entre los movimientos del niño al mamar, y los procesos sexuales ...

Pero hasta hoy los autores nos deben la prueba de que tales procesos sean de naturaleza sexual y que, en ese sentido, existan zonas erógenas en los lactantes y en los niños. (Moll, 1955)

Otras nociones que se esbozaban en los planteos, tanto de Moll, como de Krafft-Ebing y que tocan de alguna manera los postulados freudianos, son las siguientes: hay un instinto natural que garantiza la perpetuación de la especie y que reclama imperiosa satisfacción, proporcionando no solo un goce de los sentidos y cierto bienestar físico, sino también una satisfacción más elevada: continuar nuestra fugaz existencia en nuevos seres. Por otra parte, toda activación del instinto sexual que no corresponda a los fines de la naturaleza, basada en la reproducción de la especie es pensada por estos psiquiatras como perversa.

Ahora bien, ¿cómo entendían autores como Moll y Krafft-Ebing el instinto sexual? Durante el período de los procesos anatómicos y fisiológicos de las glándulas sexuales, se manifiestan en la conciencia del individuo, impulsos que lo llevan a contribuir a la conservación de la especie (instinto sexual).

El instinto sexual en la edad de la madurez sexual, es una ley fisiológica. Por otra parte, la fuerza del instinto sexual y la duración del proceso anatomofisiológico en los órganos sexuales difiere, según la raza, el clima, las condiciones hereditarias y sociales.

Moll considera, desde el punto de vista fisiológico, al instinto sexual como surgiendo de la corteza cerebral, sin embargo destaca que hasta el momento ello no ha podido demostrarse. Para tal empresa trabajaba por

este tiempo por ejemplo Gall.

Para Moll el proceso psicofisiológico que encierra el concepto de instinto sexual esta constituido por:

1. Representaciones que incitan al contacto con otra persona; llevan al hombre hacia la mujer y a la mujer hacia el hombre; "instinto de contrectación" (de *contrectare*, tocar). Es el componente psíquico del instinto sexual.
2. Sensaciones que parten de los órganos genitales y que impulsan a la satisfacción genital; "instinto de detumescencia" (de *detumescere*, deshinchar; asociado al acto de la eyaculación).

Retomaremos ahora la clasificación de las perversiones que realiza Krafft-Ebing en *Psychopathia sexualis*, tal como lo anunciamos páginas atrás.

Divide las perversiones en dos grandes grupos: aquellas en las que el fin mismo es perverso, se ubican aquí sadismo, masoquismo, fetichismo y exhibicionismo; y aquellas en las que el objeto es perverso, se incluyen aquí, por ejemplo, homosexualidad, pedofilia, gerontofilia, zoofilia.⁶

Krafft-Ebing dedica a cada uno de los elementos de esta clasificación un capítulo propio que concluye con una serie más o menos extensa de observaciones, recortes clínicos con mayor o menor detalle (mostrándose, en ocasiones, combinaciones de varias perversiones). En la mayoría de

⁶ Esta diferenciación de las perversiones en función del fin y del objeto, será tomada por S. Freud en *Tres ensayos de teoría sexual*.

estas observaciones numeradas se hace alusión al historial de patología familiar del individuo protagonista del o los hechos narrados.⁷

Veamos brevemente como se compone esta clasificación (enriquecida por el aporte de otros autores a los que haremos alusión):

1. Sadismo. Palabra creada por Krafft-Ebing a partir de las novelas del marqués de Sade que rebosaban de voluptuosidades y de crueldades. Schrenck-Notzing, propuso en su lugar la palabra "alagslagnia", del griego "alagos", dolor; y "lagnesia", voluptuosidad. Sin embargo, Krafft-Ebing hace notar como apropiado mantener las expresiones de sadismo y masoquismo, en la medida en que no es el dolor lo esencial de tales estados patológicos, sino la sumisión, siendo el dolor, a veces, sólo un medio de expresión.

Esta patología se basa en la asociación de la voluptuosidad con representaciones de crueldad activa y con la necesidad de realizarlas, cuestión que se da bajo dos condiciones: cuando a ello se agrega como complicación la hiperestesia o cuando faltan contrarrepresentaciones moralmente inhibitoras. La naturaleza del hecho sádico depende de las disposiciones del individuo y de sus acontecimientos de vida.

En ocasiones el acto del sadismo es preparatorio del acto sexual, otras sigue al coito; en otras es un equivalente de éste (pinchazos que hacen verter sangre, flagelación, estrangulación).

⁷ Ello se debe al lugar que Krafft-Ebing atribuye al componente hereditario en la producción de patología. Más adelante nos referiremos más extensamente a ello.

El sadismo consiste en la sensación de placer sexual, que puede alcanzar al orgasmo, causada por la humillación, el castigo y la crueldad de todo tipo de ejercicios sobre otro individuo o sobre un animal. La acción sádica, perversa en sus fines, puede llegar a presentar al mismo tiempo perversión del objeto, por ejemplo maltrato infligido a los animales.

2. Masoquismo. Inversa del sadismo. Así como el término sadismo proviene de la obra de Sade, el término masoquismo deriva de la literatura producida por Sacher Masoch. En esta perversión, aparecen como motivo de goce representaciones vinculadas con soportar injurias, malos tratos y estar enteramente sometido a los deseos del partenaire. Estas representaciones actúan como motor para la realización del acto masoquista; el cual puede ser preparatorio del acto sexual, seguir al coito; o ser sustituto de éste. Existen gradaciones de actos masoquistas que pueden ir desde lo intrascendente hasta lo aberrante, y están sujetas a la intensidad del instinto de perversión y a la potencia de las contrarrepresentaciones morales y estéticas.

El masoquista busca su voluptuosidad en la humillación, el dolor y el maltrato producido por una persona del sexo opuesto, hay sumisión a la violencia ejercida por un tercero.

Tanto sadismo como masoquismo tienen como rasgo distintivo su carácter impulsivo (oscurecimiento del raciocinio) y el hecho de que las representaciones de carácter violento se cargan de voluptuosidad,

existiendo al tiempo una realización de las mismas. Frecuentemente estas perversiones hacen a un sujeto insensible a la búsqueda del acto sexual normal, mostrando impotencia, que sin embargo no se basa en el horror por el sexo opuesto, sino en la necesidad de una satisfacción distinta a la normal adecuada al instinto perverso.

Ambas perversiones pueden coexistir en una persona, aunque por lo general uno de los fenómenos domina al otro.

Krafft-Ebing, consideró al sadismo como una propiedad específicamente viril, y al masoquismo como específicamente femenina.

3. Fetichismo. Acentuación libidinosa de la representación de diversas partes del cuerpo, cualidades o prendas de vestir que corresponden al sexo opuesto. El carácter patológico de este fenómeno estriba en apoyarse con exclusividad en un fragmento de la imagen total de una persona del sexo opuesto, que concentra sobre sí todo el interés sexual y, en general, es imposible el coito en ausencia del fetiche individual.

La constitución de alguna parte corporal o de un elemento como fetiche se relaciona con una impresión debida a la casualidad, que ha determinado una sensación de voluptuosidad. Desde lo psicológico se explica por una ley empírica de asociación: la relación de una representación parcial con una representación toda, con acentuación de la primera, por sentimientos característicos.

Binet en "Le fetichisme dans l' amour" (1887) estudia de cerca el

fetichismo que justifica las simpatías individuales; así algunos se sienten atraídos por el timbre de voz, el perfume, la mano, el pie, la oreja, etc., donde residen el encanto fetichista individual, primer eslabón de una cadena psíquica complicada cuyo conjunto constituye el amor, esto es el deseo de poseer física y psicológicamente al objeto amado.

En este marco, el fetichismo no resulta patológico, a condición de que la representación del objeto vaya de lo parcial a lo total; el amor toma como objeto al conjunto de la personalidad física y moral. El amor normal es entonces, síntesis, generalización. En esta dirección Max Dessoir hace alusión al hecho de que el amor normal se asemeja a una sinfonía compuesta de diversos sonidos (excitaciones diversas), es por decirlo de algún modo, politeísta, en tanto que el fetichismo (como patología) solo conoce el sonido de un instrumento único (una determinada excitación), es monoteísta.

Según Binet, Krafft-Ebing calificó de fetichismo a la predilección por ciertas cualidades físicas o psíquicas. Pertenecen al dominio patológico los casos en que falta todo instinto hacia el coito y donde el instinto genital sólo se dirige hacia actos sexuales, relacionados con el fetiche.

Moll realiza una clasificación dentro del fetichismo, según cual sea el objeto de fetiche: (a) una parte del cuerpo (el cabello, la nariz, la mano, el pie, las nalgas). (b) una condición física (ser rengo, ser tuerto). (c) un objeto (preferentemente una prenda de vestir femenina,

pañuelos, delantales, zapatos, ropa interior, telas). (d) una acción (orinar). (e) una cualidad psíquica (naturaleza viril).

Krafft-Ebing supone que el fetichismo se manifiesta sobre la base de una disposición congénita psicopatológica⁸, cosa que no ocurre con el sadismo y el masoquismo; pensaba que tanto el uno como el otro eran de naturaleza original dado que la unión entre de la voluptuosidad y la crueldad, es algo que existe normalmente en la naturaleza del hombre, cuyos indicios se demuestran en la vida amorosa normal.

4. Exhibicionismo. Inclinación por descubrir las partes genitales ante otros, por lo general, se buscan como testigos a niños o púberes. Esta actividad se suele acompañar de masturbación u otros actos, como la práctica completa del coito frente a terceros. También se pueden incluir aquí a quienes disfrutan contando o escribiendo obscenidades. Esta perversión es más típica en hombres que en mujeres y, en la mayoría de los casos, se observa una herencia patológica, que marca un instinto hacia el desnudo.

Moll se esfuerza en destacar que no todo acto exhibicionista constituye una perversión sexual, en ocasiones es sólo un síntoma que acompaña a otra patología de base tal como ocurre en la debilidad mental, en la parálisis progresiva, en la demencia senil, etc.

Se trata de casos en que los frenos inhibitorios normales contra la

⁸ Sin descartar el papel que pueden jugar aquí factores externos. Véase más adelante el apartado sobre cuestiones etiológicas.

desnudez desaparecen, sin que el desnudarse resulte de un instinto determinado.

En ocasiones los actos exhibicionistas acompañan al coito normal, como parte preliminar del mismo, en tales casos no son pensados como patología, sin embargo en aquellas circunstancias en que el placer sexual se restringe con exclusividad al exhibicionismo se habla de actos perversos, patológicos.⁹

Para algunos autores, como Leppmann, el exhibicionismo supone una raíz masoquista, es decir, que el autor del acto busca satisfacción en su propia humillación. El mismo Moll destaca la combinación del exhibicionismo con otras perversiones, así indica cierto enlace con el sadismo; muchos sádicos buscan asustar a mujeres o niños, siendo la mostración de su cuerpo desnudo un medio para ello.

5. Homosexualidad. Las cualidades físicas o psíquicas del propio sexo despiertan la necesidad de contacto sexual; se trata de una anomalía donde la sensación sexual no corresponde a los caracteres sexuales físicos primarios, ni generalmente, a los secundarios. De modo que, a pesar del tipo sexual diferenciado el hombre siente atracción por el hombre en la medida en que posee una sensibilidad femenina, del mismo modo la mujer se siente, frente a otra mujer, desempeñando el papel de hombre.

Krafft- Ebing divide a la homosexualidad en: forma innata o congénita

⁹ Esta idea que diferencia aquellos actos perversos que, estando al servicio del coito, se entienden como no patológicos de aquellos otros que constituyen un fin en si mismos; reaparecerá en los planteos freudianos, desde una lógica teórica propia.

y forma adquirida. Moll no sigue esta clasificación ya que considera que el individuo es un producto de caracteres tanto hereditarios como adquiridos, ambos factores se influyen mutuamente resultando difícil discriminar o separar en cada caso entre ambos. No niega que existan casos en que lo adquirido desempeñe el principal papel o a la inversa donde sea lo innato lo primordial. Solo señala la dificultad de separarlos. Por otra parte, destaca la importancia que desempeña la disciplina psíquica del instinto en los casos de homosexualidad.

Krafft - Ebing distingue como formas de homosexualidad congénita las siguientes: (a) con la sensación homosexual existe también atracción por el otro sexo (hermafroditismo psicosexual); (b) existe solamente atracción por el propio sexo, los caracteres sexuales físicos secundarios son normales, los psíquicos pueden presentar inversión parcial; (c) los caracteres sexuales psíquicos están invertidos (feminización – virginidad); (d) los caracteres sexuales físicos secundarios se parecen al sexo al que el sujeto cree pertenecer (androginia – ginandria). Vienen después las formas tardías en las que Krafft-Ebing distinguía las siguientes subcategorías: inversión simple de la sensación sexual; impotencia y desfeminización (sobrevienen modificaciones permanentes de la personalidad en el sentido del otro sexo); etapa de transición hacia la metamorfosis sexual (la sensación física se manifiesta en el sentido del otro sexo); metamorfosis sexual paranoica (el enfermo cree pertenecer al sexo opuesto, se trata en realidad de una enfermedad mental de tipo



paranoico).

Según lo plantea Moll, Griesinger dilucidó la cuestión de la homosexualidad desde el punto de vista antropológico y clínico, llamando la atención sobre la herencia patológica en un caso por él observado. La insistencia en el componente hereditario reaparece en Krafft-Ebing que consideraba a la homosexualidad como un estigma funcional de degeneración y fenómeno parcial de un estado neuropsicopatológico, que tiene a la herencia como principal causa.

Entre los síntomas que Krafft-Ebing encontraba en esta tara neuropsicopatológica se encuentran: precocidad anormal de la vida sexual, presentación de otros fenómenos perversos, otros indicios de degeneración funcional y a menudo también anatómica, presentación en la mayoría de los casos de anomalías psíquicas que pueden llegar a estados de degeneración psíquica (imbecilidad, locura moral), presentación de signos de degeneración, psicosis o neurosis en ascendentes o consanguíneos de los individuos homosexuales.

6. Pedofilia erótica. Se trata de personas que tienen inclinaciones eróticas por los niños o niñas impúberes. Krafft-Ebing admite ciertos caracteres comunes entre quienes padecen de esta perversión: se trata de individuos que presentan taras hereditarias; que sienten fuerte atracción hacia impúberes del sexo opuesto, más allá que pueden disfrutar del sexo con personas adultas aunque sólo en presencia de menores de edad. Otro rasgo distintivo es que rara vez llegan al coito contentándose con simples palpaciones impúdicas o la

masturbación de sus víctimas. No debe ser considerada una perversión exclusiva de los hombres ya que también se encuentra en el sexo femenino.

Diversos autores (Moll, Leppmann, etc.) dudan que exista una perversión congénita que dirija el instinto hacia los niños, suponen, en cambio, una adquisición muy temprana, como consecuencia de particularidades de ciertas impresiones, debidas al azar (aún existiendo las taras hereditarias que sirven como base para la patología.).

En este sentido, Moll plantea que en ninguna otra perversión se puede observar tan claramente la influencia del ambiente y de las excitaciones actuando sobre los adultos; y sostiene que, a menudo, el nacimiento de las inclinaciones pedofílicas se remite a la época del instinto sexual indiferenciado.

7. Gerontofilia. Atracción sexual patológica por personas de avanzada edad.
8. Zoofilia. Las representaciones de animales alcanzan un tinte erótico; ello suele combinarse con sadismo, de modo que en ocasiones el maltrato hacia los animales actúa como afrodisíaco.

Krafft-Ebing diferencia aquí: bestialidad (realización del acto sexual sobre el animal), zoofilia erótica (los animales ejercen acción afrodisíaca sobre los seres humanos), zoofilia erastia (al igual que la bestialidad implica la ejecución del acto sexual sobre el animal, pero a diferencia de ella este acto se relaciona directamente con la

presencia de una tara hereditaria.)

Moll, por su parte, realiza una diferenciación entre perversidad y perversión, la primera designaría el acto; la segunda el sentimiento y el instinto, con lo cual optará por mantener solo los conceptos de bestialidad y zoofilia erótica.

A continuación presentamos a modo de ejemplo una observación clínica que se corresponde con la última perversión mencionada y que es expuesta por Krafft-Ebing en *Zeitschr. Für Psychiatrie*, Vol. 50, y citada en *Psychopathia sexualis*.

Observación 316: X ..., 21 años, de familia con taras neuropáticas, es un neuropata constitucional. Desde la infancia tenía la obsesión de no hacer cualquier acción indeterminada por miedo de que le sucediera una desgracia. En el colegio aprendió con facilidad; no estuvo gravemente enfermo. Siendo niño, tenía ya predilección por los animales domésticos, en especial perros y gatos, pues al acariciarlos experimentaba una sensación de excitación voluptuosa. Durante largos años se dedicó inocentemente a esos juegos con esos animales. Habiendo llegado a la pubertad, reconoció que era esa una costumbre inmoral y se esforzó por renunciar a ella. Lo logró, pero en sueños, volvía a situaciones de ese tipo, pronto acompañada de poluciones. Esto llevó al niño, sexualmente excitable, al onanismo. Al comienzo, se satisfizo con la mano, pensando regularmente en las caricias y mimos prodigados a los animales.



Al cabo de algún tiempo llego al onanismo psíquico, representándose tales situaciones, provocando así el orgasmo y eyaculación. Se volvió neurasténico... hasta ahora nunca practicó el coito, como consecuencia de su libido defectuosa (*ex masturbatione et neurasthenia!*) y miedo al contagio. Solo lo atraen las mujeres esbeltas y de noble andar.

El enfermo presenta la sintomatología usual de la neurastenia cerebro-espinal. Es de constitución delicada y anémica. Tiene gran empeño en que se le asegure que posee potencia sexual, o que eventualmente la recuperara.

Se le aconseja evitar el onanismo psíquico y la neurastenia; reforzar centros sexuales, satisfacer su vida sexual por medios normales, en la medida de lo posible. (Krafft-Ebing, 1955)

Cuestiones Etiológicas.

Como ya se ha anticipado, desde el punto de vista etiológico, Krafft-Ebing subraya la naturaleza congénita y degenerativa de las perversiones sexuales, a raíz de ello, diferencia las verdaderas perversiones de la perversidad adquirida (aquí se incluye, por ejemplo la homosexualidad en ausencia de otra opción de las prisiones o ejércitos), así, mientras esta última tiene que ver con lo circunstancial, las primeras se asocian a estados heredo-degenerativos.

La insistencia en la cuestión de la herencia (en tanto etiopatogenia), no deja ser un legado moreliano, que subyace en las obras de varios autores desde la segunda mitad del siglo XIX, conjugada con un creciente interés por las formas sindrómicas.¹⁰

Si nos preguntamos si la degeneración aporta un factor decisivo en la formación de las pasiones sexuales, habrá que responder afirmativamente. Es evidente que la degeneración disgrega aún más los complejos de excitabilidad: se hacen más frágiles, y así podemos observar que los degenerados presentan a menudo, no solamente una perversión sexual determinada, sino que cambia algunas veces. ... Así un individuo es hoy pedófilo, mañana será homosexual y en otras ocasiones masoquista, etc.

. . . . la degeneración no produce una perversión específica, sino que el individuo está especialmente en peligro en presencia de factores que ejercen su influencia sobre la vida, teniendo además un sistema nervioso y complejos de excitabilidad sin firmeza. (Moll, 1955)

Para Moll, una gran variedad de perversiones sexuales en una misma persona, responde necesariamente a una grave tara hereditaria. Además indica que en la degeneración el relajamiento de los complejos de excitación (producto del desarrollo de la civilización), alcanzó un elevado grado de fragilidad.

Moll plantea que en relación a la génesis de las enfermedades, han

¹⁰ Vinculadas, a su vez, con la tradición surgida de Griesinger, que aquí no se desarrolla.

de existir una serie de condiciones previas, de modo tal que una sola causa no debe considerarse como la única determinante de una enfermedad. El hombre como ser orgánico es producto de la herencia y de las influencias ulteriores. En muchos casos de perversión sexual hay que tener en cuenta que la predisposición puede ser congénita, pero no se desarrolla sino se dan las condiciones para ello. Moll establece una analogía botánica y refiere que en función de estudios sobre la herencia se sabe que las plantas se desarrollan de forma diferente de acuerdo reciban o no la luz del sol, así en la sombra no desarrollan ciertas tendencias hereditarias. Aquí hay entonces un factor congénito, pero este se desarrolla en presencia de una condición: el sol.

Los actos de pedofilia nos muestran cómo actúan las influencias de la vida. No es por simple casualidad que entre las personas condenadas por actos inmorales practicados en niños menores de 14 años, se encuentren tantos institutores. Evidentemente se trata de personas cuyas facultades de reacción sexuales son frágiles, de manera que siéndoles el ambiente desfavorable, llegan a tener una perversión que nunca habrían tenido sino hubiesen estado expuestas con tanta frecuencia al atractivo de los niños. Por otra parte, y sin ninguna duda, existen institutores que aún estando rodeados de niños, nunca sienten excitaciones pedofílicas, porque tiene una vigorosa facultad de reacción normal. (Moll, 1955.)

En este mismo sentido, Moll considera que en el período de

indiferenciación los jóvenes permanecen siempre en compañía de muchachos de su misma edad, y supone como consecuencia de esta comunidad que el instinto se dirige hacia éstos produciéndose de esta manera una fijación que se tornará permanente.

Otro hecho que Moll menciona en relación a la génesis de las perversiones sexuales es el reemplazo progresivo del fin por el medio, así como un individuo acumula oro para adquirir determinado bien, luego esta acumulación se convierte en un fin en si mismo y el individuo resulta un avaro; en las perversiones se daría también este fenómeno.

Por otra parte, cuando el instinto sexual tiene un despertar prematuro existe una predisposición para la perversión sexual, esto se debe a que en el período de la indiferenciación (al que ya hemos aludido) el instinto sexual puede unirse a cualquier objeto, creándose una fuerte asociación y dando por resultado una unión de carácter artificial; de ésta manera, cuanto más temprano se despierta la vida sexual, con mayor frecuencia se podrá dar una relación artificial entre el instinto y un objeto que no le es natural.

Con respecto al fetichismo Alfred Binet señaló la existencia de un acontecimiento que determinó la acentuación, por sensaciones de voluptuosidad, de una determinada impresión; este acontecimiento generalmente sucede en la primera juventud y concuerda muchas veces con el despertar de la vida sexual. El factor desencadenante es olvidado subsistiendo únicamente el resultado de dicha asociación.

En este dominio la herencia sigue siendo, como se la ha llamado la causa de las causas; ella prepara el terreno en el que

la enfermedad del amor debe germinar y crecer. Pero la herencia, en nuestra opinión no es capaz de dar a esta enfermedad su forma característica; cuando un individuo adora los tachones de botín, y otro los ojos de mujer, no le corresponde a la herencia explicar por qué su obsesión se dirige tal objeto y no a tal otro. (Binet, 1887 citado en Bercherie, 1988)

En una dirección análoga, Krafft-Ebing sostiene que el fetichismo individual está condicionado por impresiones exteriores debidas al azar (no hay prenda o parte del cuerpo que no fuera susceptible de convertirse ocasionalmente en fetiche), cuyos resultados se mantendrán sólidamente y dominarán la vida sexual sin permitir, en la mayoría de los casos, la formación de una nueva asociación. Hay que recalcar que esta alusión a las leyes de la asociación o apelación a determinado acontecimiento vivido, no implica sin embargo una renuncia al factor hereditario, en todo caso el elemento externo, fortuito es pensado como complementario.

Hay fuertes razones para suponer que la forma de estas perversiones es hasta cierto punto adquirida y fortuita ... En la historia de estos enfermos se produjo un incidente que dio a la perversión su forma característica. Desde luego una circunstancia tan fortuita sólo desempeña un papel esencial porque ha impresionado a un degenerado. Un hombre sano sufre todos los días de influencias análogas sin convertirse por ello en amante de los tachones de botín. (Binet, 1887 citado en Bercherie, 1988).

Si bien la mayoría de los trabajos producidos en el siglo XIX en torno

las perversiones conjugaron los componentes hereditarios y adquiridos, un número menor de ellos centro en las influencias externas la causa principal o a caso exclusiva de la patología sexual. Schrenck-Notzing publicó a partir de 1889 una serie de trabajos en relación a la cura de pacientes perversos. El proceso de curación consistía en destruir la asociación patológica y reemplazarla por una normal, mediante sugestión hipnótica. Si alguna patología podía ser revertida por influencias exteriores, era sólo en la medida en que había sido engendrada de la misma manera. "Cuanto más se incrementa el número de casos en los que se ha obtenido una curación duradera, más disminuye, en nuestra opinión, la proporción correspondiente a aquellos en los que puede invocarse una disposición hereditaria para explicar las anomalías." (Schrenck- Notzing 1889, citado en Bercherie, 1988)

Otras consideraciones etiológicas sustentadas durante la segunda mitad del siglo XIX están ligadas al auge que por entonces cobraban las teorías evolucionistas. Se trata de trabajos que proponían una lectura evolucionista/darwinista de la sexualidad, bajo ópticas filo y ontogenéticas¹¹.

En este marco, se creyó poder encontrar, de manera esquemática, la solución al tema de las perversiones, señalando las disposiciones bisexuales del ser humano. Por estas disposiciones bisexuales, parecía simple probar que, desde el punto de vista biológico, había que considerar la homosexualidad sólo como el desarrollo opuesto a otras características sexuales secundarias. Chevalier partió de la tesis de la bisexualidad original

¹¹ De hecho, la presencia de manifestaciones sexuales en la infancia que Moll recalca, no deja de ser un exponente de su interés por el desarrollo ontogenético.

del mundo animal y de la disposición bisexual que existe en los primeros estadios del feto humano. La diferenciación de los sexos es, según él, el resultado de infinitos procesos de evolución que el individuo deberá atravesar necesariamente y de la lucha entre las fuerzas masculinas y femeninas; en este conflicto, una prevalecerá y el sujeto se desarrollará como monosexual. Sin embargo, subsistirán los rastros de la sexualidad dominada y estos elementos, que Darwin denomina "caracteres sexuales latentes", pueden cobrar importancia provocando fenómenos como la homosexualidad.

Entre los primeros en aplicar a la sexualidad el enfoque darwinista y la ley biogenética fundamental de Haeckel¹² se encuentra Clevenger, quien en 1881 propuso derivar filogenéticamente el instinto sexual del hambre (deseo originario). En favor de ello adujo el ciclo crecimiento-fisión reproductiva en los organismos unicelulares¹³, los hechos de canibalismo durante la copulación de varios animales inferiores y por último los besos y mordiscos de los animales superiores. Otra serie de trabajos publicados entre 1884 y 1891 y cuya autoría corresponde a Kiernan, dan a las perversiones una etiología biogenética; en ellos la patología sexual aparece como regresión atávica a características arcaicas como el canibalismo o la bisexualidad. Este punto de vista fue sintetizado por Lydston (1889) en torno al concepto de detención del desarrollo; así, si el desarrollo individual recapitulaba las

¹² Haeckel, ferviente difusor de las ideas de Darwin, propone en su ley biogenética fundamental que la ontogénesis reproduce la filogénesis.

¹³ Se trata de una modalidad de reproducción asexual, en la que los organismos unicelulares se dividen en dos porciones unicelulares hijas de igual tamaño, siendo cada una de estas un nuevo organismo independiente.

etapas de la filogénesis, las aberraciones sexuales se pensaban como trastornos del desarrollo ontogenético.

Por otra parte, según Bercherie otros escritos de fin de siglo mostraban una carátula evolucionista, mas su foco no dejaba de girar en trono al carácter degenerativo de las perversiones sexuales, para las que se indicaba entonces una tara orgánica, tal es el caso de los trabajos de Féré. “Vemos que en Féré se trata de una simple puesta en forma evolucionista, de intención clasificatoria, de las concepciones degenerativas, y no de un verdadero cambio de registro ...” (Bercherie, 1988).

SEGUNDA PARTE: LA PERSPECTIVA FREUDIANA.

Consideraciones Preliminares.

Es menester pensar que el psicoanálisis no es una superación del saber psiquiátrico, sino que constituye más bien la instauración de una nueva discursividad sobre la salud mental en un momento histórico determinado.

Cabe recordar brevemente los acontecimientos históricos que atravesaron el siglo XIX, en la medida en que irán configurando el campo en que tuvo lugar la obra freudiana.

Una de las consecuencias que dejó la Revolución Francesa consistió en la instauración de una ideología: el Liberalismo. Esta se establece de acuerdo con el supuesto del derecho natural, según el cual los hombres nacen libres e iguales y deben permanecer a lo largo de su vida de esta manera. La igualdad se entiende de manera formal; es decir, ante el Estado, todos los hombres son iguales. La ley es la encargada de velar por el mantenimiento de esta igualdad que ayuda a facilitar, el desarrollo individual y de la propiedad, lo que hace que el Estado tenga límites en su capacidad de intervención de dichas libertades.

Además de su contenido político o económico, las ideas liberales se plasmaron también en un modo de entender la sociedad y en una actitud hacia las personas y las relaciones sociales. Así, en nombre de la razón y del derecho de todo hombre a vivir libre, los liberales concibieron el universo como una inmensa mecánica cuyos engranajes obedecían a leyes naturales.

Estos preceptos liberales se vieron exacerbados a partir de un hecho

histórico que modificaría no solo a Europa sino también a todo el mundo: La Revolución Industrial de 1860. El desarrollo industrial y el auge del maquinismo produjeron grandes movilizaciones de población rural hacia las ciudades dentro del Viejo Continente en búsqueda de un mejoramiento en las condiciones de vida.

Freud nació en 1856 en Moravia, con su familia se vio obligado en 1860 a abandonar el campo y dirigirse a la ciudad de Viena (capital junto con Budapest del Imperio Austro – Húngaro), que si bien no difería en demasía de otras metrópolis europeas presentaba sin embargo algunas características peculiares. Dice Rubén Jaramillo: “Viena representaba una alternativa de progreso material y social para los judíos. Las grandes capitales del imperio significaban un refugio frente al antisemitismo que por entonces estaba localizado más bien en el campo, en las aldeas.” (Jaramillo, 1992)

El liberalismo y algunas de las reformas del Gobierno constitucional de 1860, posibilitaron la participación de los judíos en el mundo político y académico; se adhirieron a esta ideología como fuertes participantes dentro de la política y como partidarios de ella. Todo esto se dio gracias a que encontraban en el liberalismo cierta protección frente al antisemitismo. Las políticas vienesas permitieron que se aboliera el impuesto a los judíos, facilitando la compra de bienes raíces y les brindó una mayor participación. Por otro lado, en el ámbito académico, los jóvenes judíos sobresalían en profesiones como derecho y medicina, que en su tiempo eran tomadas como liberales, de allí que aunque Freud en algún momento se inclinó por la

jurisprudencia, resultó inmerso en el mundo de la medicina (influenciado en parte por la lectura de la obra de Darwin de reciente publicación)¹⁴, que le dará lugar a sus preguntas sobre el funcionamiento y contenido del psiquismo.

Bajo el poderoso influjo de mi amistad con un compañero de escuela algo mayor, que ha llegado a ser un conocido político, nació en mí el deseo de estudiar derecho, como él, y lanzarme a la actividad pública. Entretanto, la doctrina de Darwin, reciente en aquel tiempo, me atrajo poderosamente porque prometía un extraordinario avance en la comprensión del universo, y sé que la lectura en una conferencia popular (por el profesor Carl Brühl) del hermoso ensayo de Goethe «Die Natur», que escuché poco antes de mi examen final de bachillerato, me decidió a inscribirme en medicina. (Freud, 1925).

El liberalismo decae y comienza a primar el partido Social-Cristiano; pero para entonces ya estos jóvenes habían obtenido un lugar en la sociedad, la cultura y el mundo intelectual de Viena.

Ahora bien, para cualquier habitante de una ciudad industrializada parecía evidente que los avances científico-técnicos significaban la posibilidad de una vida mejor. El progreso parecía no tener límites.

La idea de progreso —en el plano social— y la de evolución —en el campo natural— se imponían tanto entre los científicos como entre la

¹⁴ *El origen de las especies*, publicada en 1859, estableció que la explicación de la diversidad que se observa en la naturaleza se debe a las modificaciones acumuladas por la evolución a lo largo de las sucesivas generaciones.

mayoría de lo habitantes de los países industrializados.

A partir de los trabajos de Auguste Comte comenzó a tomar forma la corriente de pensamiento llamada positivista. Su objetivo era explicar el desarrollo de las sociedades humanas de manera objetiva, observando los hechos y estableciendo leyes, a la manera de las ciencias naturales. Comte consideraba que el progreso era lineal y acumulativo, y que el método científico era el que permitía llegar a un conocimiento positivo. Afirmó que las sociedades humanas habían pasado por tres edades: la teológica, desde los orígenes hasta el siglo XIII; la metafísica, hasta 1789; y la científica.

Los positivistas pensaban que para que las sociedades evolucionaran de una etapa a otra era indispensable que existiera un orden social. Para que el progreso capitalista no se detuviera era necesario que, por encima de los intereses particulares, se impusiera un orden superior. Este orden debería imponerse por medio de normas y leyes. El conocimiento científico positivo tendría la función de contribuir a mantener el orden social.

El positivismo fue tanto un método de investigación en las ciencias sociales como una ideología. A medida que las potencias imperialistas se extendían con sus productos, sus capitales y sus ejércitos, también lo hacían sus ideas.

El saber psicoanalítico se constituye en un momento en que el campo epistémico se halla en plena revolución; la cual es motivada por el ascenso de las ciencias del hombre, también llamadas del espíritu o ciencias morales, quedando éstas enfrentadas a las ciencias de la naturaleza.

La distinción se fundaba en una separación entre la esfera de la



naturaleza, justificable a partir de los métodos que habían dado prueba de sus aptitudes en la ciencia clásica y una esfera de la historia y del hombre que tenía que dotarse de una metodología *sui generis*. En este estado de cosas, el incipiente psicoanálisis se enfrentaba a la encrucijada de ocupar un lugar en el tablero de la ciencia.

Ante la pregunta, dirigida a todo saber por entonces naciente: ¿Eres ciencia de la naturaleza o del espíritu? Freud coloca al psicoanálisis como ciencia de la naturaleza, empero, según Assoun, no lo hace contraponiéndolo a las ciencias del espíritu puesto que para él dicha alternativa no existe.

... vemos como se anuncia la originalidad freudiana: por su obstinación un tanto porfiada de etiquetar su psicoanálisis como *Naturwissenschaft*, se las arregla para eludir la pregunta, para ignorarla plácidamente. No escoge la ciencia de la naturaleza contra una ciencia del espíritu: Freud significa prácticamente que la alternativa no existe, que, tratándose de científicidad, no se puede hablar más que de ciencia de la naturaleza. Freud, aparentemente, no conoce otra. (Assoun, 1982)

Durante el último cuarto del siglo XIX, Freud, a partir de sus trabajos en anatomía y fisiología, tiende a alinearse al campo fisicoquímico que se presentará para él como el modelo indiscutido. De esta manera, termina adoptando el *juramento fisicalista* propuesto en 1842, por una prestigiosa trilogía alemana (Helmholtz, Brücke y Du Bois – Reymond); y que consistía en lo siguiente:

Hemos contraído el compromiso solemne de imponer esta verdad; a saber: que sólo las fuerzas físicas y químicas, excluyendo a cualquier otra, actúan en el organismo. En los casos que esas fuerzas todavía no puedan explicar, hay que dedicarse a descubrir el modo específico o la forma de acción, utilizando el método fisicomatemático, o bien postular la existencia de otras fuerzas equivalentes en dignidad a las fuerzas fisicoquímicas inherentes a la materia, reductibles a la fuerza de atracción y de repulsión. (Du Bois – Reymond, 1842 citado en Assoun, 1982).

El mismo año en que se promulga este juramento (1842), Mayer expone su principio de conservación de la energía, pilar fundamental y primera ley de la Termodinámica, tema que ya había sido anticipado por Carnot en 1824.

Esta ciencia es una rama de la física que estudia los efectos de los cambios de la temperatura, presión y volumen de los sistemas a un nivel macroscópico. Nace para explicar los procesos de intercambio de masa y energía térmica entre sistemas térmicos diferentes. Calor significa "energía en tránsito" y dinámica se refiere al "movimiento", por lo que, en esencia, la termodinámica estudia la circulación de la energía y cómo esta infunde movimiento. Históricamente, la termodinámica se desarrolló a partir de la necesidad de aumentar la eficiencia de las primeras máquinas de vapor.

Freud, en un texto titulado *Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica* (1918) despliega una analogía entre el psicoanálisis y la química.

Hemos llamado psicoanálisis al trabajo por cuyo intermedio llevamos a la conciencia del enfermo lo anímico reprimido en él. ¿Por qué «análisis», que significa desintegración, descomposición, y sugiere una analogía con el trabajo que el químico emprende con las sustancias que halla en la naturaleza y lleva a su laboratorio? Porque esa analogía se da de hecho en un punto importante. Los síntomas y las exteriorizaciones patológicas del paciente son, como todas sus actividades anímicas, de naturaleza en extremo compuesta; en su fundamento último, los elementos de esa composición están constituidos por motivos, mociones pulsionales. (Freud, 1918)

De esta manera el trabajo del químico y del analista mostrarán cierta analogía:

...reconducimos los síntomas a las mociones pulsionales que los motivan, pesquisamos dentro de los síntomas esos motivos pulsionales desconocidos hasta entonces para el enfermo, tal y como el químico separa la sustancia básica, el elemento químico, de la sal en que se había vuelto irreconocible por combinación con otros elementos. Y aun respecto de las exteriorizaciones anímicas del enfermo no consideradas patológicas, le mostramos que su motivación le era conciente sólo de una manera incompleta, que otros motivos pulsionales, no discernidos por él, cooperaron en ellas. (Freud, 1918).

Una vez descompuestos todos los elementos en juego en la

formación sintomática, se suponía sobrevendría, una labor de síntesis a cargo del analista (que de modo análogo al químico, propondría una mejor y nueva composición de dichos elementos.)

En relación con esto, Freud responde:

Pero yo, señores, no puedo creer que esa psicosis constituya en verdad una nueva tarea para nosotros. ... La comparación con el análisis químico encuentra su límite por el hecho de que en la vida anímica enfrentamos aspiraciones sometidas a una compulsión de unificar y reunir. Si conseguimos descomponer un síntoma, librar de cierta trama a una moción pulsional, ella no permanecerá aislada: enseguida se insertará en una nueva. (Freud 1918).

Ahora bien, ¿es esta tarea de síntesis que se espera del analista un límite en la comparación con la química?

El propio Freud en una nota al pie señala: "Después de todo, sucede algo muy similar en el curso del análisis químico. Al mismo tiempo que el químico consigue asilar ciertos elementos, se producen síntesis que no estaban en sus designios, a causa de la liberación de las afinidades electivas entre las sustancias" (Freud 1918).

No solo con la química traza Freud una analogía, también lo hace en relación a la física (ciencia que vivió una profunda modificación en los primeros años del siglo XX.) Hasta ese momento se estaba trabajando en esta ciencia en base a la concepción clásica de la materia según la cual ésta estaba compuesta por átomos indivisibles que reaccionaban a las fuerzas

eléctricas, magnéticas y de la gravedad en la forma expuesta por Newton dos siglos antes. Pero los diferentes descubrimientos¹⁵ que se hicieron en los albores del nuevo siglo fueron tirando por tierra esta concepción dando lugar a otra. Entre la nueva camada de físicos se destaca, Albert Einstein que probó (vía complejos cálculos matemáticos) que todas las transacciones de energía del mundo material se realizaban a través de pequeños saltos o “quanta”. Su segunda contribución mucho más radical, fue la teoría de la relatividad que cambiaría los conceptos relacionados con el espacio, el tiempo y la energía y daría el pie para el desarrollo de la energía nuclear, algunos años más tarde. A esto cabe agregar que el átomo, antes indivisible, es susceptible de descomponerse en pequeñas partículas.

A modo de ejemplo citaremos un párrafo de la obra de Freud que muestra la mencionada analogía con la física.

Nuestro supuesto de un aparato psíquico extendido en el espacio, compuesto con arreglo a fines, desarrollado en virtud de las necesidades de la vida, aparato que sólo en un lugar preciso y bajo ciertas condiciones da origen al fenómeno de la conciencia, nos ha habilitado para erigir la psicología sobre parecidas bases que cualquier otra ciencia natural, por ejemplo la física. Aquí como allí la tarea consiste en descubrir, tras las propiedades del objeto investigado que le son dadas directamente a nuestra percepción (las cualidades), otras que son independientes de la receptividad

¹⁵ Existencia de los electrones, primeros trabajos con radiactividad y los primeros esbozos de la física cuántica.

particular de nuestros órganos sensoriales y están más próximas al estado de cosas objetivo conjeturado. Pero a este mismo no esperamos poder alcanzarlo, pues vemos que a todo lo nuevo por nosotros deducido estamos precisados a traducirlo, a su turno, al lenguaje de nuestras percepciones, del que nunca podemos liberarnos. Ahora bien: esos son, justamente, la naturaleza y el carácter limitado de nuestra ciencia. Cómo diríamos en física: si tuviéramos una vista agudísima hallaríamos que los cuerpos en apariencia sólidos consisten en partículas de tal o cual figura, magnitud y situación recíproca. Entretanto, ensayamos acrecentar al máximo la capacidad de operación de nuestros órganos sensoriales mediante unos recursos auxiliares artificiales, pero es lícita la expectativa de que al fin tales empeños no harán variar la situación. Lo real-objetivo permanecerá siempre "no discernible". La ganancia que el trabajo científico produce respecto de nuestras percepciones sensoriales primarias consiste en la intelección de nexos y relaciones de dependencia que están presentes en el mundo exterior, que en el mundo interior de nuestro pensar pueden ser reproducidos o espejados de alguna manera confiable, y cuya noticia nos habilita para "comprender" algo en el mundo exterior, preverlo, y si es posible, modificarlo. De manera en un todo semejante procedemos en el psicoanálisis. Hemos hallado el recurso técnico para llenar las lagunas de nuestros fenómenos de conciencia, y de él nos valemos como los físicos de

la experimentación. Por este camino inferimos cierto número de procesos que en sí y sí son “no discernibles”, los interpolamos dentro de los que nos son concientes y cuando decimos, por ejemplo: “Aquí ha intervenido un recuerdo inconciente”, eso quiere decir: “Aquí ha ocurrido algo por completo inaprehensible para nosotros, pero que si nos hubiera llegado a la conciencia sólo habríamos podido describirlo así y así. (Freud, 1938).

Más allá de las influencias (química – física) que han de observarse al interior de las producciones freudianas a partir de los desarrollos científicos en auge; el psicoanálisis implicará una ruptura en relación a la consideración que, de los fenómenos psicopatológicos, había instaurado el saber médico. Escuchará aquello que de alguna manera el poder psiquiátrico estaba llamado a silenciar: el padecer histérico como expresión sintomática de la sociedad victoriana.

Según Albano, *Estudios sobre la histeria* de 1985 constituirá el punto de deslinde a partir del cual el psicoanálisis radicaliza su posición con respecto al discurso médico-psiquiátrico y comienza a forjar un régimen propio cuyo orden y registro todavía necesitaba ser construido.

Al decir de este autor, la histeria, en tanto padecimiento producido en el marco de la sociedad disciplinaria del siglo XIX, será rechazada por la misma a partir del dispositivo médico-psiquiátrico, por considerarla indigna de su estatuto. Los mecanismos de segregación propios de la histeria serán

similares a aquellos por medio de los cuales se ejerce control discursivo.¹⁶ De esta manera el síntoma histérico será imputado como falso, con respecto a la verdad científica que éste viene a cuestionar (en nombre de una afección que no sería tal.)

... Tenía la obligación de dar cuenta ante la Gesellschaft der Ärzte {Sociedad de Medicina} de lo que había visto y aprendido junto a Charcot. Sólo que encontré mala acogida. Personalidades rectoras como su presidente, el médico internista Bamberger, declararon increíble lo que yo refería. Meynert me desafió a buscar en Viena y presentar ante la Sociedad casos como los que yo había descrito. Lo intenté, pero los médicos jefes en cuyo departamento los hallé me rehusaron su autorización para observar esos casos o trabajar con ellos. Uno de esos médicos, un viejo cirujano, me espetó directamente: «Pero, colega, ¿cómo puede usted decir tales disparates? "Hysteron" (¡sic!) significa "útero". ¿Cómo podría ser histérico un varón?». (Freud, 1925).

El psicoanálisis instaurará un discurso desregulador que permitirá el despliegue de la lógica que gobierna el funcionamiento de las producciones psíquicas, demostrando al tiempo que la histeria es un discurso regulado por un régimen estricto de sentido, que permite, no solo su aparición, sino las condiciones mismas de sus manifestaciones, según las formas que una sociedad determinada impone para su reconocimiento.

Por otra parte, en lo que respecta a la configuración histórica que de

¹⁶ El encierro del loco y la estigmatización de toda singularidad y diferencia.

alguna manera, atravesará las producciones psicoanalíticas, destacaremos lo siguiente:

En los países más importantes del mundo el desarrollo de la sociedad industrial estaba produciendo nuevas tensiones y conflictos. Las clases trabajadoras exigían mejores condiciones para lo cual se habían organizado y se manifestaban frecuentemente¹⁷. A ello cabría sumar un emergente movimiento nacionalista en múltiples países que, en busca de su autonomía, amenazaban con desarmar el andamiaje montado por las grandes potencias.

El auge y extensión de la industrialización sentó las bases para una internacionalización de la economía, donde participaban varios países de todos los continentes, intercambiando mercancías y servicios. El desarrollo del ferrocarril fue quizás el factor que más influyó en la instauración de este régimen económico internacional.

Este crecimiento en el progreso industrial se vio reflejado rápidamente en la sociedad, a partir de la aplicación de los principios científicos a actividades que iban desde la crítica literaria hasta el gobierno municipal. Esto dotó al hombre de Occidente de un nuevo control sobre su medio ambiente, con un mejor manejo y anticipación de las epidemias (producto del perfeccionamiento de la ciencia médica), desarrollo de los medios de transporte y de los medios de comunicación; ello redundó en un mejoramiento en las condiciones de vida (más allá de las desigualdades que

¹⁷ Por esta época surgen los primeros sindicatos y se realizan las primeras huelgas de trabajadores. A esto se agrega el nacimiento de partidos socialistas, inspirados en la obra de Marx.



continuaban instaladas). Se elevó la esperanza de vida, disminuyó la mortalidad infantil y descendió el analfabetismo, parecía no haber nada que pudiera empañar un futuro que apuntaba a ser mejor aun.¹⁸

Sin embargo, tan prometedor panorama sería brutalmente dejado de lado a partir de una de las confrontaciones más cruentas del siglo XX: la Primera Guerra Mundial, también conocida como Gran Guerra, que involucro a más de 30 países de los 5 continentes.¹⁹

En los primeros años del siglo XX nada hacía preveer la posibilidad de un enfrentamiento armado de tamaño magnitud. Se estaba dejando de lado progresivamente una era de civilización liberal, los conflictos entre países se dirimían generalmente por medio de la mediación, se habían desarrollado las primeras Conferencias de La Haya²⁰, y los partidos socialistas²¹ confiaban en el poder de disuasión que una huelga general podía tener en caso de amenaza de un conflicto armado.

Ahora bien., estos primeros años del siglo XX se caracterizaron también por ser los años de oro del nacionalismo. Por doquier naciones reclamaban su autonomía, intentando resquebrajar la tradición histórica y dinástica europea. Muchas de estas dinastías pudieron y/o supieron utilizar

¹⁸ En este periodo se destacan los descubrimientos de Pasteur, Alexander Graham Bell (teléfono), Thomas Alba Edison (bombilla eléctrica), así como también el desarrollo de la cirugía a partir de la utilización del éter y de la asepsia.

¹⁹ Los Países Centrales estaban representados por el Imperio Austro – Húngaro, Alemania, Turquía y Bulgaria; en tanto que los Aliados tenían entre sus representantes mas destacados a Gran Bretaña, Francia, Rusia, Japón, Italia (que rompe su alianza con el imperio Austro – Húngaro) y Estados Unidos (desde 1917) entre otros.

²⁰ Lo cual había dado la impresión de ser un primer paso hacia el desarme. Igualmente en estas Conferencias, se dictaron regulaciones al comportamiento de las naciones civilizadas en tiempo de guerra.

²¹ A través de su organización: La Segunda Internacional, entidad que englobaba (no sin complicaciones) a todos los partidos socialistas del continente europeo.

esto en su provecho, en tanto que otras sucumbieron víctimas de los movimientos nacionalistas.

Movimientos que a su vez, se vieron favorecidos por los adelantos técnicos, e institucionales. Uno de ellos, la difusión de la educación pública, resultó fundamental por dos razones. En primer lugar, porque su carácter público hacía que dependiera del Estado, por ende se fomentaba la transmisión de actitudes e ideas íntimamente vinculadas con la nación y sus símbolos. Y por otra parte, el auge de la alfabetización se vio exacerbado por la aparición de la prensa sensacionalista, que necesitaba de grandes números de lectores. En este período se incrementaron en gran número las publicaciones de libros que versaban sobre guerras futuras, los cuales fueron tomados gustosamente por el público transformándose algunos de ellos en best seller²².

A principios de 1914 las relaciones entre las potencias europeas eran extremadamente tensas y la paz pendía de un hilo, es por ello que el asesinato del archiduque Francisco Fernando, legítimo heredero del Imperio de los Habsburgo el 28 de junio de 1914, en Sarajevo, fue la chispa que detonó las hostilidades. Estas tuvieron lugar en etapas rápidas e irreversibles; el 23 de julio Austria le envía un ultimátum a Serbia; el 25 Serbia presenta su respuesta y el 28 de julio Austria le declara la guerra. Alemania hace lo propio, el 1 de agosto con Rusia (que se había movilizado para apoyar a Serbia) y el 3 de agosto con Francia; por su parte, el 4 Gran

²² Por Ej.: "Peligro" de Conan Doyle o "La invasión de 1910" de William Le Queux entre otras obras.

Bretaña le declara la guerra a Alemania.

De esta manera quedó planteado el panorama hasta el ingreso de Estados Unidos en 1917 que, impulsado por la necesidad económica de poner fin a la contienda bélica, y en acuerdo con los Aliados, expresa su declaración de guerra a Alemania.

La opinión pública en general apoyó en un primer momento las declaraciones de guerra confiando en un conflicto de corta duración. Pocos fueron los que pudieron preveer el poder destructivo de las armas modernas y las bajas que estas causarían. Tampoco se imaginaban que el motor de combustión interna, las alambradas de pino, las ametralladoras y el avión pudieran modificar las tácticas. Ni la literatura, que durante una década había imaginado grandes conflictos bélicos, pudo figurarse la inhumanidad de las guerras del siglo XX.

Quizás lo más llamativo de esta configuración esté relacionado con la entusiasta acogida que recibió la guerra, por parte de varios intelectuales de la época. "Creemos poder decir que nunca antes un acontecimiento había destruido tanto del costoso patrimonio de la humanidad, ni había arrojado en la confusión a tantas de las más claras inteligencias, ni echado por tierra todos los valores superiores. Hasta la ciencia ha perdido su imparcialidad exenta de pasiones. Sus servidores, enconados hasta sus últimas fibras buscan arrancarle armas para contribuir a la derrota del enemigo."(Freud, 1915).

Según Jones, el propio Freud no dejaba de mostrar cierto entusiasmo nacionalista en los inicios del conflicto bélico, empero este estado fue dejado

de lado prontamente, para dar lugar a un sentimiento de desilusión y desesperanza.

La guerra, en la que no quisimos creer, ha estallado ahora y trajo consigo...la desilusión. No solo es más sangrienta y devastadora que cualquiera de las guerra anteriores y ello a causa de las poderosas y perfeccionadas armas ofensivas y defensivas, sino que es por lo menos tan cruel, tan encarnizada y tan inmisericorde como ellas. ... Arrasa todo cuanto se interpone a su paso, con furia ciega, como si tras ella no hubiera un porvenir ni paz alguna entre los hombres. (Freud, 1915).

Freud asocia esta desilusión a dos cuestiones:

La ínfima eticidad demostrada hacia el exterior por los Estados que hacia el interior se habían presentado como los guardianes de las normas éticas, y la brutalidad en la conducta de individuos a quienes, por su condición de participes en la más elevada cultura humana, no se los había creído capaces de algo semejante. (Freud, 1915).

Por otra parte, en plena Primera Guerra Mundial se produce en Rusia un acontecimiento que va a cambiar la fisonomía política mundial. En febrero de 1917 es derrocado el Zar Nicolás II. En octubre del mismo año una revolución armada organizada por el Partido Bolchevique y dirigida por sus líderes Vladimir Ilich Uliánov, conocido como Lenin y León Trotsky, remueve al gobierno provisional dando lugar al nacimiento del primer estado comunista del mundo.

El 11 de noviembre de 1918 Alemania se rinde a los Aliados y siete meses más tarde se firma el Tratado de Versalles.

Algunas consecuencias de la Primera Guerra Mundial que caben ser mencionadas se enumeran a continuación:

- Creación de nuevos estados soberanos;
- Estados Unidos logra erigirse como primera potencia mundial al ser acreedor de las naciones europeas que habían participado en la contienda;
- Se crea la Sociedad de las Naciones que en 1945 pasara a llamarse Organización de las Naciones Unidas;
- La mujer, que había ocupado el lugar de los hombres en las fábricas y en los trabajos durante la guerra, logra el derecho a votar.

La guerra había costado la vida de más de 10.000.000 de personas y las pérdidas materiales eran cuantiosas. El Imperio Austro – Húngaro estaba desmantelado y Turquía había sido duramente castigada; sin embargo los Aliados pusieron especial atención en Alemania, a la cual consideraban como más fuerte y con una mayor capacidad de recuperación, razón por la cual fueron particularmente duros con este país.

Los germanos tuvieron que ceder todas sus colonias y territorios ocupados, tuvieron que entregar casi la totalidad de su arsenal; se le puso un tope de 100.000 hombres a su ejército y además debía hacerse cargo de

las reparaciones por los daños causados²³.

Sin saberlo al ser tan rigurosos los Aliados, habían plantado en el pueblo alemán una semilla que sería muy bien explotada por Hitler algunos años más tarde y que traería como consecuencia un nuevo conflicto armado de características mundiales y uno de los actos más aberrantes de la humanidad; que se conoció como el Holocausto.

Alemania encaró; junto con el resto de Europa, la reconstrucción de su Estado. La restricción política, emanaba de los artículos del Tratado de Versalles, así como la contracción económica a la que se debió someter, pusieron en jaque la débil democracia instalada luego de la guerra y que se conoció como la República de Weimar. A ello se suma que, nunca pudo sentar bases firmes, en el pueblo alemán, la idea de una democracia pluralista.

Gracias a una estrategia muy bien planeada (que no excluyó traiciones) Adolf Hitler se fue encumbrando paulatinamente hasta que, finalmente el 30 de enero de 1933, llegó al poder; no como un dictador sino como jefe de un gobierno de coalición. Un año más tarde, con la muerte de Hindenburg, Hitler le sucedió en la jefatura de Estado, mantenido aun el puesto de Canciller.

El siguiente paso consistía en modelar al pueblo alemán según el credo nazi, para ello se valió de la propaganda, hábilmente manejada por Goebbels, y de la instauración de y difusión de la nueva ideología en las

²³ En total debía pagar 24.000 millones de libras esterlinas, cifra que se fue reduciendo lentamente en distintas conferencias internacionales hasta que en 1932 se dio por saldada la deuda.

universidades y escuelas.

Los judíos comenzaron a ser objeto de la persecución nazi, en la medida en que se los consideraba la fuente de toda corrupción y, por ende, era necesario purgar a Alemania de este veneno racial, sino físicamente, por lo menos, eliminándolo de la vida cotidiana alemana. Con el tiempo, la violencia hacia los judíos se fue incrementando, alcanzando un punto cumbre en lo que se conoció como la Noche de los Cristales; cuando una turba de alemanes descargó su furia sobre las sinagogas para vengar la muerte del secretario de la embajada alemana en París, Ernst von Rath, cometido por un joven judío de origen polaco.

Luego de la anexión de Austria a Alemania estas persecuciones antisemitas se hicieron moneda corriente por aquellos lugares. Freud, aconsejado por sus amistades, emprende el exilio en Inglaterra en 1938, donde permanecerá hasta su muerte, acaecida un año más tarde.

Primeras Puntualizaciones Freudianas en torno a las Perversiones.

La cuestión de la perversión en la obra de Freud implica la consideración de los desarrollos por los que la teoría psicoanalítica pasó bajo la pluma freudiana en diferentes momentos. Abarcarlos acabadamente es una pretensión que excede los límites de este trabajo. Nos proponemos, sin embargo, hacer alusión a los aportes más significativos que sobre este tema ha hecho S. Freud.

Los primitivos enfoques acerca de la sexualidad en los trabajos freudianos (comienzos de la década de 1890), partían de premisas fisiológicas y químicas, estas hipótesis neurofisiológicas pueden rastrearse en algunos manuscritos (en este sentido, en el manuscrito G se establecen vínculos entre melancolía y anestesia sexual).

Por esta época Freud decía deber mucho a los aportes de Fliess, por ejemplo respecto al tema de la bisexualidad, al que hace referencia en la carta del 6 de diciembre de 1896. Allí mismo se encuentra la primer mención a las zonas erógenas, así como también una alusión a la perversión.

“... otra consecuencia de las vivencias sexuales prematuras es la perversión, cuya condición parece ser que la defensa no sobrevenga antes que el aparato psíquico se haya completado, o que no se produzca defensa alguna.” (Freud, 1896)

Más allá de que Freud para 1896 había ya considerado varios elementos presentes en su teoría de la sexualidad, debía aún descubrir su

piedra angular.

Por estos tiempos (mediados de la década de 1890) tuvo la sospecha de que los factores causales de la histeria se remontaban a la niñez, de modo que plantea una explicación basada en los efectos traumáticos de la seducción sexual en la primera infancia. En este contexto la sexualidad del niño era considerada un factor latente susceptible de exteriorizarse sólo a partir de la intervención de un adulto; de modo que la movilización de su sexualidad obedecía en última instancia a la interferencia exterior: un hecho real de carácter traumático y valor etiopatológico.

En 1897, Freud abandona su teoría de la etiología traumática de la neurosis, hecho que anuncia a Fliess en su carta del 21 de septiembre.

...quiero confiarte el gran secreto que poco a poco se me fue trasluciendo en las últimas semanas. Ya no creo más en mi neurótica ... he de presentarte históricamente los motivos de mi descreimiento. Las continuas desilusiones en los intentos de llevar mi análisis a su consumación efectiva, la deserción de la gente que durante un tiempo parecía mejor pillada, la demora del éxito pleno con que yo había contado y la posibilidad de explicarme los éxitos parciales de otro modo, de la manera habitual: he ahí el primer grupo {de motivos}. Después, la sorpresa de que en todos los casos el padre hubiera de ser inculpado como perverso, sin excluir a mi propio padre, la intelección de la inesperada frecuencia de la histeria, en todos cuyos casos debiera observarse idéntica condición, cuando es poco probable que la

perversión contra niños esté difundida hasta ese punto ... En tercer lugar, la intelección cierta de que en lo inconciente no existe un signo de realidad, de suerte que no se puede distinguir la verdad de la ficción investida con afecto. (Según esto, quedaría una solución: la fantasía sexual se adueña casi siempre del tema de los padres.) En cuarto lugar, la reflexión de que en las psicosis más profundas el recuerdo inconciente no se abre paso, de suerte que el secreto de las vivencias infantiles no se trasluce ni en el delirio {Delirium} más confundido. Y viendo así que lo inconciente nunca supera la resistencia de lo conciente, se hunde también la expectativa de que en la cura se podría ir en sentido inverso hasta el completo domeñamiento ... de lo inconciente por lo conciente. (Freud, 1897)

A partir de esta renuncia quedará abierta la vía para la aparición de la noción de sexualidad infantil.

Al principio se advirtió únicamente que era preciso reconducir a un tiempo pasado el efecto de impresiones actuales. ... Cada vez éramos retrotraídos más atrás en el pasado, y al fin tuvimos la esperanza de que se nos dejaría permanecer en la pubertad, la época tradicional de maduración de las mociones sexuales. Pero en vano; las huellas se adentraban todavía más atrás, hasta la infancia y los primeros años de ella. Y en el avance por este camino fue preciso superar un error que habría sido casi fatal para la joven disciplina. Bajo la influencia de la teoría

traumática de la histeria, originada en Charcot, se tendía con facilidad a juzgar reales y de pertinencia etiológica los informes de pacientes que hacían remontar sus síntomas a vivencias sexuales pasivas de sus primeros años infantiles, vale decir, dicho groseramente, a una seducción. Cuando esta etiología se desbarató por su propia inverosimilitud y por contradecirla circunstancias establecidas con certeza, el resultado inmediato fue un período de desconcierto total. El análisis había llevado por camino correcto hasta esos traumas sexuales infantiles, y hete aquí que no eran verdaderos. ... Si los histéricos reconducen sus síntomas a traumas inventados, he ahí precisamente el hecho nuevo, que ellos fantasean esas escenas, y la realidad psíquica pide ser apreciada junto a la realidad práctica. Pronto siguió la intelección de que estas fantasías estaban destinadas a encubrir, a embellecer y a promover a una etapa más elevada el ejercicio autoerótico de los primeros años de la infancia. Así, tras esas fantasías, salió al primer plano la vida sexual del niño en todo su alcance. (Freud, 1914)

Freud plantea entonces que en los niños operan normalmente impulsos sexuales sin necesidad de estimulación externa. Su noción de sexualidad infantil alcanzará una forma más acabada en 1905, en *Tres ensayos de teoría sexual*. Veamos, antes de continuar con esta noción y para introducirnos de lleno en ella, qué plantea en estos ensayos.

En el primero de ellos, *Las aberraciones sexuales*, Freud distingue

entre objeto sexual y meta sexual, por el primero entiende a la persona de la que parte la atracción sexual, por la segunda la acción hacia la cual esfuerza la pulsión²⁴; a partir de esta distinción planteará desviaciones de la pulsión respecto de ambos.

Dentro de las desviaciones con respecto al objeto sexual incluirá, la inversión y el tomar como objetos sexuales a personas genésicamente inmaduras y a animales. En lo referente al grupo de desviaciones respecto a la meta considerará, transgresiones anatómicas en relación a las zonas del cuerpo destinadas a la unión sexual y demoras en relaciones intermedias con el objeto sexual, cuestión a la que también alude como fijación de metas sexuales provisionales.

Los desarrollos freudianos de este ensayo toman como punto de partida los trabajos que desde el campo médico se habían producido en relación a las perversiones, así se hace mención a Krafft – Ebing, Moll y Schrenck-Notzing, entre otros.

En relación a la conducta de los invertidos mencionará una tripartición, diferenciando invertidos absolutos (el objeto sexual tiene como requisito el pertenecer al mismo sexo), anfígenos (la inversión no es exclusiva y el objeto sexual puede pertenecer o no al propio sexo) y ocasionales (aquellos que merced a determinadas circunstancias exteriores no pueden acceder al objeto normal, tomando como objeto a personas de su mismo sexo).

²⁴ Este termino es trabajado con mayor detenimiento en *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915)

Entre las diferenciaciones que la psiquiatría clásica hacía al respecto, hemos destacado páginas atrás, la realizada por Krafft – Ebing, que si bien es más extensa (en la medida en que conjuga otras variables como la alteración o no de caracteres sexuales físicos secundarios y caracteres sexuales psíquicos) no deja de tener puntos en común con la temprana clasificación freudiana. Así, aquel grupo que Freud denomina invertidos absolutos se corresponde con una de las subclases que se incluyen entre las formas de homosexualidad congénita, los anfígenos son los llamados por Krafft – Ebing hermafroditas psicosexuales y, por último, los ocasionales se incluirían entre la perversidad adquirida (homosexualidad en ausencia de otra opción de las prisiones o ejércitos), forma que, recordemos, por su carácter circunstancial, Krafft – Ebing diferencia de las verdaderas perversiones, aquellas vinculadas a estados heredo-degenerativos.

En lo referente a la etiología, Freud ira abordando en las páginas iniciales de este ensayo, las diferentes consideraciones que al respecto había producido la psiquiatría, y que en este trabajo hemos mencionado en el correspondiente apartado de la primera parte; esquemáticamente diremos entonces que Freud se pronuncia respecto de: (a) lo degenerativo, (b) lo adquirido, (c) lo evolutivo (esto último puede leerse en lo que él denomina el recurso a la bisexualidad)

Freud indica que en el campo médico se suele atribuir sin más a la degeneración cualquier manifestación patológica que no pueda explicarse desde procesos traumáticos o infecciosos; en este contexto deslinda inversión y degeneración, término al que atribuye escasa importancia

diagnóstica y práctica, al tiempo que menciona el uso indiscriminado que de él se ha hecho. A fin de circunscribir la noción de degeneración dirá que resulta más apropiado emplearla solo cuando se conjugan dos condiciones: deterioro de la capacidad de rendimiento y supervivencia, y coincidencia en una persona de varias desviaciones graves respecto de la norma. Este último criterio puede rastrearse en Moll, para quién, como hemos indicado en otro lugar, la degeneración no produce una perversión específica y los degenerados suelen mostrar varias perversiones.

En vistas de estos dos criterios es que Freud sostendrá un divorcio entre degeneración e inversión, en la medida en que, se puede hallar la inversión en personas que no presentan otra desviación grave, así como también en individuos cuya capacidad de rendimiento no se encuentra deteriorada. Al mismo tiempo destaca que la inversión ha sido un fenómeno frecuente tanto en la antigüedad como en varios pueblos primitivos (pensamiento de carácter antropológico más que patológico).

Por otra parte la idea de que la inversión responde a un carácter adquirido (concepción que en la primera parte vimos asociada a los postulados de Schrenck-Notzing), no deja para Freud de presentar cierta dificultad si se contemplan las diferencias individuales, es decir si se piensa que varias personas han estado expuestas a análogas circunstancias y sin embargo algunas han resultado invertidas y otras no.

La alternativa innato-adquirida es desde los planteos freudianos insuficiente para arribar a una explicación de la inversión.

La idea de que la inversión es innata no explica su

naturaleza, como no lo explica la hipótesis de que es adquirida. En el primer caso es preciso puntualizar qué es en ella lo innato; de lo contrario se caería en la explicación más burda, a saber, que una persona trae consigo, innato, el enlace de la pulsión sexual con un objeto sexual determinado. En el otro caso, cabe preguntarse si las múltiples influencias accidentales alcanzan para explicar la adquisición sin la necesaria sollicitación de algo que existiría en el individuo. (Freud, 1905)

En relación a otra manera de explicar la inversión, Freud hace alusión al recurso a la bisexualidad, como adelantamos párrafos atrás; menciona aquí trabajos de autores como Chevalier, Kiernan y Lydston; a quienes nos hemos referido al considerar la perspectiva evolucionista como criterio etiopatológico de las perversiones.

En este contexto, Freud dirá que la ciencia muestra casos en los que los caracteres sexuales se hallan borrosos, en el campo anatómico se habla de hermafroditismo. Estas alteraciones facilitan la comprensión de la formación normal, donde cierto grado de hermafroditismo es la norma observándose en un individuo rasgos del sexo opuesto. De estos hechos anatómicos se desprende la concepción de una disposición bisexual originaria, que en el curso de desarrollo se altera hasta definirse monosexualmente.²⁵ Trasponer estas consideraciones al campo psíquico implicaría pensar en una coincidencia entre la inversión y los signos anímicos y somáticos del hermafroditismo. Freud destaca que tal coincidencia

²⁵ Ello coincide expresamente con los planteos de Chevalier, que hemos mencionado.

no necesariamente se presenta y sostiene: "Sustituir el problema psicológico por el anatómico es tan ocioso como injustificado." (Freud, 1905)

Freud concluye este apartado indicando que el material presentado no permite responder satisfactoriamente acerca de la génesis de la inversión, sin embargo posibilita acercarse a cuestiones quizá aun más importantes que arribar a una explicación cerrada de este asunto. En este sentido, destaca una concepción que retomará años más tarde, a saber: el aflojamiento de los lazos entre la pulsión y el objeto.

En efecto, en *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915) menciona que el objeto es lo más variable en la pulsión, no estando enlazado originariamente con ella y afirma que una trabazón particularmente estrecha de la pulsión con el objeto se piensa en términos de una fijación de esta. Más adelante volveremos sobre ello. Por ahora sólo pretendemos destacar la disociación de dos nociones hasta entonces selladas con la fuerza de lo natural. En el marco psiquiátrico clásico en general, la no coincidencia del instinto sexual con el objeto que le estaba predeterminado implica un corrimiento de las leyes de la naturaleza, una desviación del instinto que se manifestaba entonces como antinatural, cayendo en el terreno de la perversión. Contrariamente, en los planteos freudianos, es la no coincidencia de la pulsión y el objeto lo que parece caracterizar a la sexualidad humana en su conjunto.

El carácter variable del objeto es destacado por Freud, en sus *Tres ensayos* no sólo en lo referente a los invertidos, también en los casos de la elección de niños y de animales como objetos sexuales, así sostiene:



arroja luz sobre la naturaleza de la pulsión sexual el hecho de que admita una variación tan grande y semejante rebaja de su objeto, el hambre aferrada mucho más enérgicamente a su objeto, lo admitiría sólo en un caso extremo.” (Freud, 1905)

Respecto a la meta normal de pulsión sexual se dirá que consiste en la unión de los genitales masculinos y femeninos en el acto del coito, en tal sentido se indican como perversiones: trasgresiones anatómicas respecto de las zonas del cuerpo destinadas a la unión sexual y fijaciones de metas sexuales provisionales. Freud desarrolla cada uno de estos grupos, no sin antes mencionar que en el acto sexual normal se presentan esbozos de cuestiones que, desarrolladas plenamente e independizadas de este acto, desembocan en las llamadas perversiones, esto brinda ya cierto punto de enlace, cierta continuidad entre la vida sexual normal y la llamada perversa.²⁶

Dentro de las trasgresiones anatómicas, Freud incluye el uso de la boca como órgano sexual, el uso sexual del orificio anal y el fetichismo; para dar cuenta de ello hace alusión a lo que denomina sobrestimación del objeto sexual. La estima psíquica hacia el objeto sexual rara vez se circunscribe a los genitales, abarcando todo su cuerpo, una sobrestimación de este tipo se extiende también al campo psíquico atribuyendo todo tipo de perfecciones anímicas al objeto sexual. Es esta sobrestimación sexual la que, según Freud por estos tiempos, contribuye a elevar al carácter de meta sexual a otras partes del cuerpo, diferentes de los genitales.

²⁶ Más adelante nos ocuparemos de ello.

En lo referente al uso de la boca como órgano genital y al uso sexual del orificio anal, destaca que es el factor del asco el que pone a estas metas sexuales la marca de la perversión, en relación con ello refiere: "Este factor del asco estorba el camino a la sobrestimación libidinosa del objeto sexual, pero a su vez puede ser vencido por la libido. En el asco se querría discernir uno de los poderes que han producido la restricción de la meta sexual." (Freud, 1905)²⁷

En relación al fetichismo dirá Freud, que bien podría haber sido clasificado entre las desviaciones de la pulsión sexual en lo tocante al objeto, sin embargo ha preferido incluirlo en aquellas asociadas a la meta, en la medida en que se relaciona con el aludido factor de sobrestimación sexual, del que dependen los fenómenos que conllevan un abandono de la meta sexual.

El sustituto del objeto sexual suele ser una parte del cuerpo inapropiada a tal fin (pies, cabellos) o un objeto inanimado (vestimenta). Freud sostendrá que cierto grado de fetichismo puede presentarse con regularidad en el amor normal. La patología se daría cuando: la aspiración al fetiche se fija reemplazando a la meta sexual normal y el fetiche se disocia de una persona determinada y pasa a funcionar como objeto sexual por si solo. De similar talante son algunas consideraciones de autores como Binet y Dessoir, para quienes, como hemos destacado en otro lugar, el amor normal implica síntesis o generalización, tendencia contraria a la presentada

²⁷ El asco, conjuntamente con el sentimiento de vergüenza y los reclamos ideales en lo estético y en lo moral son planteados por Freud como diques psíquicos que, edificados en el período de latencia, angostarán el curso de la pulsión sexual, como inhibiciones en su camino.

en el fetichismo donde un elemento se disocia y privilegia del resto, reclamando para sí un carácter exclusivo.

El mismo Freud hace mención a Binet al referirse a la elección del objeto fetiche, afirmando que esta se relaciona con una impresión sexual recibida por lo general en la primera infancia. Si recordamos algunas consideraciones trabajadas por Binet, que mencionamos páginas atrás, veremos que si bien puso el acento en la presencia de una determinada impresión voluptuosa en la génesis del fetichismo, no la sitúa sin embargo en la temprana infancia²⁸ (como Freud parece afirmar), sino en la “primera juventud” coincidiendo por lo general con el despertar de la vida sexual.²⁹

Por otra parte en lo concerniente a la fijación de metas sexuales provisionales Freud hace hincapié en la inclinación a demorarse en los actos preliminares al coito, a tal punto que estos se convierten en una nueva meta sexual que substituye a la normal. Aquí destaca, una vez más, cierta cercanía entre normalidad y patología. “Un examen más atento muestra siempre que estos nuevos propósitos, aún los más extraños en apariencia, ya están esbozados en el acto sexual normal.” (Freud, 1905)

Dentro de este tipo de desviaciones en relación a la meta se mencionan por un lado el tocar y el mirar y por el otro el sadismo y el masoquismo; destacaremos en estos dos casos algunas similitudes: (a) en ambos se hace alusión a la mencionada proximidad entre normalidad y patología, (b) en ambos se introduce la cuestión de una meta sexual

²⁸ Al menos en el material al que hemos tenido acceso.

²⁹ No solo Binet refiere a la existencia de ciertas impresiones en la base del fetichismo. Planteos, por ejemplo, como los de Krafft-Ebing siguen la misma orientación; al tiempo que ni uno ni otro excluye el componente hereditario.

presentada en una doble configuración (activa-pasiva), lo que muestra a algunas inclinaciones perversas como pares de opuestos, y por último, tanto (a) como (b) estaban contenidos de alguna manera en el pensamiento psiquiátrico.

El uso del tacto y el mirar al objeto sexual aparecen como grados intermedios en el logro de la meta sexual normal. Es en cambio su elevación a meta última lo que los sitúa como perversiones. Más específicamente dirá Freud, que el placer de ver se convierte en perversión cuando: se limita únicamente a los genitales, conlleva la superación del asco (mirar a otro en sus funciones excretoras), ó reemplaza a la meta sexual normal (exhibicionismo). El poder que se contrapone al placer de ver y que puede llegar a suprimirlo es la vergüenza.³⁰

Esta idea de que en ocasiones los actos exhibicionistas acompañan preliminarmente al coito normal y solo son pensados como patología en la medida en que adquieren un carácter exclusivo esta comprendida ya en *Psychopathia sexualis* de Krafft-Ebing. En este sentido, cabe recordar también que Moll menciona en la génesis de las perversiones sexuales cierto reemplazo progresivo del fin por el medio.

Por otra parte, es en la perversión de mirar y ser mirado, donde Freud destaca una doble configuración de la meta sexual, activa y pasiva, configuración que marca más insistentemente en relación al sadismo-masochismo, y que desarrolla más a fondo en *Pulsiones y destinos de*

³⁰ Análogamente a lo que señalamos ocurre con el asco en el empleo de la boca como órgano genital y en el uso sexual del orificio anal.

pulsión. (1915). Allí diferencia cuatro destinos posibles de la pulsión sexual (que también pueden pensarse como variedades de la defensa frente a las pulsiones): (a) trastorno hacia lo contrario; que a su vez se divide en dos procesos (a) i) la vuelta de la pulsión de la actividad a la pasividad y (a) ii) trastorno en cuanto al contenido; (b) vuelta hacia la propia persona; (c) represión; (d) sublimación.

Los pares sadismo-masoquismo y voyeurismo-exhibicionismo pueden elucidarse tanto en (a) i), como en (b), ya sea que involucre a las metas de la pulsión o a su objeto respectivamente.

A fines expositivos nos ocuparemos ahora únicamente del par voyeurismo-exhibicionismo; más allá de que podría resultar descriptivamente más claro trabajar ambos pares de forma conjunta a fin de señalar sus puntos en común y sus divergencias (empresa a la que de todos modos no renunciaremos). Hemos decidido dedicar al sadismo-masoquismo - que Freud considera como las "más frecuentes e importantes de todas las perversiones" - un apartado propio.

Con la finalidad de esclarecer cómo el voyeurismo-exhibicionismo se observa tanto en la vuelta de la pulsión de la actividad a la pasividad como en la vuelta hacia la propia persona, Freud plantea pensar en un proceso donde distingue:

1. El ver como actividad dirigida a un objeto ajeno.
2. Resignación del objeto ajeno y vuelta de la pulsión de ver hacia parte del propio cuerpo; esta modificación objetual conlleva también

el cambio de meta pulsional: de la actividad a la pasividad, siendo la nueva meta, entonces, ser mirado.

3. Nuevamente se busca como objeto a otra persona, pero a raíz del cambio en la meta (2.), este otro individuo juega el papel de sujeto (ante el que se muestra a fin de ser mirado por él).

A estas etapas Freud antecede otra de carácter autoerótico, donde la pulsión de ver se dirige hacia el propio cuerpo que es tomado como objeto, se trata de una etapa primera que es entendida como formación narcisista, desde ella se desarrolla luego la pulsión activa de ver, que por comparación se direcciona a un objeto ajeno (punto 1).

La consideración de esta etapa temprana y la contemplación de las vicisitudes de la pulsión por estos tiempos (en tanto vuelta de la actividad a la pasividad y giro hacia la propia persona) le permitirán a Freud dar un paso más y afirmar que estos destinos de pulsión dependen de la organización narcisista del yo y llevando impreso su sello constituirían intentos de defensa, que en momentos más avanzados del desarrollo yoico se llevarían a cabo con otros medios.

Por otra parte, ambos destinos no afectan a la totalidad de la moción pulsional, así por ejemplo, la meta más antigua subsiste en cierta medida junto a la más reciente. Este hecho, que implica que en una época tardía del desarrollo coexista junto a una moción pulsional, su opuesto (pasivo) es referido con el nombre de ambivalencia.³¹

³¹ Término que Freud toma de Bleuler y no siempre emplea en relación a la oposición actividad- pasividad, haciéndolo extensivo a otras polaridades (amor-odio).

Puntos de Linde entre Sexualidad Perversa y Normal.

Si bien algunos trabajos psiquiátricos en boga señalaban que ciertas prácticas sexuales eran entendidas como normales en tanto acompañaran preliminarmente al coito y aparecerían como patológicas merced a elevarse a un carácter exclusivo, tal como lo hemos indicado en otros lugares; los desarrollos freudianos son más firmes en esta idea, que lejos de constituir un comentario fortuito se entrama en una teoría del desarrollo psicosexual sobre la que se sostiene en último término la universalización de la perversión. Para adentrarnos un poco más en esta cuestión veremos algunas otras consideraciones de este pivoteo entre normalidad y perversión.

Permítasenos aquí incluir una cita de Freud que, pensamos resume su punto de vista y corresponde no a un material específicamente dedicado a la perversión sino al caso "Dora", que publica el mismo año que sus *Tres Ensayos*.

Tiene que ser posible hablar sin indignarse de lo que llamamos perversiones sexuales, esas trasgresiones de la función sexual tanto en el ámbito del cuerpo cuanto en el del objeto sexual. Ya la imprecisión de los límites de los que ha de llamarse vida sexual normal en diferentes razas y en épocas diversas debería calmar a los que dan prueba de tanto celo. ... Y cada uno de nosotros, en su propia vida sexual, ora en esto, ora en estotro, transgrede un poquito los estrechos límites de lo que se juzga

normal. Las perversiones no son bestialidades ni degeneraciones en el sentido patético de la palabra. Son desarrollos de gérmenes, contenidos todos ellos en la disposición sexual indiferenciada del niño, cuya sofocación o cuya vuelta hacia metas más elevadas, asexuales –su sublimación–, están destinadas a proporcionar la fuerza motriz de un buen número de nuestros logros culturales. Por lo tanto, toda vez que alguien, de manera grosera y manifiesta, ha *devenido* perverso, puede decirse, más correctamente, que ha *permanecido* tal: ejemplifica un estadio de una *inhibición del desarrollo*. Todos los psiconeuróticos son personas con inclinaciones perversas muy marcadas, pero reprimidas y devenidas inconcientes en el curso del desarrollo. Por eso sus fantasías inconcientes exhiben idéntico contenido que las acciones que se han documentado en los perversos. ... Las psiconeurosis son, por así decir el *negativo* de las perversiones. La constitución sexual, en la que va contenida también la expresión de la herencia, coopera en los neuróticos con influencias accidentales que sufrieron en su vida y perturbaron el despliegue de la sexualidad normal. ... Las fuerzas impulsoras para la formación de síntomas histéricos no provienen sólo de la sexualidad normal reprimida, sino también de las mociones perversas inconcientes. (Freud, 1905)

Destacaremos algunas nociones presentes en esta cita que reflejan el pensamiento freudiano acerca de las perversiones, por estos tiempos. Se

trata de ideas todas ellas emparentadas en la medida en que descansan en un zócalo común: la sexualidad infantil perversa y polimorfa.

- Existe cierta relación no solo entre perversión y normalidad, sino también entre perversión y psiconeurosis. En particular Freud hace alusión aquí a la histeria, mencionando la participación de mociones perversas o de inclinaciones perversas reprimidas en la formación de síntomas histéricos. De este modo las producciones psicopatológicas de las psiconeurosis no nacerían únicamente a expensas de la sexualidad llamada normal sino también de una sexualidad anormal, en tanto, constituirían la expresión convertida de pulsiones que de manifestarse sólo podrían ser catalogadas de perversas.

En el caso Dora se menciona en este sentido cierta fantasía inconsciente de carácter perverso (succión del miembro viril) que se expresaría sintomáticamente (sensación de estímulo en la garganta y tos), al tiempo que se destaca que esta fantasía coincide con el obrar de los perversos. Otros trabajos freudianos contemporáneos atestiguan idéntica dirección en sus consideraciones.³²

- En directa conexión con lo anterior se expresa la conocida fórmula freudiana: "la neurosis es, por así decir, el negativo de la perversión." Idea que había sido formulada por Freud en esos términos, años

³² Nótese, por ejemplo los desarrollos de *Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis* (1906) y *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad* (1908). En publicaciones posteriores como su *Conferencia 23ª Los caminos de la formación de síntoma* (1916-1917), recurre la asociación entre fantasía y sintomatología histérica.

antes de la publicación de *Tres Ensayos* y del caso Dora, en la carta 57 de su correspondencia con Fliess, que data de enero de 1897.

En resumen, en la pulsión sexual de los psiconeuróticos es susceptible discernir todas aquellas aberraciones sexuales que se detallan en el primero de los Tres Ensayos. En el inconsciente de los psiconeuróticos, moran, por así decir, desde mociones de inversión hasta inclinaciones a la transgresión anatómica, y sus fantasías tendrán entonces idéntico contenido que el accionar de los perversos.

- En lo referente a la cercanía entre sexualidad perversa y normal Freud destaca que ciertas transgresiones constituyen un ingrediente de la vida sexual que rara vez falta en las personas sanas; ahora bien es cuando este ingrediente no se presenta junto a lo normal (tanto en relación a la meta como al objeto), sino que lo sustituye, que es válido hablar de patología. Esta se caracterizaría entonces por dos criterios: exclusividad y fijación de las disposiciones perversas.

La disposición a las perversiones forma parte de la constitución normal, siendo por tanto originaria y universal. En este contexto Freud refiere que, como algunos han sostenido, hay algo innato en las perversiones, empero es innato en todos los hombres (y no en un número restringido de ellos, entendidos como perversos); se trata de las características mismas de la pulsión sexual. Para hacer referencia a ellas es menester considerar que aquella constitución que contiene los gérmenes para todas las perversiones ha de poder rastrearse en el niño y el proceso de desarrollo de la sexualidad infantil podrá

desembocar en la perversión, en la neurosis o en la vida sexual normal.

Universalización de la Perversión. El Polimorfismo de la Sexualidad Infantil.

Para Freud plantear la noción de una sexualidad infantil no fue un camino llano y sin rodeos. Hubo de desasirse de sus conceptualizaciones iniciales y efectuar algunas renunciaciones a la luz de una incipiente clínica, tal como lo indicamos en el apartado "Primeras puntualizaciones freudianas en torno a las perversiones."

En el segundo de sus *Tres Ensayos* afirma que la opinión popular acerca de la ausencia de una pulsión sexual en la infancia resulta errónea y desatiende a la experiencia concreta, así en el prólogo a la cuarta edición de esta obra³³ dice: "Si los hombres supieran aprender de la observación directa de los niños, estos tres ensayos podrían no haberse escrito." Al tiempo que critica a quienes descuidaron la ontogenia en pos de la filogenia. A enfoques de esta índole, de marcado tinte evolucionista-darwinista hemos aludido en la primera parte de este trabajo; entre ellos mencionamos la obra de Clevenger.

Cosa notable: los autores que se han ocupado de explicar las propiedades y reacciones del individuo adulto prestaron atención mucho mayor a la prehistoria constituida por la

³³ Prólogo que data de 1920

vida de los antepasados (vale decir, atribuyeron una influencia mucho más grande a la herencia) que a la otra prehistoria, la que se presenta ya en la existencia individual: la infancia. (Freud, 1905)

Según Freud, esta omisión se conecta con la amnesia que recae sobre los primeros años infantiles. Amnesia análoga a la de los neuróticos y efecto por tanto de un proceso represivo, de un apartamiento de la conciencia.

Si bien algunos autores no niegan la existencia de manifestaciones sexuales en la infancia, tal como hemos destacado en relación a la obra de Moll, la sexualidad infantil del Dr. Freud tiene un estatuto por entero diverso; posee, en principio y a diferencia de los postulados de otros autores, el carácter de una ley. Ya no se trata de manifestaciones aisladas (patológicas o no) de la sexualidad en un período diferido, sino que se presenta en la niñez de todos los seres en su condición de humanos, al mismo tiempo que no resulta independiente de la sexualidad del adulto.

Una consideración tal conlleva cierta ampliación o redefinición de lo que comúnmente se entendía por sexualidad. A grandes rasgos puede decirse que desde el punto de vista corriente la sexualidad coincide con la genitalidad. Es esta restricción la que viene a quebrarse al considerar la existencia de una sexualidad infantil que, actuando desde el comienzo mismo de la vida, se manifiesta en una búsqueda de placer no necesariamente limitada a regiones genitales, de tal modo que cualquier sector del cuerpo es susceptible de constituir una zona erógena. Habrá, sin

embargo, ciertas áreas que por su funcionalidad biológica, aparecerán como privilegiadas para ello.

En este sentido, el chupeteo puede tomarse como modelo de las exteriorizaciones sexuales infantiles. En esta actividad los labios ocupan el lugar de zona erógena y la acción del niño chupeteador estará dirigida a la búsqueda de un placer ya vivenciado y que aspira a renovar. De hecho, la actividad más importante para su supervivencia, el mamar del pecho materno, lo ha familiarizado con este placer. Aquí la sensación placentera estaría dada en principio por el cálido aflujo de la leche. Al comienzo entonces, la satisfacción se halla directamente asociada a la necesidad nutricional, de este modo el quehacer sexual nace apuntalado en una de las funciones que sirven a la conservación de la vida y más tarde se independiza de ella.

¿Qué implica esta independencia? En principio no requerir necesariamente de aquel objeto de la necesidad (pecho) que en un momento inicial procuró la sensación placentera, y que en tanto ajeno no es dable dominar; de este modo el niño ha de preferir succionar una parte de su propia piel, procurándose al tiempo una segunda zona erógena, aunque de menor valor. El hecho de que la pulsión no esté dirigida a otra persona, es decir, pueda satisfacerse en el cuerpo propio, es lo que da cuenta del carácter autoerótico de la práctica sexual infantil.

Hemos de notar aquí cierta distancia entre la concepción de pulsión y la de instinto sexual, que viene a complementar la diferencia que planteábamos páginas atrás en relación al aflojamiento de los lazos con el

objeto que mostrara la pulsión y no así el instinto.

Si recordamos los postulados de Moll en lo referente a la composición del instinto sexual, veremos que ni su "instinto de detumescencia", ni su "instinto de contractación" pueden corresponderse con la noción freudiana. El primero de estos factores, en tanto restringido a la satisfacción estrictamente genital no coincide con la significación de sexualidad sobre la que se sostienen los desarrollos psicoanalíticos; el segundo de ellos, el "instinto de contractación", apoyado en la idea de contacto con otra persona, desatiende el perfil autoerótico del que es capaz la pulsión.

En términos generales podemos decir que la pulsión sexual se encuentra pervertida en relación al instinto, en la medida en que ha perdido el objeto específico y la finalidad orgánica.

Para resumir, en lo precedente hemos dado cuenta ya de tres caracteres básicos que atribuye Freud a la sexualidad infantil: su nacimiento apuntalado en las funciones corporales elementales para la vida, su carácter autoerótico y el hecho de que su meta sexual se encuentra bajo el imperio de una zona erógena (no genital en sentido estricto). En relación con ello se suma como aspecto central de la sexualidad infantil, su carácter perverso asentado en el hecho de la falta de madurez constitucional del niño.

Por otra parte, mencionamos como se observan los aludidos caracteres en la actividad del chupeteo. Es esta actividad la que define a la primera organización sexual pregenital, denominada oral o canibática.

Freud, reconoce una serie de fases en el desarrollo psicosexual.

Recientemente aludimos a la primera de ellas, donde la actividad sexual se apoya en la función de nutrición y la meta sexual consiste en la incorporación del objeto; en esta etapa temprana prima el erotismo oral.

Una segunda fase pregenital la constituye la organización sádico-anal. En ella aparece por vez primera una división en opuestos, que atraviesa la vida sexual; se trata de la oposición activo-pasivo.³⁴ La actividad es producida por la pulsión de apoderamiento a través de la musculatura del cuerpo y como órgano de meta pasiva se destaca la mucosa erógena del intestino. Esta etapa se caracteriza por la supremacía del erotismo anal.

Como tercera fase se agrega la organización fálica, que Freud desarrolla por ejemplo en *La organización genital infantil* (1923), y no es incluida como tal en sus *Tres Ensayos*. Veremos que esta omisión lleva a marcar una distancia significativa entre la sexualidad infantil y la del adulto normal; distancia que parece acortarse, mas no desaparecer, a partir de la publicación del mencionado texto de 1923.

En *Tres Ensayos* Freud dirá que la pulsión sexual predominantemente autoerótica en la infancia, alcanza su objeto con el advenimiento de la pubertad.³⁵ Durante los años infantiles se realza la existencia de pulsiones parciales que aspiran a conseguir placer independientemente unas de otras, por entero desconectadas entre sí (denotando un perfil anárquico), en tanto

³⁴ A la que aludimos en ocasión de considerar los pares de opuestos voyeurismo-exhibicionismo y sadismo-masochismo.

³⁵ Más allá de que destaca que la vida sexual infantil muestra componentes que envuelven a otras personas en calidad de objetos sexuales, en este sentido hace referencia a las pulsiones de ver y exhibir y a la crueldad (empero aparecen con cierta independencia respecto de las zonas erógenas y sólo más tarde entran en estrechas relaciones con la vida genital).

en la vida sexual normal del adulto la búsqueda de placer se pone al servicio de la función de reproducción (tornándose, por así decir, altruista) y las pulsiones parciales alcanzan una sólida organización bajo el primado de una única zona erógena (la genital) aspirando al logro de la meta sexual en un objeto ajeno.³⁶

En síntesis, lo que acontece en torno a una serie de elementos relacionados (zona erógena, pulsión y objeto) parece indicar una clara línea divisoria entre sexualidad infantil y sexualidad adulta.

En cambio, en *La organización genital infantil* (1923), a partir de la consideración de la etapa fálica del desarrollo psicosexual, Freud se verá llevado a precisar un gran parecido entre la forma final de la sexualidad infantil (acaecida aproximadamente a los cinco años de edad) y la conformación sexual definitiva del adulto. En la infancia se daría tanto una elección de objeto análoga a la que sucede en la pubertad (el niño unifica sus pulsiones parciales en torno a una única persona, objeto de su elección edípica) como cierto privilegio de la zona genital. Ahora bien, este último rasgo que es un punto de encuentro con la sexualidad adulta, es al tiempo un punto de diferencia con ella, merced a como se entienda este “cierto privilegio de la zona genital.”

El pequeño no admite sino un solo órgano genital, el masculino, para ambos sexos. De este modo, no habría en la infancia primacía genital, sino primacía del falo. El niño si bien percibe las diferencias externas entre el

³⁶ Pronto volveremos a referirnos a esta configuración que caracterizará a la sexualidad normal, así como a las alteraciones que presenta en las patologías de la vida sexual.



hombre y la mujer no las asocia en principio a discrepancias genitales, atribuyendo a todos los seres o incluso a objetos inanimados un miembro análogo al suyo. En el curso de sus investigaciones infantiles tropezará con el hecho de que la niña no posee este órgano, percepción a la que se resiste. Empero luego de estos rodeos renegatorios cae en la creencia de que la niña poseía en inicio un pene del que habría sido despojada, probablemente a modo de castigo por alguna conducta pecaminosa.

La polaridad vigente en función de ello sería entonces fálico-castrado (se reconoce un masculino, pero no aún un femenino), como antes - en la organización sádico-anal - lo fue activo-pasivo. La instauración de la polaridad sexual en términos de masculino-femenino es una adquisición tardía en el desarrollo psicosexual. Se daría en la época de la pubertad como último término de la evolución, coincidiendo con el acceso a la genitalidad. Pero antes ha de atravesarse el llamado período de latencia que, extendido entre el momento de declive de la sexualidad infantil (culminación de la fase fálica) y el despertar de la pubertad, conlleva cierto adormecimiento del quehacer sexual.

Para Freud un período de esta índole parece responder a un desarrollo orgánico hereditariamente determinado, con el que la educación puede conjugarse empero no constituir el elemento central. Más allá de ello, ¿qué valor podemos atribuirle a este período en lo tocante a las perversiones?

Durante el período de latencia se edificarán los llamados diques psíquicos: el asco, la vergüenza y la moral. Estos diques son pensados

como poderes capaces de contraponerse a los imperativos de la pulsión³⁷ y mantenerla dentro de ciertas vías. La formación de estas barreras sexuales se realizaría a expensas de la mayoría de las mociones sexuales perversas. De este modo, en el período de latencia la producción de excitación sexual no se suspende, sino que proporciona cierta provisión de energía que es empleada para fines no sexuales, sea erigiendo metas socialmente valoradas (sublimación), sea configurando los diques o barreras mencionados (represión y formación reactiva). Intentaremos aclarar aquí algo más estas ideas...

¿Qué se reprime? En términos generales diremos: el despliegue de la sexualidad tal como se da en los años infantiles, de modo que gran parte de los sucesos y actividades pulsionales de aquella época caen en el olvido, sucumben a la amnesia. ¿Por qué se introduce aquí la noción de formación reactiva? El calificativo de "reactiva" acentúa que se trata de configuraciones en directa oposición con otras, de las que muestran, por así decir, su reverso. Por ende, una formación de este tipo se asocia a cierta fuerza que, en tanto susceptible de contraponerse a otra, denota el cariz económico del término. En este contexto, los diques psíquicos constituirían formaciones reactivas erigidas a fin de anteponerse a los designios provenientes de las pulsiones infantiles perversas. En tal sentido, hemos destacado en otros lugares, cómo al placer de ver puede contraponerse la vergüenza, del mismo modo que al empleo de la boca como órgano genital y al uso sexual del orificio anal, el asco.

³⁷ Tal como en física una fuerza puede contraponerse a otra.

En las perversiones parece manifestarse al menos, un carácter endeble en algunas de estas barreras. En un texto publicado en 1908, bajo el título *Carácter y erotismo anal*, Freud dará cuenta de que ciertos rasgos de carácter (orden, ahorratividad, pertinacia) presentes en algunos neuróticos estarían asociados con el erotismo anal, constituyendo formaciones reactivas³⁸ frente a mociones sexuales infantiles propias de aquella etapa. Estas cuestiones de carácter de algunos neuróticos, entendidas siempre en el presente contexto como formaciones reactivas, no habrían de presentarse en determinados perversos. Dice Freud: "(...) no será lícito esperar una modelación particular del "carácter anal" en personas que han preservado para sí en la vida madura la aptitud erógena de la zona anal; por ejemplo ciertos homosexuales." (Freud, 1908)

Esta aseveración marca nuevamente la idea freudiana de que las perversiones implican una suerte de inhibición del desarrollo, de modo que, resulta una expresión más afortunada decir que alguien ha permanecido perverso que afirmar que ha devenido tal. (Recuérdese la cita extraída del historial de Dora.) A raíz de ello podría postularse que al menos algunas de las barreras psíquicas constituidas durante el período de latencia no obrarían en los perversos, en la medida en que su desarrollo psicosexual habría sufrido cierta detención en algún punto, previo al establecimiento de los mencionados diques. Como contraparte, en la sexualidad adulta llamada normal los diques psíquicos, en mayor o en menor grado, mostrarían su

³⁸ Ello extiende este concepto que no quedaría entonces limitado a la formación de los diques psíquicos del período de latencia.

vigencia. Veamos ahora que puede postularse respecto a esta sexualidad normal.

La Genitalidad como Criterio Posible de Normalidad.

Con la llegada de la pubertad se establecen una serie de cambios que llevan la vida sexual infantil a su conformación normal definitiva., y giran en lo esencial en torno a dos cuestiones: la elección de objeto y las vicisitudes del campo pulsional; ambas de alguna manera prefiguradas en la sexualidad infantil. A estas dos consideraciones se agrega por supuesto el desarrollo biológico que prepara el aparato genital para la procreación.

Dirá Freud que la normalidad de la vida sexual implica la coincidencia de dos corrientes dirigidas al objeto y a la meta: la tierna³⁹ y la sensual. La no confluencia de ambas corrientes puede traer aparejado el hecho de que no se alcance la unión de los anhelos en torno a un único objeto. Por otra parte, la elección de este objeto es un proceso que ha venido preparándose desde antaño, produciéndose en dos tiempos (entre los que se intercala la latencia); el primero de ellos se inicia en los años infantiles y está, por ende, teñido de las características propias de este período, de entre las que se destaca la inaplicabilidad de las mociones sexuales en tanto las funciones de reproducción se hallan diferidas. El segundo de estos tiempos sobreviene con la pubertad y, contrariamente a lo que ocurre en el anterior, las

³⁹ En condiciones usuales esta sería la única que se manifestaría en el período de latencia, merced al atemperamiento de las metas sexuales.

actividades tendientes a la procreación dirigirán el quehacer sexual normal, tal como lo hemos venido señalando.

La consideración de estos dos tiempos le permitirá a Freud plantear que el hallazgo del objeto acaecido en la pubertad es, más específicamente, un reencuentro, en la medida en que su modelo descansa en las tempranas inclinaciones sexuales del niño, que hará de sus padres o encargados de crianza sus primeros objetos de amor. De este modo las elecciones de objeto de la madurez genésica se apuntalan en aquellas infantiles que, por su carácter incestuoso, han sido resignadas.

En lo que respecta a la actividad pulsional, diremos que en los tiempos infantiles se habría caracterizado por ser fundamentalmente parcial, anárquica y gobernada por variedad de zonas erógenas no limitadas a los órganos genitales, alcanzando ahora, en la pubertad, en su punto máximo del desarrollo, cierta unificación comandada por la supremacía de la zona genital; volcándose al servicio de la función de reproducción. Entiéndase empero, que aquellas actividades que caracterizaron la práctica sexual del niño lejos de desaparecer por completo, cooperaran para el logro de la nueva meta bajo la modalidad del placer previo (actos preparatorios del coito). Así, la estimulación de las zonas erógenas ha de brindar un cierto monto de placer que, en condiciones normales, trae aparejado un aumento de tensión, la que tiende a ofrecer la energía necesaria para llevar el acto sexual a su término; esto coincide con lo que se ha dado en llamar placer final o placer de satisfacción de la actividad sexual. Este placer último es nuevo y difiere del anterior, en tanto resulta de mayor intensidad y efecto de

la descarga, eliminándose temporalmente la tensión de la libido.

Ahora bien, el aludido mecanismo de placer previo, ligado como se haya a la vida sexual infantil, puede traer aparejado un peligro para la meta sexual normal, perdiendo esa característica de preliminar y funcionando como placer final. En cualquier punto de los actos sexuales preparatorios, el placer sentido puede demostrar ser demasiado grande y su contribución a la tensión en extremo escasa, faltando entonces la fuerza pulsional que permita que el acto sexual normal siga adelante; el camino se abrevia y la actividad preparatoria reemplaza a la meta normal. Un proceso de esta índole que desliza la actividad sexual normal al terreno de la patología, descansa en aquellas dos nociones que ya hemos introducido en otro lugar y desde las que Freud piensa en este contexto las perversiones: fijación y exclusividad.

Desde una perspectiva descriptiva ambos criterios no son difíciles de dilucidar. Sin embargo, en una lectura más atenta no dejan de traer alguna complicación. ¿Qué factores intervienen en la constitución de una fijación? ¿Cómo se entrama la idea de exclusividad con la noción freudiana de las perversiones como infantilismo de la sexualidad? Sin pretensión de dar una respuesta acabada a estos interrogantes, intentaremos bordearlos.

Desde los planteos freudianos la posibilidad de una fijación de las disposiciones perversas tiene por condición que en el curso del desarrollo la zona erógena o la pulsión parcial correspondiente haya contribuido a la ganancia de placer en una medida infrecuente o, por así decir, exagerada. En la raíz de este hecho inusual se hallará la cooperación de factores

constitucionales y externos, en proporciones variables.⁴⁰ En relación a los primeros dirá Freud que existe una diferencia innata de la constitución sexual que implica el predominio de una u otra de las múltiples fuentes de excitación, predominio que de alguna manera ha de reflejarse en el resultado final, aun cuando este se mantenga dentro de las fronteras de lo normal. En el caso de las perversiones ello se conjuga, desde este costado constitucional con cierta debilidad de un factor particular de la pulsión sexual: la zona genital. En este contexto, la síntesis pulsional que esta zona ha de comandar en la pubertad estará destinada al fracaso y los componentes de la sexualidad que se manifiesten como más fuertes impondrán su práctica como perversión.

La influencia de lo constitucional (en conjunción con lo vivido) había sido destacada ya desde el marco psiquiátrico, sin embargo el mismo Freud sostiene que su aporte marca una diferencia y afirma que algunos autores habrían destacado como premisa necesaria en las perversiones una debilidad innata de la pulsión sexual, concepción que expresada en términos tan generales no puede menos que resultarle insostenible; en todo caso la debilidad recaería sobre el factor genital de la pulsión, como lo hemos indicado en el párrafo anterior. Esta, en apariencia sutil, diferencia vuelve a destacar la particularidad de la noción freudiana de pulsión, en este caso en tanto compuesta y posible de disgregarse.

En relación a los factores externos se destacan en primer término algunos destinos que pueden caer sobre la pulsión sexual en el curso del

⁴⁰ Ello es referido por Freud como serie complementaria o serie etiológica.

desarrollo, de forma que, idéntica constitución podrá tener resultados variables. Puede ocurrir que: *Con la maduración se refuercen las disposiciones perversas, dando por resultado una vida sexual anormal. *En lugar de un refuerzo algunos componentes de la sexualidad sufran un proceso de represión, a partir de lo cual su expresión será sintomática. (Neurosis). *Las excitaciones hiperintensas no encuentren una aplicación directa en el ámbito sexual, tampoco sean reprimidas; sino que se desvíen y empleen a otros fines, merced al mecanismo de sublimación. Sólo en el primero de estos casos nos hayamos estrictamente en el terreno de la perversión.

A esos factores externos Freud agrega otros de menor peso, entre los que podemos señalar la precocidad sexual (sea espontánea, sea asociada a episodios de seducción por terceros) expresada en la interrupción, el acortamiento o la supresión del período de latencia, generando exteriorizaciones sexuales que por la incompletud de las inhibiciones y por la falta de desarrollo del sistema genital sólo pueden presentarse como inclinaciones a la perversión, que de no ser reprimidas se manifestarán como tales.

En relación al segundo de los interrogantes que hemos planteado y que gira no ya en torno al término fijación sino en relación a la noción de exclusividad de una moción pulsional parcial en la sexualidad perversa, diremos que, en sus *Tres Ensayos*, Freud recalca la idea de la perversión como infantilismo de la sexualidad, en la medida en que en ella ha de verse una inhibición del desarrollo. Esta afirmación que acerca en enorme grado

sexualidad infantil y perversión, no dejará de acarrear algún inconveniente.

Mientras la sexualidad infantil ha de caracterizarse por la ausencia de centralización y organización de las pulsiones parciales que gozan de idénticos derechos y que, con independencia una de otra, procurarán alcanzar placer, la sexualidad perversa ha de privilegiar alguna de aquellas mociones (exclusividad), que a título único comandará la organización y centralización de la vida sexual. Esta dirección siguen los planteos freudianos de años posteriores, nótese por ejemplo los postulados de la *Lección XXI: Desarrollo de la libido y organizaciones sexuales*. (1916). De hecho, allí Freud llega incluso a afirmar que en aquellos casos en los que la sexualidad perversa continúa apoyada en varias pulsiones parciales que persiguen sus fines de forma independiente, es más propicio hablar de infantilismo sexual que de perversión.

A partir de la consideración de los criterios de centralización y organización de las mociones pulsionales, la perversión parece acercarse más a la normalidad que a la sexualidad infantil. Tanto en la sexualidad perversa como en la normal existe una centralización perfecta, las manifestaciones parciales se subordinan a un mismo fin; la diferencia radicaría entonces en las características de este fin y en qué pulsión aparecería como privilegiada. Podría decirse que tanto en la sexualidad perversa como en la normal "existe una tiranía bien organizada, siendo únicamente distinto el partido que la ejerce." (Freud, 1916).

Consideraciones acerca del Sadismo-Masoquismo.

Freud hace alusión al par sadismo-masoquismo en diferentes momentos de su obra, ya hemos referido que lo menciona en el apartado *Las aberraciones sexuales* de sus *Tres ensayos para una teoría sexual*. (1905) donde, sitúa a este par como las “más frecuentes e importantes de todas las perversiones” como anticipamos páginas atrás. Esta afirmación parece prefigurar de alguna manera el lugar que Freud dedicará al sadismo y al masoquismo años más tarde. Empero, ya en aquella obra temprana no restringe este asunto al campo de la perversión, extendiéndolo a la vida sexual normal, en la medida en que, la oposición entre actividad y pasividad, subyacente al sadismo y al masoquismo, se corresponde con caracteres universales de la vida sexual. En esta dirección, en *Pulsiones y destinos de pulsión*. (1915), referirá a la oposición activo-pasivo como una de las tres polaridades que gobiernan la vida anímica (siendo las otras dos sujeto-objeto y placer-displacer).

En este texto Freud diferencia posibles destinos de la pulsión a los que hemos aludido antes en torno a otro par de opuestos, a saber: voyeurismo-exhibicionismo, por lo que no repetiremos aquí la totalidad de estos desarrollos, de todas formas recalcaremos algunos de ellos en tanto son válidos para acercarse a la manera en que Freud pensara por entonces al sadismo-masoquismo.

Recuérdese que de entre los destinos posibles de pulsión los pares voyeurismo-exhibicionismo y sadismo-masoquismo han de coincidir con la

vuelta de la pulsión de la actividad a la pasividad y vuelta hacia la propia persona. En este contexto aquel proceso de tres pasos, que en ocasión hemos indicado para el primero de estos pares, se aplica también al segundo. Así tendremos un proceso donde se distingue:

1. El sadismo como acción violenta, afirmación de poder dirigida a otro como objeto.
2. Sustitución del objeto ajeno por la propia persona, el cambio en el objeto trae aparejado una sustitución en la meta: de la actividad a la pasividad.
3. Introducción, nuevamente, de otra persona, que a partir de la modificación en la meta (2.), juega el papel de sujeto.

Este último caso es el del masoquismo, en el que, como puede desprenderse a partir de la consideración del proceso descrito, la satisfacción se obtiene por la vía del sadismo originario.

Por estos tiempos no es concebible para Freud un masoquismo originario, este sólo se engendraría desde el sadismo. Esta idea atraviesa tanto el texto de 1915 como el anteriormente mencionado de 1905, donde Freud dice respecto del masoquismo: "...puede dudarse de que alguna vez aparezca primariamente, quizá nace de manera regular, por transformación a partir del sadismo."

En este sentido, aquella etapa narcisista que hemos indicado en otro lugar y que Freud antecede (podríamos decir como punto cero en el proceso) en relación a la pulsión de ver, donde el cuerpo propio es tomado como objeto, estaría ausente en el par sadismo-masoquismo.

Por otra parte, en relación al segundo punto del proceso Freud dirá que no puede aún hablarse allí de masoquismo, en la medida en que la vuelta a la persona propia no se conjuga con la pasividad hacia una nueva (cuestión que si se consumará en la etapa siguiente). En todo caso, en ese punto intermedio serán posibles formas de automartirio y autocastigo, mas no de masoquismo.

Para resumir, a partir de lo expuesto concluiremos que en estas primeras conceptualizaciones freudianas vale decir respecto del masoquismo, que: no existe primariamente y manifiesta como requisito necesario la participación de un otro capaz de infligir mortificaciones.

En producciones posteriores, Freud establecerá una serie de giros en relación a los puntos aquí trabajados y aquel proceso de tres pasos se desbaratará por completo. Así por ejemplo con la consideración de la noción de pulsión de muerte puede decirse que sería posible contemplar aquel punto cero (hasta ahora ausente) y, por otra parte, desde nuevos desarrollos respecto al aparato psíquico no podría seguir sosteniéndose como requisito la participación externa, tal como hasta el momento se había planteado, a la hora de pensar el masoquismo. Intentaremos aclarar a continuación estas ideas.

Las Producciones de la Posguerra.

La tesis de la inexistencia de un masoquismo originario es puesta en entredicho en el capítulo VI de *Más allá del principio de placer* (1920) y abiertamente abandonada en un trabajo publicado cuatro años más tarde bajo el nombre de *El problema económico del masoquismo*.⁴¹ Producción enmarcada ya en la última teoría pulsional, que al tiempo se conjuga con determinadas consideraciones acerca de la estructura del aparato anímico (segunda tópica). Si una primera tópica pone en relación los sistemas conciente, preconciente e inconciente, una segunda hará lo propio respecto de las instancias ello, yo, superyó. No nos extenderemos aquí sobre esto. Sin embargo, destacaremos de manera muy breve y recortada en función de nuestros intereses, aquellas consideraciones que pensamos necesarias para contextualizar los desarrollos freudianos ulteriores.

Diremos, en principio y a grandes rasgos, que Freud planteará en *El yo y el ello* (1923),⁴² entre otras cosas, una instancia yoica de la que depende la conciencia; no obstante su territorio no se limita a ella, mostrando una faceta inconciente. En relación con esta parte inconciente del yo se situarán los procesos resistenciales, sin embargo no serán ellos los únicos reinantes en la cara oculta de esta instancia.

⁴¹ Texto atravesado por la preocupación freudiana en torno a la insuficiencia teórica del factor cuantitativo y la consecuente necesidad de apelación a componentes cualitativos. La posibilidad de efectuar una sentencia respecto de si Freud resuelve o no el problema económico rebasa los límites de este trabajo y requiere un tratamiento aparte.

⁴² Así como también en algunos pasajes de *Más allá del principio de placer* (obra que puede pensarse como precuela de *El yo y ello*).



La oposición otrora vigente entre lo consciente y lo inconsciente se sustituirá por la que media entre el yo coherente y lo reprimido escindido de él. Ahora bien, así como el yo no se limita a lo consciente, lo inconsciente no se limita a lo reprimido, si bien la inversa si es válida, es decir: todo lo reprimido es inconsciente, pero no todo lo inconsciente es reprimido.

En este contexto, es que podríamos situar a aquellas “enigmáticas tendencias masoquistas del yo” que Freud menciona en *Más allá del principio de placer*, en tanto que tendencias inconscientes.

Por otra parte, Freud planteará una diferenciación al interior del yo que se erigirá como instancia con título propio, se trata del superyó; su génesis la conducirá a dos factores (que califica de biológicos): el desvalimiento y la dependencia infantil y el hecho del Complejo de Edipo. En este sentido el superyó mostrará un carácter paradójal, en la medida en que, conmemorará tanto las primeras elecciones de objeto del ello (es en términos freudianos su abogado), como la prohibición de las mismas (suerte de formación reactiva frente a las mociones libidinales incestuosas).

El superyó encarnará entonces cierta interiorización de las prohibiciones y mandatos parentales (y de toda una serie de subrogados- maestros, autoridades- que a lo largo del desarrollo han retomado el papel del padre), la vigencia de estos mandatos se patentiza en su función de conciencia moral. Así como antaño el niño se veía compelido a obedecer a sus progenitores, de igual modo el yo se somete a los imperativos del superyó. En este marco, la tensión entre las exigencias de la conciencia moral y las operaciones del yo es expresada como sentimiento de culpa.

Freud refiere que en ocasiones este sentimiento de culpa resulta inconciente, de manera que "(...) el hombre normal no sólo es mucho más inmoral de lo que cree, sino mucho más moral de lo que sabe (...)" (Freud, 1923). La expresión "sentimiento inconciente de culpa" será rectificada por Freud en *El problema económico del masoquismo* (1924), al considerar inapropiado llamar inconcientes a los sentimientos, por lo que prefiere emplear el término necesidad de castigo.

Ahora bien, luego de este sucinto recorrido diremos que, en el texto mencionado en último lugar, Freud postula la presencia de un masoquismo primario que denomina erógeno, a partir del cual se desarrollan el masoquismo femenino y el moral.

Freud, habiendo reconocido ya (década del '20) la influencia en el organismo de pulsiones de vida (libidinosas) y pulsiones de muerte (pujantes hacia la condición de estabilidad inorgánica) dirá que la libido se enfrenta con una gran tarea: volver inocua esta pulsión de muerte; para ello desvía buena parte de esta hacia los objetos del mundo exterior (aquí la pulsión de muerte recibe el nombre de pulsión de destrucción o de apoderamiento), es en esta proyección hacia el exterior donde se piensa al sadismo propiamente dicho.

Ahora bien, en aquella parte de la pulsión de muerte no desviada hacia afuera, que permanece en el interior del organismo, pero ligada libidinosamente (supuesto de mezcla pulsional)⁴³, es donde tenemos que discernir al masoquismo erógeno.

⁴³ Como contraparte ha de existir también la hipótesis de una desmezcla pulsional.



Por otra parte, el sadismo proyectado, vuelto hacia afuera o pulsión de destrucción, puede en determinadas condiciones ser introyectado, vuelto hacia adentro, dando por resultado el masoquismo secundario, que se añade al originario.

En relación con la manifestación del masoquismo que recibe el nombre de femenina, Freud sitúa una serie de fantasías o de escenificaciones reales (en el caso de los perversos) asociadas a cierta satisfacción sexual. En cualquier caso el contenido escénico es el mismo: ser amordazado, golpeado, maltratado, etc. La persona queda colocada en una situación característica de la feminidad (ser castrado, ser poseído sexualmente o parir). En el contenido manifiesto de estas fantasías se expresa también un sentimiento de culpa, en la medida en que, se supone que la persona martirizada ha incurrido en alguna infracción (conducta díscola) que debe expiarse mediante los procedimientos dolorosos. Esto que aparece como una racionalización superficial de los contenidos masoquistas esconde detrás un nexo con la masturbación infantil. Este tipo de producciones de la fantasía es trabajado por Freud con más detenimiento en *Pegan a un niño* (1919).

El mencionado factor de la culpa nos introduce en la tercera forma de masoquismo: el masoquismo moral. Aquí, Freud destaca que parece evidente cierto aflojamiento de los lazos con la sexualidad, ya que la condición del padecer masoquista en general - a saber: la de partir de la persona amada - no necesariamente se presenta en este último caso. De modo que, el padecer como tal es lo que importa, sin interesar quien lo

imparta o sea producto de circunstancias impersonales. A raíz de este supuesto divorcio con la cuestión de la sexualidad, Freud sostendrá que no ha de resultar azaroso que se conserve el término “masoquista” para referirse a aquellas personas que de alguna u otra manera parecen inflingirse daño a si mismas, aunque esto se presente como una pauta de conducta y no se restrinja a su vida sexual. La no renuncia a este uso lingüístico denuncia en cierto modo la ligazón con el erotismo. (Recuérdese que tanto el masoquismo femenino, como el moral descansan en el masoquismo erógeno primero.)

A grandes rasgos puede decirse que respecto a este masoquismo moral Freud formula la existencia de una necesidad de castigo; en este marco vincula y diferencia continuación inconsciente de la moral y masoquismo moral. En ambos casos se trata de una relación entre el yo y el superyó (o sus equivalentes) y ambos llevan una necesidad que se satisface mediante castigo. Ahora bien, en la primera el acento está puesto sobre el sadismo acrecentado del superyó, al que el yo se somete; en cambio en el segundo sobre el genuino masoquismo del yo que demanda castigo, ya sea de parte del superyó, ya sea de parte de poderes externos. Además el sadismo del superyó deviene consciente por lo general con estridencia, en tanto que el afán masoquista del yo permanece, por lo general, oculto para la persona y se lo puede advertir por su conducta (por ejemplo, individuos que una y otra vez atraviesan análogas situaciones con idénticos finales de padecer, dejando la impresión de un destino desdichado).

El sadismo del superyó y el masoquismo del yo se complementan y

aúnan para provocar las mismas consecuencias. Pensamos que es posible discernir esta complementación en la noción de reacción terapéutica negativa. Freud, menciona este fenómeno (por ejemplo) en *El problema económico del masoquismo*, en ocasión de referirse al masoquismo moral. Así dice: “Fieles a un hábito técnico, nos ocuparemos primero de la forma extrema, indudablemente patológica, de este masoquismo.” (Freud, 1924); desarrollando a continuación la aludida noción. Se trata de personas, que pese a los empeños del tratamiento analítico se muestran particularmente refractarias a los beneficios de la cura, de manera que en lugar de mostrar una mejoría evidencian un refuerzo de su padecer, parecen no querer resignar su condición de enfermos; es este sufrir implicado en la neurosis lo que la vuelve valiosa para la tendencia masoquista. Freud señala en la base de este fenómeno una necesidad de castigo, que pretende satisfacerse justamente en el sufrimiento de la enfermedad, indicando al tiempo que, en ocasiones, a raíz de determinados sucesos vitales desventurados, la patología desaparece, de modo que una forma de padecer es sustituida por otra; lo que parece demostrar que para el individuo en cuestión es menester retener sólo cierta cuota de sufrimiento.

Una necesidad de castigo de esta índole permanece muda para el sujeto, no le enuncia que es culpable, no se siente culpable, sino enfermo; esto supone acercar el concepto de reacción terapéutica negativa a aquel afán masoquista del yo que se caracteriza por permanecer oculto para el individuo. Sin embargo Freud no parece manifestarse exclusivamente en esta dirección, destacando el papel del superyó en los fenómenos de esta

clase. Así como en *El problema económico del masoquismo* alude a la reacción terapéutica negativa en el contexto de sus desarrollos respecto al masoquismo moral, un año antes, en el capítulo V de *El yo y el ello, Los vasallajes del yo*, lo hace en relación a la instancia superyoica (a la que en algunos pasajes de este texto refiere como ideal del yo). En este marco dice: "(...) quizá es justamente este factor, la conducta del ideal del yo, el que decide la gravedad de una neurosis." (Freud, 1923)

En cualquier caso, trátase de los "terrenos" del superyó, trátase de una modalidad masoquista, o de los puntos de encuentro entre ambos, no puede dejar de subrayarse el calificativo en común: el factor moral de carácter inconciente que subyace en la reacción terapéutica negativa.

En relación con el carácter hipermoral y cruel que puede adquirir el superyó, Freud traerá a colación la hipótesis de la desmezcla pulsional.

El superyó se ha engendrado, sin duda, por una identificación con el arquetipo paterno. Cualquier identificación de esta índole tiene el carácter de una desexualización o, aún, de una sublimación. Y bien; parece que a raíz de una tal trasposición se produce también una desmezcla de pulsiones. Tras la sublimación, el componente erótico ya no tiene más la fuerza para ligar toda la destrucción aleada con él, esta se libera como inclinación de agresión y destrucción. Sería esta desmezcla, justamente, de donde el ideal extrae todo el sesgo duro y cruel del imperioso deber-ser. (Freud, 1923)

Ahora bien, esta cuestión de la desmezcla de pulsiones que parece

evidenciarse particularmente en el perfil severo del superyó se manifestará, según Freud, también en el sadismo, entendido como perversión. Así, en el capítulo que dedica a las dos clases de pulsiones en *El yo y el ello* sostendrá que los componentes sádicos de la pulsión sexual ejemplificarían una mezcla de pulsiones al servicio de un fin, en tanto que el sadismo, devenido autónomo como perversión, el modelo de una desmezcla, aunque no llevada el extremo.⁴⁴

Siguiendo este camino, y en términos de conjetura⁴⁵ Freud referirá que la esencia de una regresión libidinal (por ejemplo a la fase sádico-anal) estriba en una desmezcla de pulsiones, mientras que el avance desde fases anteriores a la fase genital definitiva esta condicionada por la presencia suplementaria de componentes eróticos.

Para recapitular, diremos que los antiguos criterios de exclusividad y fijación de las disposiciones perversas se complejizarán y conjugarán con los nuevos desarrollos acerca del aparato anímico y de las clases de pulsiones operantes en él, hecho que, por otra parte, no será sin consecuencias a la hora de reencuadrar los puntos de cruce entre perversión y neurosis, así como la universalización de los costados sádicos y masoquistas del hombre.

A la autonomía y privilegio de la pulsión parcial sádica presente en la perversión, se agrega ahora, la cuestión de la desmezcla pulsional, que, no siendo privativa del campo de la perversión se manifestaría también en otros fenómenos, al parecer extremos (tiranía superyoica en el carácter refractario

⁴⁴ De hecho, tal extremo no parece posible. "(...) ni aún la autodestrucción de la persona puede producirse sin satisfacción libidinosa." (Freud, 1924).

⁴⁵ Aunque referida al campo de la neurosis. Sin embargo pensamos igual valioso destacar esta idea.

de algunas neurosis).

Por otra parte, el reconducir la cuestión del masoquismo a una instancia propia del aparato psíquico da otra luz a aquel proceso de tres pasos publicado en *Pulsiones y destinos de pulsión*. (1915) y que hacía aparecer al masoquismo a condición tanto de un sadismo primero, como de la presencia de un otro capaz de infligir mortificaciones. En las producciones más tardías el masoquismo no sólo será primario, sino que además el carácter mortificante podrá ser ejercido por una instancia psíquica presente en todos los seres⁴⁶ y abarcar manifestaciones que exceden el ámbito de la práctica sexual.

Ahora bien, para precisar con mayor exactitud los puntos de encuentro entre perversión y neurosis a esta altura de los desarrollos freudianos será menester introducir las nociones trabajadas en *Pegan a un niño* (1919), texto que hemos mencionado páginas atrás, al referirnos al masoquismo femenino. En este trabajo que lleva por subtítulo *Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones*, Freud da cuenta, a partir de su práctica clínica de la existencia de una fantasía de carácter perverso, referida por algunos de sus pacientes, en principio con un contenido vago, “pegan a un niño.” La producción de esta fantasía se asociaba a un elevado placer que regularmente desembocaba en un acto de satisfacción onanista.

Freud apoya la elaboración de esta comunicación en el estudio en profundidad de seis casos (cuatro mujeres y dos hombres), que por lo general habían acudido al tratamiento analítico a causa de una histeria o una

⁴⁶ Igual virtud será atribuida a lo sádico.

neurosis obsesiva; sin embargo estima la existencia de una fantasía de esta índole en individuos exentos de enfermedad. Con todo, a lo largo del tratamiento logra establecer que las primeras fantasías sádico- masoquistas, aparecieron muy temprano, aproximadamente en el quinto año de vida⁴⁷; al tiempo que sostiene que una fantasía de este tipo sólo admite ser concebida como un rasgo primario de perversión.

Freud se ocupará de la reconstrucción de la historia evolutiva de esta fantasía de paliza, lo que implica considerar una serie de cambios, en relación con el contenido y significado de la escena fantaseada. Lleva a cabo tal empresa, en principio sobre el material aportado por el análisis de las cuatro mujeres, alegando que a las fantasías de paliza de los hombres se anuda un tema diverso.

En la primera fase de estas fantasías el niño azotado no es el fantaseador, sino otro, por lo general, un hermanito y el cariz de esta fantasía será por tanto, sádico. Respecto de la persona que pega se dirá en principio que se trata de un adulto, que más tarde es reconocido claramente como el padre de la niñita. La frase que resume la escena fantaseada será "El padre pega al niño que yo odio."

En la segunda fase se sigue conservando al padre como aquel del que proviene el maltrato, sin embargo este recaerá ahora sobre el sujeto fantaseador, lo que destaca el carácter indudablemente masoquista de esta fase; la que, por otra parte, es entendida por Freud como una construcción del análisis. Esto es, a diferencia de la primera fase que puede ser

⁴⁷ Lo que coincide con el despliegue de la conflictiva edípica.

recordada, la segunda permanece inconciente y el enunciado que la resume será: "Yo soy azotado por el padre."

Por último, en la tercera fase, la persona que pega nunca es la del padre, o bien es un sustituto de este (un maestro, por ejemplo) o bien, se la deja en el anonimato. En lo que respecta a la niña fantaseadora se ve que ya no se sitúa en esta escena como aquella sobre la que caen los castigos, de hecho tampoco se tratará de un solo niño azotado; los martirios se propinarán ahora a varios niños. Al igual que la primera fase entonces, esta última atestigua un perfil sádico; pero a diferencia de ella, la fantasía tendrá un carácter erótico, aparece como portadora de una intensa excitación sexual que procurará satisfacción vía onanismo.

Ahora bien, ¿a qué puede deberse este refuerzo erótico? ¿Qué papel jugará la segunda fase de la fantasía en ello? En un recorrido simplificado vemos que la fantasía comienza siendo conciente, atraviesa una fase intermedia inconciente (en donde el sujeto fantaseador aparece involucrado de la manera más directa, en tanto es sobre quien recaen los azotes, los que por otra parte son propinados por el progenitor) y culmina siendo conciente pero revestida de un intenso carácter erótico.

En este punto es que Freud hará intervenir las vicisitudes del Complejo de Edipo. Recordemos que los orígenes de la fantasía de paliza se situarán en aquella etapa infantil, donde la niña se encuentra enredada en las excitaciones del complejo edípico y los diferentes "tempos" de la fantasía aquí abordada reflejarán los términos puestos en juego en dicha conflictiva.

La niña tomando como objeto de amor al padre, mostrará una actitud

de odio y competencia no sólo hacia la madre (a quien al tiempo dirige mociones de dependencia tierna), sino también hacia algún hermanito o hermanita que se presentan como obstáculos a la hora de postularse como objeto predilecto del amor parental; en este marco la fantasía de paliza de la primera fase, manifestará una forma de destituir a la competencia, que ha de resumirse como sigue: "El padre me ama sólo a mí, no al otro niño, pues a este le pega." Freud destaca que aquí la fantasía satisface los celos de la niña y se halla en dependencia de su vida amorosa; al tiempo que recibe apoyo de sus intereses egoístas. Por otra parte, no hay aun fundamento para asociar a esta temprana fase de la fantasía una excitación que involucrando a los genitales procure un acto de descarga. Para ello habrá que contemplar qué importantes transmudaciones depara el conocimiento de la segunda fase.

Los empeños amorosos infantiles (elección de objeto incestuoso) acaecidos en la etapa fálica, estarán destinados al fracaso, sucumbirán a la represión.⁴⁸ "Lo que estuvo presente inconcientemente como resultado psíquico de las mociones incestuosas de amor ya no es acogido más por la conciencia de la nueva fase, y lo que de eso ya había devenido conciente es de nuevo esforzado afuera." (Freud, 1919)

Freud, afirmará que simultáneamente a este proceso represivo aparece una conciencia de culpa ligada a los deseos incestuosos y justificada por la perduración de los mismos en el inconciente. El castigo que

⁴⁸ Según Freud, presuntamente debido a que su tiempo ha expirado. (En este sentido en el Sepultamiento del Complejo de Edipo, 1924 establece una analogía con el cambio de dentición)

se procurará esta conciencia de culpa aparquera plasmado en la escenificación de la segunda fase de la fantasía, que puede abreviarse en el enunciado: "No, (el padre) no te ama a ti, pues te pega." De este modo la fantasía ha devenido masoquista.

Sin embargo no es este el contenido único de esta escena, ella esconde y al tiempo denuncia algo más.⁴⁹ La represión que cae sobre la organización genital (o más estrictamente fálica) recién alcanzada, traerá aparejado no solamente el destierro o la permanencia en el inconciente de las mociones de amor incestuosas, sino también un rebajamiento regresivo, facilitado por la existencia de un componente sádico devenido autónomo prematuramente por razones constitucionales (rasgo primario de perversión).

Desde esta óptica, "el padre me pega" (ó "soy azotado por el padre") constituye el equivalente regresivo a la organización pregenital sádico-anal, de "el padre me ama", contenido fantasmático de la fase genital más elevada que ha caído bajo represión. (Por otra parte, la intensidad de este proceso represivo es lo que parece justificar el carácter inconciente de la segunda fase de la fantasía de paliza.)

Este ser-azotado es ahora una conjunción de conciencia de culpa y erotismo; *no es sólo el castigo por la referencia genital prohibida, sino también su sustituto regresivo*, y a partir de esta última fuente recibe la excitación libidinosa que desde ese momento se le adherirá y hallará descarga en actos onanistas.

Ahora bien, sólo esta es la esencia del masoquismo.(Freud, 1919)

⁴⁹ De manera análoga a los síntomas.



En relación a la tercera fase de la fantasía, aquella en la que el sujeto fantaseador aparece a lo sumo como espectador, en tanto que el padre se conserva bajo la forma de un maestro u otra autoridad, Freud dirá que sólo la forma de esta fantasía es sádica; en tanto la satisfacción presente en ella, no deja de ser masoquista, en la medida en que, aquellos muchos niños indeterminados a los que el maestro azota son sustitutos de la propia persona.

El conservar la modalidad masoquista de satisfacción es, pensamos, efecto del pasaje por la fase intermedia (inconciente). La apariencia sádica apoyada en tomar como objeto de los martirios a varios niños anónimos, así como el hecho de que la figura del padre sólo aparezca en un subrogado, permitirían tomar distancia de las representaciones reprimidas (por otra parte ligadas a lo edípico); por lo que la manifestación en la conciencia de la tercera fase de la fantasía descansaría en una serie de desfiguraciones operadas en su contenido. La manifestación en la conciencia, vía "camuflaje" de aquello que permanece reprimido, consideramos, no hace más que acercar la estructura de esta fantasía a la producción sintomática. Hay algo del orden de la satisfacción y algo del orden de la prohibición conjugados.

En otro orden de cosas, en lo que respecta a la fantasía de paliza de los casos masculinos referidos por Freud y que él mismo habría dejado en principio entre paréntesis, al fundamentar que en el caso de los hombres sería menester contemplar otras consideraciones; diremos que, no emprenderemos la tarea de comparar punto por punto las fases por las que ha atravesado la fantasía de paliza en el caso de la mujer y del hombre. Sin

embargo, señalaremos algunos ítems, que en última instancia justifican el hecho de encuadrar la fantasía abordada en *Pegan a un niño*, dentro del llamado masoquismo femenino:

- Los hombres masoquistas (en sus fantasías o en sus escenificaciones) suelen situarse en el papel de mujeres, coincidiendo entonces su masoquismo con una actitud femenina.
- En el caso del niño, la fantasía conciente o susceptible de conciencia, cuyo contenido es ser azotado por la madre, no es primaria. Aparece previamente y por lo general de manera inconciente, una fantasía que tiene por contenido: “Yo soy azotado por el padre”, degradación regresiva de “Yo soy amado por el padre”. Por ende, tanto en el caso de la niña como del niño, la fantasía de paliza deriva de la relación incestuosa con el padre. Ahora bien, en el caso de la niña, la fantasía masoquista inconciente parte de la postura edípica normal, en el caso del varón, en cambio, de la trastornada, tomando al padre como objeto de amor.
- Mediante una serie de procesos esta fantasía inconciente del niño: “Yo soy amado por el padre”, se trunca por la susceptible de conciencia: “Yo soy azotado por la madre”, ya no hay una actitud femenina hacia el padre, empero la posición sigue siendo pasiva.

En función de lo expuesto, *Pegan a un niño* (1919) se erigirá como obra clave en torno a la temática de la perversión en el recorrido freudiano; su originalidad radica en hacer intervenir la constelación edípica en la

génesis de la perversión. De modo que ésta ya no será considerada simplemente como un elemento aislado en la vida sexual del niño sino que se reconducirá al interior de la trama del Complejo de Edipo, surgiendo en su terreno y permaneciendo como su secuela.

Las antiguas concepciones de Freud acerca de la perversión no desaparecerán, sino que se subordinarán a los nuevos desarrollos. “La constitución sexual anormal ha mostrado en definitiva su poderío esforzando al complejo de Edipo en una dirección determinada y compeliéndolo a un fenómeno residual inhabitual.” (Freud, 1919)

En lo que respecta al encuentro entre perversión y neurosis diremos que, en tanto el complejo de Edipo aparecerá como rector de sus destinos, las esquemáticas equivalencias: perversión = preedípico y neurosis = Edipo y sus consecuencias, se rompen y las líneas se flexibilizan. Hay rasgos de perversión en la neurosis (la fantasía de “pegan a un niño” no hace más que atestiguar esto) y los perversos pueden mostrar tanto esbozos de actividad sexual normal, generalmente en la pubertad (aunque no con el suficiente vigor como para mantenerse), como represión en relación a la sexualidad infantil (cuestión que de tan buena gana se remitía antaño al patrimonio exclusivo de la neurosis).

Daremos algo más de fundamento a nuestra afirmación. Dirá Freud: Si se consideran las anamnesis obtenidas de las perversiones de adultos, se observa que la impresión decisiva, la “primera vivencia” de todos estos perversos, fetichistas, etc., casi nunca se remonta a una fecha anterior al sexto año. Ahora bien,

por esa época el imperio del complejo de Edipo ya ha caducado; la vivencia recordada, de tan enigmática eficacia, muy bien pudo subrogar la herencia de aquel. (Freud, 1919)

En esta dirección, Hans Sachs, tomando como apoyatura tanto los textos freudianos como su propia experiencia analítica, publica en 1923 un artículo bajo el nombre *Sobre la génesis de las perversiones*. Allí sostiene:

El perverso no hace excepción a la amnesia infantil, pues estamos acostumbrados a llevarla como una cicatriz provocada por las presiones contra la sexualidad infantil, y el análisis de una perversión nos lleva con la misma necesidad hacia el material inconciente, igual que en una neurosis.

Para dimensionar el impacto de los postulados freudianos de 1919 en las consideraciones psicoanalíticas, introduciremos algunos pasajes del texto de Sachs, que apuntalado en esos postulados, destaca su alcance clínico. El autor subraya la existencia de un parentesco estructural entre satisfacción perversa y síntoma neurótico (por ejemplo, ambos: descansan en la vida sexual infantil reprimida, son remanentes del Edipo y constituyen sucesos aumentados que ocurren en toda vida espiritual normal) e introduce una serie de casos que recalcan esta cercanía. Citaremos dos.

El primero de ellos:

Se trataba de una joven seriamente neurótica que sufría bajo el recuerdo de haber golpeado en su pubertad a un niño, experimentando placer sádico, aun cuando lo hiciera en broma y en forma inofensiva. Además ella recordaba que, algún tiempo

después de su pubertad, se había golpeado ella misma en los glúteos, experimentando sensación de placer. Esta paciente apenas podía pronunciar la palabra “golpear” ... Cada ruido que le hacía recordar un golpe – por ejemplo el ruido producido al golpear una alfombra – le originaba un rechazo y asco tales que la dejaban fuera de sí. Después de un penoso trabajo analítico se produjo de forma eruptiva la masturbación, hasta ese momento totalmente reprimida. De allí en adelante, la masturbación tenía la pretensión de ser una gratificación perversa, pues ocurría exclusivamente en la fantasía de que la analizada era golpeada. A partir de entonces se había acabado totalmente toda sensibilidad frente a expresiones o ruidos relacionados con golpes y aquéllos se consideraron como otros cualesquiera. La fobia había sido reemplazada una vez más por la perversión, de cuya represión ésta había surgido. Durante el largo proceso de represión que se presentó después de la pubertad, como durante aquella parte del trabajo analítico en que la represión se retraía, surgían estados intermedios en que no se podía decir con seguridad si existía un síntoma neurótico o una gratificación perversa.

En otro caso el analizado contaba que después de su primer coito, que había sido absolutamente satisfactorio, había sentido, al irse a su casa, el deseo irresistible de masturbarse en plena calle con el pene descubierto. Encontró la posibilidad – había oscurecido mientras tanto – de hacerlo en un paso a nivel del

ferrocarril y al paso de un tren, o sea a la vista de muchos espectadores pero quizá no visto por ninguno ni reconocido por nadie. En toda su vida no se había vuelto a presentar ese exabrupto de tendencia exhibicionista. Al tratamiento conmigo vino por un motivo de importancia, que era la imposibilidad de orinar en presencia de otras personas, por ejemplo, en un baño público. La gratificación perversa se había transformado en una forma de inhibición neurótica. ... (Sachs, 1923)

A partir de estos pequeños recortes clínicos, vemos que Sachs situará en un continuum gratificación perversa y síntoma neurótico, los que podrán alternarse bajo determinadas condiciones. En este contexto no ha de olvidarse que la fantasía de paliza analizada por Freud se presentaba en individuos neuróticos que (si bien no mostraban los actos perversos aducidos por Sachs, al menos nada se dice de ello) obtenían una gratificación perversa, onanista (que podía adquirir carácter compulsivo).

Por otra parte, la participación del complejo de Edipo en la génesis de la perversión adquirirá particulares características en función de la "desviación" de la que se trate, en este sentido, retomaremos los pasos freudianos, para conducirnos a otra de las perversiones a la que dedica un trabajo autónomo y en función de la que hará intervenir la cuestión de la castración.

El Status Sustitutivo del Fetiche.

La cuestión del fetichismo ya habría sido anunciada por Freud en sus *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), tal como hemos referido en otra parte del presente trabajo. Recordemos que allí, Freud sostendrá que cierto grado de fetichismo puede presentarse con regularidad en el amor normal (relacionando esto con la noción de sobrestimación del objeto sexual); la patología implicaría, por su parte, que la aspiración al fetiche se fije y reemplace a la meta sexual normal.

En posiciones intermedias entre normalidad y patología Freud situará la existencia de cierta condición fetichista; se trata de casos en los que se exige al objeto sexual una determinada condición (por ejemplo: color de cabellos, cierta vestimenta, o aun defectos físicos) para elevarse a la categoría de tal.

En relación a la etiología del fetichismo, en su temprano *Tres ensayos*, Freud, figura, por un lado, (en acuerdo según él mismo con autores como Binet) la existencia de una impresión sexual, recibida por lo regular en la infancia, por otro, refiere la presencia de una conexión simbólica e inconciente de pensamientos que llevan al individuo a sustituir el objeto normal por el fetiche (condición, por su parte, no ajena a las vivencias sexuales de la infancia).

Los desarrollos de Freud de 1905 se detienen en este punto por lo que no se introducen especificaciones respecto a las mencionadas vivencias infantiles o a la anudación de pensamientos. Sin embargo en un pie de

página, (cuya relevancia quedará luego al descubierto) agregado en dos tandas dirá: "(...) Otra contribución a la preferencia fetichista por el pie resulta de las teorías sexuales infantiles: el pie sustituye al pene de la mujer, cuya falta se echa fuertemente de menos." (Freud, 1910).

En muchos casos de fetichismo del pie puede demostrarse que la pulsión de ver, originariamente dirigida a los genitales y que quería alcanzar su objeto desde abajo, quedó detenida en su camino por prohibición o represión y por eso retuvo como fetiches al pie o al zapato. Y en ese proceso los genitales femeninos se imaginaron, de acuerdo con la expectativa infantil, como masculinos. (Freud, 1915)

A partir de la consideración del texto *Fetichismo* (1927), estos párrafos adquirirán pleno sentido y las "vivencias infantiles" y "conexión de pensamientos" antaño vagas o indeterminadas podrán reconducirse a la cuestión de la castración materna y al impacto y horror frente a los genitales femeninos, percepción grávida de consecuencias.

Para dimensionar estos procesos hemos de adentrarnos en las vicisitudes del complejo de Edipo en el niño y en las circunstancias ceñidas en torno a la fase fálica. Ya en otra ocasión y con apoyatura en *La organización genital infantil* (1923) hemos destacado que el niño no admite sino un solo órgano genital, el masculino, para ambos sexos, por lo que no existe en sentido estricto primacía genital, sino primacía del falo.

En la creencia del infantil sujeto, hombres, mujeres, animales o aún objetos inanimados son dotados de un miembro viril análogo al suyo. Este

órgano, de gran sensibilidad, atrae sobre sí la ocupación del niño e insita su curiosidad. Podría decirse que el interés del niño por el pene se manifestará doblemente: actividad masturbatoria y emprendimiento investigativo (ambas cuestiones cumplirán un papel en la amenaza de castración).

El niño ha de hacer la experiencia de que la vasta ocupación manual sobre sus genitales, no es una actividad bien recibida por el mundo de los adultos, y sobre su accionar recae la amenaza de que se le arrebatará esa parte del cuerpo tan estimada por él. Inicialmente no presta crédito a la posibilidad de un amedrentamiento tal, luego los descubrimientos a los que arriba en su camino investigativo, lo pondrán sobre aviso.

El pequeño, busca observar los genitales de otras personas y compararlos con los suyos. El conocimiento de los genitales de una hermanita o una compañerita de juegos lo pone en alerta sobre el hecho de que el pene no es un atributo común a todos los seres. Empero, la primera reacción frente a este hallazgo consiste en negar tal falta, pretendiendo ver el miembro. La contradicción entre la observación y la creencia se justifica asumiendo que el órgano es aún muy pequeño y que crecerá conforme la niña también lo haga. Paulatinamente el niño llega a la conclusión de que la pequeña poseía en inicio un miembro similar al suyo, del que luego fue privada vía castración de carácter punitivo. Con ello se vuelve representable la pérdida del pene propio y la amenaza de castración cobra efecto retrospectivamente.

Sin embargo el niño no generaliza rápidamente su observación de que algunas mujeres carecen de pene, en la medida que este hecho es



asociado a una operación de castigo. En la creencia infantil aquellas personas femeninas, despojadas de sus genitales han de haber incurrido en algún acto indigno, ilícito; que trajo aparejado punitivamente, la castración. Las mujeres respetables, como la madre, conservan el pene.⁵⁰

Freud sostiene en *Fetichismo* (1927) que el fetiche es el sustituto del falo de la madre, en el que sujeto ha creído en su infancia y al que no quiere renunciar, en tanto si la mujer esta castrada su propia posesión del pene corre peligro. La mantención de esta creencia no es simple y remite a un particular proceso. No se trata de que el niño, tras la observación de la mujer conserve sin más la creencia en el falo de esta, abandonando tal percepción por completo. Su actitud será, por así decir, paradójal; y en acuerdo con las leyes del pensamiento inconciente (proceso primario) conserva y al tiempo desmiente su percepción. Freud plantea esto en términos de un compromiso que salva el conflicto entre el impacto de la observación indeseada y la intensidad del deseo contrario; de lo que resulta que en lo psíquico, la mujer sigue conservando un pene, empero bajo la forma de un sustituto.

El fetiche representa tanto, un signo de triunfo sobre la amenaza de castración, cuanto la protección contra ella.

En lo que respecta a la determinación de un objeto como fetiche, Freud hipotetiza la suspensión de un proceso, aquel emprendido por el niño en su afán investigativo. Así, se retendría como fetiche la última impresión anterior a la ominosa. Encuadra en esta argumentación aquella cita

⁵⁰ Más tarde, cuando el pequeño enfrenta la problemática del nacimiento de los niños y advierte que sólo las mujeres pueden parirlos, deja de atribuir a la madre un pene.

freudiana incluida páginas atrás, que da cuenta de casos de fetichismo del pie. Lo mismo es válido para zapatos o ropa interior como fetiches, en esta situación la detención del proceso se produce en la acción del desvestido, último momento en que aún se pudo considerar fálica a la mujer.

Casos como el mencionado (prenda interior como fetiche) evidencian en la construcción misma del fetiche tanto la desmentida como la aseveración de la castración. El ocultamiento, que la pieza de vestimenta permite, hace subsistir la idea de que la mujer está castrada cuanto que no lo está, al tiempo que permite la hipótesis de la castración del varón. Un fetiche de este tipo está doblemente sostenido a partir de opuestos y obedece a una actitud fetichista que Freud cataloga como bi-escindida. Dirá, al tiempo, que en otros casos la bi-escisión se muestra en lo que el fetichista hace (en la realidad o en la fantasía) con su fetiche. En este contexto trae a colación la conducta del cortador de trenzas, que escenifica la castración que él desconoce. Su acción conjuga las dos aseveraciones inconciliables: la mujer ha conservado su pene, y el padre (con quien se identifica) ha castrado a la mujer.

El hecho de que el fetichista conserve hacia la castración de la mujer las dos posturas contrapuestas que hemos indicado, y no simplemente se rehúse al conocimiento de la castración, es una idea en la que Freud insiste y que, en último término, asocia a la noción de escisión del yo. Así, en el capítulo VIII. *El aparato psíquico y el mundo exterior*, de *Esquema del psicoanálisis* (1938), expresará:

La creación del fetiche ha obedecido al propósito de destruir

la prueba de la posibilidad de la castración, de suerte que uno pudiera escapar a la angustia de castración. Si la mujer posee un pene como otros seres vivos, no hace falta que uno tiemble por la posesión permanente del pene propio. Sin embargo, encontramos fetichistas que han desarrollado la misma angustia de castración que los no fetichistas, y reaccionaron frente a ella de igual manera. Por tanto, en su comportamiento se expresan al mismo tiempo las dos premisas contrapuestas. Por un lado, desmienten el hecho de su percepción, a saber, que en los genitales femeninos no han visto pene alguno; por el otro reconocen la falta de pene en la mujer y de ahí extraen las conclusiones correctas. Las dos aptitudes subsisten uno junto a la otra durante toda la vida sin influirse recíprocamente. Es lo que se tiene derecho a llamar una escisión del yo. (Freud, 1938)

Esta constelación, dará a la perversión fetichista un lugar peculiar en su relación con la normalidad. Freud afirmará que, en muchas ocasiones, en el fetichismo, la elección de objeto no gobierna de forma excluyente, sino que puede conjugarse con una conducta sexual normal, llegando en ocasiones a limitarse a un exiguo papel.

Por otro lado, destaca que la escisión yoica no es exclusiva del fetichismo, más allá de que éste constituye un objeto particularmente apto para su estudio.⁵¹

⁵¹ En este contexto, la escisión del yo (en cuya basa se conjuga la operación de desmentida y la aceptación de un fragmento de realidad objetiva) parece presentarse con frecuencia en la etapa infantil (como hemos destacado ya)

Para finalizar este apartado, referiremos de manera muy breve y tocando sólo de soslayo aspectos estructurales - que requerirían incluso un trabajo aparte - que, es posible situar al fetichismo en una suerte de intersección; manteniendo puntos en común, pero también diferencias con la neurosis y la psicosis. Al igual que el síntoma neurótico, el fetiche configura una formación de compromiso entre dos posturas contrapuestas; ahora bien, en el caso de la neurosis, una pertenece al yo y la otra, en tanto reprimida, al ello. Más allá de este distingo estructural, ambos (síntoma y fetiche) descansan en operatorias fallidas. Ya se trate de rechazar una exigencia pulsional o de desmentir un fragmento del mundo exterior real, el resultado será imperfecto y la consecuencia la existencia misma del síntoma o el levantamiento del fetiche.

Al igual que en el fetichismo, en la psicosis se hará presente la operación de desmentida; sin embargo, en el primero, no se trata simplemente de contradecir una percepción (que por otro lado, también se mantiene); lo que podría desembocar en alucinar un pene allí donde no se veía ninguno. Sino de un desplazamiento que transfiere el significado del pene a otra parte del cuerpo o a un objeto.

Elección de Objeto, Edipo e Identificación.

Si bien S. Freud no produjo un texto de conjunto que reuniese las múltiples vicisitudes e implicancias del Complejo de Edipo - tanto masculino como femenino - en una producción independiente, las referencias y

alusiones al mismo se hayan diseminadas en toda su obra, desde sus tempranas cartas a Fliess (en particular la fechada el 15 de octubre de 1897), hasta los tardíos desarrollos de *Esquema del psicoanálisis* (1938). Empezar un camino investigativo que abarque más de cuarenta años de elaboración freudiana en relación a este tema es, sin duda, una empresa que excede en mucho los acotados límites de este apartado. El que, por otra parte, como anticipa el título, pretenderá recortar la cuestión del Edipo en torno a las nociones de identificación y elección objetal.⁵²

En el capítulo III de *Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci* (1910), Freud con apoyatura en cierta fantasía del artista, así como en la indagación psicoanalítica de pacientes homosexuales, referirá, en relación a la génesis de la homosexualidad, la existencia de un particular vínculo con la madre, que se mudará en una identificación con ella.

Todos nuestros varones homosexuales habían mantenido en su primera infancia, olvidada después por el individuo, una ligazón erótica muy intensa con una persona del sexo femenino, por regla general la madre, provocada o favorecida por una hiperternura de la madre misma y sustentada, además, por un relegamiento del padre en la vida infantil.

Tras este estadio previo sobreviene una trasmudación cuyo mecanismo nos resulta familiar pero cuyas fuerzas pulsionales todavía no aprehendemos. El amor hacia la madre no puede

⁵² En función de estos exigüos márgenes no incluiremos, por ejemplo nociones referentes a la formación del superyó, a las que, por otra parte, hemos aludido brevemente en el contexto de "Las producciones de la posguerra."

proseguir el ulterior desarrollo conciente, y sucumbe a la represión. El muchacho reprime su amor por la madre poniéndose él mismo en el lugar de ella, identificándose con la madre y tomando a su persona propia como el modelo a semejanza del cual escoge sus nuevos objetos de amor. Así se ha vuelto homosexual; en realidad, se ha deslizado hacia atrás, hacia el autoerotismo, pues los muchachos a quienes ama ahora, ya crecido, no son sino personas sustitutivas y nuevas versiones de su propia persona infantil, y los ama como la madre lo amo a él de niño. Decimos que haya sus objetos de amor por la vía del *narcisismo*. ... (Freud, 1910)

Cuatro años más tarde en *Introducción al narcisismo* (1914) retomará estas ideas al considerar la vida amorosa como una de las vías de acceso al estudio del narcisismo. En este contexto diferenciará dos tipos de elección de objeto; de apuntalamiento (o anaclítico) y narcisista. En términos generales, el primero implica que las personas encargadas de la alimentación y cuidados del niño devienen los primeros objetos de amor, y funcionan como modelo de las posteriores elecciones. Así, según este tipo de elección se ama: * a la mujer nutricia, *al hombre protector.

En relación a la elección narcisista, el objeto de amor al que el individuo aspira descansa en el modelo de la propia persona. Según esta modalidad se ama entonces: *a lo que uno es, *a lo que uno fue, *a lo que

uno querría ser, *a la persona que fue una parte del sí-mismo propio.⁵³

Freud sostiene la hipótesis de que todo ser humano tiene ante sí ambos caminos para la elección de objeto, pudiendo definir uno u otro; esto es, tiene dos objetos sexuales originarios: él mismo y la persona encargada de su crianza. Presupone entonces, en todo individuo el narcisismo primario que, eventualmente, puede expresarse de manera dominante en su elección de objeto.

Esta idea de que en todo espécimen humano se presenta la posibilidad de tender hacia uno u otro tipo de elección objetal (que desembocaría en la normalidad o en la homosexualidad) se presenta en otros pasajes de la obra freudiana. Así, puede extraerse, por ejemplo, de una nota al pie efectuada en el ya mencionado texto *Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci* (1910); nota que data de 1919 y es, por ende, posterior a la publicación de *Introducción al narcisismo*. Por otra parte, la versión completa del complejo de Edipo, tal como figura en *El yo y el ello* (1923), podría situarse también en esta dirección.

En el agregado al pie de 1919, Freud refiere que la investigación psicoanalítica brinda para el entendimiento de la homosexualidad dos hechos. El primero es el que desarrolla en el cuerpo del texto: la particularidad de la fijación amorosa con la madre y la identificación a ella, tal como puede leerse en la cita párrafos atrás; el segundo alude a la tesis de que todas las personas, aún las más normales, son capaces de una elección

⁵³ Freud alude a mujeres narcisistas que si bien pueden permanecer frías hacia el hombre encuentran en el hijo un camino al amor de objeto. En este punto, entonces, no es el sí-mismo el modelo de objeto de amor, sino otro ser; empero este adquiere semejante status desde el narcisismo propio.

homosexual de objeto, de hecho la han consumado en algún momento de la vida y la conservan aún en su inconciente.

En el capítulo III del *El yo y el ello* (1923), en el contexto de dar cuenta de aspectos que colaboran en la génesis del yo y del superyó, Freud hará intervenir las nociones de identificación, elección de objeto y complejo de Edipo; estableciendo una serie de nexos, que él mismo califica de complicados. Conduce tal carácter a dos hechos: la disposición triangular de la constelación edípica, y la bisexualidad constitucional del individuo.

Freud menciona de manera simplificada que, en el caso del varón, se observa en una época temprana el desarrollo de una investidura de objeto hacia la madre, que tiene por punto de partida el pecho materno y es el arquetipo de una elección de objeto de tipo anaclítico, por su parte, del padre el niño se apodera por identificación. Plantea que ambos vínculos coexisten hasta que por refuerzo de los deseos sexuales hacia la madre y la consecuente percepción de que el padre es un obstáculo para estos, surge el complejo de Edipo. A partir de aquí la identificación-padre toma un carácter hostil y sobreviene el deseo de eliminar al padre a fin de sustituirlo junto a la madre. La relación con el padre se muestra ambivalente. Es esta constelación la que caracteriza el complejo de Edipo simple, positivo, en el caso del niño.

Con el sepultamiento del complejo de Edipo, la investidura de objeto hacia la madre ha de resignarse. Esto lleva a dos posibilidades: una identificación con la madre o un refuerzo de la identificación-padre. Este

último se considera el desenlace normal.⁵⁴

Sin embargo, el desarrollo simple de la situación, no parece contentar a Freud, en la medida en que sostiene: “Estas identificaciones no responden a nuestra expectativa, pues no introducen en el yo al objeto resignado, aunque este desenlace también se produce y es más fácilmente observable en la niña que en el varón.” (Freud, 1923). En efecto, menciona que, usualmente en la niña la renuncia al padre como objeto de amor es precedida por cierto afianzamiento de su masculinidad, y por una identificación no con la madre, sino con el padre, es decir, con el objeto perdido. Según Freud, esto depende de la intensidad de sus disposiciones masculinas. A partir de aquí afirmará que la salida de la situación del Edipo en términos de identificación-padre o identificación-madre parece depender, en ambos sexos, de la intensidad de las dos disposiciones sexuales; siendo este uno de los modos de intervención de la bisexualidad en el complejo de Edipo.

Otra forma que puede adquirir esta intervención y que resulta para Freud más significativa, implica considerar la constelación completa del complejo de Edipo. Su versión simple es planteada como una esquematización, en verdad, poco frecuente, en tanto que la perspectiva completa es presentada como la más habitual e involucra un complejo duplicado, positivo y negativo. Así, el varoncito no posee sólo una actitud

⁵⁴ En *La identificación*, capítulo VII de *Psicología de las masas y análisis del yo*. (1921) Freud había mencionado ya estos postulados, con el agregado de considerar que, en los casos en que el complejo de Edipo del niño experimenta una inversión, el padre es tomado por objeto, por lo que la identificación con él es precursora de la ligazón de amorosa.

ambivalente hacia el padre y una elección de objeto en relación a la madre, sino que simultáneamente se conduce como una niña, mostrando tanto una actitud femenina hacia el padre⁵⁵ como una actitud hostil hacia la madre.

Dice Freud:

Yo opino que se hará bien en suponer, en general, y muy particularmente en el caso de los neuróticos, la existencia del complejo de Edipo completo. En efecto, la experiencia analítica muestra que, en una cantidad de casos, uno u otro de los componentes de aquel desaparece hasta dejar apenas una huella registrable, de suerte que se obtiene una serie en uno de cuyos extremos se sitúa el complejo de Edipo normal, positivo, y en el otro el inverso, negativo, mientras que los eslabones intermedios exhiben la forma completa con participación desigual de ambos componentes. A raíz del sepultamiento del complejo de Edipo, las cuatro aspiraciones contenidas en él se desmontan y desdoblan de tal manera que de ellas surge una identificación-padre y madre; la identificación-padre retendrá el objeto-madre del complejo positivo y, simultáneamente, el objeto-padre del complejo invertido; y lo análogo es válido para la identificación-madre. (Freud, 1923)

La existencia de un complejo de Edipo completo (con la consecuente conjunción de las versiones positiva y negativa) en individuos neuróticos

⁵⁵ Esto coincide con las consideraciones que hemos realizado en otro lugar en relación al texto "Pegan a un niño" y a la noción de masoquismo femenino.

hace que no se restrinja la actitud homosexual a los terrenos de la psicopatología, y al igual que lo hemos indicado en relación a otras “perversiones” la división de aguas entre lo normal y lo patológico no resulta estricta.⁵⁶

En un sentido análogo, Freud menciona en *Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad* (1922) que, los celos se encuentran entre los estados afectivos que pueden ser entendidos como normales y siempre que dieran la impresión de faltar en una persona es posible aseverar que han sido reprimidos, adquiriendo un papel mayor en la vida anímica inconciente. Los casos de celos en extremo reforzados se muestran en una estratificación triple. Aludiremos al primero de estos estratos, que Freud refiere como celos normales. Se trata de aquellos compuestos por el dolor por el objeto de amor que se cree perdido y la consecuente afrenta narcisista; lo que se conjuga con sentimientos de hostilidad hacia los rivales que han sido preferidos. Freud llama la atención sobre el hecho de que estos celos, lejos de encontrar una explicación acabada en el marco de relaciones actuales, brotan del complejo de Edipo y pueden ser vivenciados bisexualmente. Así, en el hombre, además del dolor por la pérdida de la mujer amada y el odio hacia los rivales masculinos, existe también un duelo por el hombre al que se ama inconcientemente y odio a la mujer vista como rival.

Los puntos de encuentro con la normalidad (que podríamos resumir

⁵⁶ Por otra parte, Freud hace participar en la génesis de la paranoia, deseos homosexuales; tal como lo plantea en *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente*.(1911)

contemplados en las nociones de bisexualidad, Edipo completo y narcisismo primario), no desdibujan, por su parte, los mecanismos específicos en la génesis de la homosexualidad. En el texto mencionado en último término Freud dedica un espacio a este asunto, que inaugura del siguiente modo: "Reconocer el factor orgánico de la homosexualidad no nos dispensa de la obligación de estudiar los procesos psíquicos que concurren en su génesis."

En este contexto, menciona en relación a la homosexualidad masculina, los dos criterios que ya había trabajado años atrás en su estudio sobre Leonardo Da Vinci y más recientemente en el capítulo VII de *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921): fijación a la madre e identificación con ella. La primera de estas variables, dificulta el pasaje a otro objeto femenino; la segunda es un desenlace del vínculo amoroso con la madre y, al tiempo, una manera de permanecer fiel a ese primer objeto.⁵⁷

Asociada a esta configuración, se vislumbra una elección narcisista de objeto; que a su vez, esconde otro factor: la alta estima por el órgano viril y la incapacidad de renunciar a su presencia en el objeto de amor. En este punto, Freud refiere que la repugnancia o aún el horror frente a la mujer derivan, generalmente, del temprano descubrimiento de que ella no posee pene. Haciendo intervenir entonces, entre los factores presentes en la etiología psíquica de la homosexualidad, la angustia de castración.

Si nos remitimos a otras consideraciones presentes en este trabajo, en particular las desarrolladas en el apartado anterior, dedicado al fetichismo;

⁵⁷ En vistas de establecer un distingo entre elección de objeto e identificación, Freud dirá que, en el primer caso uno querría tener al objeto, mientras que en el segundo, ser como él.



veremos que la cuestión del “horror” parece restringirse en este último a los genitales femeninos y no referirse a la mujer en general. En este sentido pensamos que, tanto fetichismo como homosexualidad constituyen salidas disímiles frente al problema de la castración; en la medida en que, mientras el homosexual busca un objeto donde reencontrar el órgano viril, el fetichista se conforma con un elemento sustitutivo (que le permite negar la castración, tanto como aceptarla). Probablemente, la siguiente afirmación de Freud referida al fetiche: “(...) le ahorra al fetichista el devenir homosexual, en tanto presta a la mujer aquél carácter por el cual se vuelve soportable como objeto sexual.” (Freud, 1927), se perfila en esta dirección.

Retomaremos ahora las formulaciones freudianas en relación a los factores que participan en la génesis de la homosexualidad.

Tanto en *Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad* (1922), como en *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* (1920), Freud menciona el “hacerse a un lado” en la competencia con el progenitor del mismo sexo como elemento presente en la posición homosexual.

En el caso masculino, ello implica cierta deferencia con el padre o angustia frente a él, que conlleva la renuncia a la mujer en tanto objeto; por lo demás exclusivo del padre o de todos sus subrogados de sexo masculino. En una nota al pie, perteneciente al texto de 1920 que recién hemos mencionado, se lee, en relación a un caso de devenir homosexual de un hombre:

En su representación, todas las mujeres pertenecían al

padre, y se refugió en los hombres por resignación, para “hacerse a un lado” del conflicto con su padre. Esta clase de motivación de la elección homosexual de objeto tiene que ser frecuente; en las épocas primordiales del género humano fue realmente así: todas las mujeres pertenecían al padre y jefe de la horda primordial.

Como contraparte, en el caso femenino, la participación de este factor implicaría dejar los hombres a la madre. La significación de este hecho estará contenida en las particularidades de cada situación clínica. Así, en el material trabajado en *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* (1920), Freud expresa:

Un motivo práctico nacido de sus vínculos reales con la madre vino a sumarse como “ganancia [secundaria] de la enfermedad”. La madre apreciaba todavía el ser cortejada y festejada por los hombres. Y entonces, convirtiéndose ella en homosexual, le dejó los hombres a la madre, “se hizo a un lado”, por así decir, y desembarazó del camino algo que hasta entonces había sido en parte culpable del disfavor de la madre.

Existe aún otro mecanismo que Freud hace coincidir con la elección homosexual de objeto, aunque con la salvedad de no saber en cuánto deba estimarse su papel en la homosexualidad manifiesta y exclusiva. Por tanto, tal vez, sería más apropiado reconducirlo a los factores homosexuales presentes en la configuración heterosexual. Idea que encuentra afirmación en el hecho de que, el mecanismo en cuestión, descansa en la noción de celos, trabajada en torno a los puntos de intersección entre normalidad y

patología; y permite identificar en ambos procesos no del todo diversos.

El psicoanálisis ha dado noticia de gran variedad de casos en los que habrían emergido en los niños mociones de celos de particular intensidad, que naciendo del complejo materno se dirigen a rivales, por lo común hermanos mayores; con la correspondiente hostilidad hacia ellos. Empero, por influencia de la educación y por la impotencia de las mociones de esta índole, se producía su represión y una trasmutación de sentimientos que convertía a los otrora rivales en objetos de amor homosexual.⁵⁸ La elección homosexual de objeto se relacionaría entonces, con un refrenamiento de la rivalidad. Según Freud, esto, podría entenderse como una suerte de exageración de un proceso común: aquel que se halla en la base de los sentimientos sociales; los que constituirían formaciones reactivas contra los impulsos de agresión reprimidos, al tiempo que sublimaciones de actitudes homosexuales de objeto.

Por otra parte, en lo que respecta a la génesis de la homosexualidad femenina, al igual que en el caso masculino, han de considerarse los aspectos constitucionales asociados a la bisexualidad y las vicisitudes de las relaciones de objeto. Ambas cuestiones adquirirán, sin embargo, particulares características.

En *Sobre la sexualidad femenina* (1931) Freud refiere que la bisexualidad resalta más nítidamente en la mujer que en el varón y señala que mientras este cuenta sólo con un órgano genésico rector, la mujer posee

⁵⁸ Freud menciona que mudanzas de este tipo, han de observarse también en la paranoia persecutoria; excepto que en este caso la variación se daría en el sentido inverso: las personas primero amadas deviene luego los odiados perseguidores.

dos: uno propiamente femenino (la vagina) y otro análogo al miembro viril (el clítoris). A partir de aquí supone que durante varios años la vagina no desempeñará papel alguno, proporcionando sensaciones recién en la época puberal, en tanto que es en torno al clítoris que ha de desenvolverse la sexualidad de la niña, antes de acceder a la genitalidad. La vida sexual de la mujer se descompone en dos fases, la primera de carácter masculino, la segunda específicamente femenina. Este proceso de dos etapas que se suceden, falta en el varón.

De forma paralela a esta diferencia se observa otra, tocante al hallazgo de objeto. Tanto el niño, como la niña tomarán como primer objeto de amor a la madre (encargada de sus cuidados). Ahora bien, mientras el varón conserva este objeto (en principio en su conflictiva edípica y a posteriori en subrogados), la pequeña ha de volcarse al varón-padre como nuevo objeto de amor. De este modo, al cambio de vía sexual de la mujer se corresponde un cambio de vía en el sexo del objeto.

En términos generales, estas cuestiones diferenciales (órgano genitales y de relación objetal) se hallarán en la base del peculiar destino que el Complejo Edipo adquirirá en los casos masculino y femenino.

En la limitación de la sexualidad infantil del niño comandará el interés genital frente a la amenaza de castración. Así, si la satisfacción amorosa debe costar, en calidad de castigo, el pene; se establece un conflicto entre el interés narcisista por esta parte del cuerpo y la investidura libidinosa de objeto. Normalmente en esta conflictiva triunfa el primero de los términos. Tal como Freud lo formula en *El sepultamiento del complejo de Edipo* (1924). Allí

mismo introduce un interrogante respecto al caso de la niña, que reza: "¿Puede atribuírsele también una organización fálica y un complejo de castración?" Su respuesta será afirmativa, empero advertirá que las cosas no pueden ocurrir de igual manera que en el caso del varón. La diferencia morfológica, que aquí hemos referido en relación a la bisexualidad, ha de mostrar su impacto en el desarrollo psíquico.

El clítoris de la niña se comporta al comienzo como un pene, sin embargo, por comparación con un compañerito de juegos percibe la inferioridad de su miembro y luego de un tiempo de infructuosa expectativa respecto del crecimiento de este órgano, cae en la creencia de que en alguna ocasión poseyó un pene, que perdió por castración. Al no interpretar esta falta como un carácter sexual femenino, sino como una circunstancia personal, no la hace extensiva a otras mujeres, adultas, a las que atribuye un genital masculino (universal premisa de la fase fálica). He aquí una diferencia esencial, mientras la niña, acepta la castración como un hecho consumado, el varón experimenta angustia ante la posibilidad de su consumación.

Según Freud, en el niño, resta como secuela del complejo de castración cierto menosprecio por la mujer entendida como castrada. A partir de ello puede desarrollarse, en el caso extremo, una inhibición de la elección de objeto, que conjugada con factores orgánicos, podrá desembocar en una homosexualidad exclusiva. Los efectos del complejo de castración en la mujer se manifestarán en forma muy diversa; pudiendo derivarse tres orientaciones de desarrollo:

- Extrañamiento respecto de la sexualidad. La pequeña, a partir de la comparación con el varón, manifiesta descontento con su clítoris, renuncia a su quehacer fálico y a la sexualidad en general.
- Retención de la masculinidad amenazada. La esperanza de tener un pene, persiste hasta épocas tardías y se eleva a la condición de fin vital. En este contexto, la fantasía de ser un varón se conserva. Este “complejo de masculinidad” de la mujer puede conducir a una manifiesta elección homosexual de objeto.
- La tercera alternativa implica considerar los esbozos de la femineidad definitiva. En el marco del Edipo se toma al padre como objeto. El complejo de Edipo en la mujer es estipulado como resultado final de un desarrollo más prolongado; que lejos de ser destruido por el influjo de la castración, es creado por él.⁵⁹ Aquí, la renuncia al pene se acompaña con un intento de resarcimiento; estableciéndose una ecuación simbólica del pene al hijo. Prima el deseo de recibir como regalo un hijo del padre.

Hemos señalado brevemente cómo el complejo de castración de la mujer se entronca con el aspecto morfológico. Ahora bien, este complejo, hallará participación también en el otro elemento que indicamos como diferencial en relación a la sexualidad del varoncito: el cambio de vía en el objeto (el pasaje de la madre al padre).

Freud menciona como el más enérgico motivo de extrañamiento de la

⁵⁹ Mientras que el Complejo de Edipo del varón se va al fundamento a raíz de la angustia de castración.

niña respecto de su madre, el reproche por no haberla dotado del genital correcto, es decir de haberla parido mujer. Empero, no justifica el desasimiento de la pequeña en relación a su primer objeto de amor únicamente por esta vía. De este modo contempla otros factores (por ejemplo cierta recriminación de la niña en torno a una nutrición insatisfactoria), que entiende igualmente como insuficientes, apelando en último término a cierta premisa que podríamos calificar de evolutiva.⁶⁰ Existiría una razón intrínseca por la cual la temprana ligazón-madre tendría como destino naufragar: su carácter ambivalente e hiperintenso y el hecho de ser la primera ligazón.

... la intensa relación de la niña pequeña con su madre debió de haber sido muy ambivalente, y justamente por esa ambivalencia, con la cooperación de otros factores, habrá sido esforzada a extrañarse de ella; vale decir: el proceso es, también aquí, consecuencia de un carácter universal de la sexualidad infantil. (Freud, 1931)

A partir de esto y en relación al interrogante a cerca de qué ocurre en el caso del niño, es decir cómo es que este conserva el objeto madre siendo que su relación con ella no es menos intensa y ambivalente que en el caso de la niña, Freud plantea como respuesta tentativa que, el varoncito tramita su ambivalencia hacia la madre volcando en el padre sus sentimientos

⁶⁰ Como si un ciclo de relación contuviera en si mismo una "fecha de caducidad"; tal como los parámetros genéticos de un organismo contemplan el momento de su muerte. Ideas de esta índole no son novedad en Freud, nótese sus consideraciones respecto al "irse a pique" del Edipo, en *El sepultamiento del complejo de Edipo* (1924) y su analogía con el cambio de dentición.

hostiles.

En el caso de la niña, el extrañamiento respecto de la madre se conjuga a menudo con una suspensión de la masturbación clitorídea (de tinte masculino) y al tiempo con un descenso de las aspiraciones sexuales activas y un ascenso de las pasivas. Así el tránsito al objeto-padre se cumple con ayuda de estas aspiraciones pasivas, quedando abierto para la niña el camino hacia el desarrollo de la feminidad, siempre y cuando restos de la fase de la ligazón-madre (que Freud plantea como preedípica) no lo entorpezcan. En este sentido, Freud expresa incluso: "(...) era preciso admitir la posibilidad de que cierto número de personas de sexo femenino permanecieran atascadas en la ligazón-madre originaria y nunca produjeran una vuelta cabal hacia el varón." (Freud, 1931)

Ahora bien ¿es un estancamiento de este tipo el factor que se puede situar en la base de la homosexualidad femenina manifiesta? ¿representaría ésta una suerte de inhibición en el camino del desarrollo, al modo de las viejas consideraciones freudianas que ponían en relación perversión y fases preedípicas?

El asunto no es tan simple. Si bien, en función de la cita, una respuesta afirmativa sería la primera tentación, la expresión "vuelta cabal hacia el varón" complica la cuestión. El término "cabal" implica considerar que la vuelta hacia el hombre no sería completa o íntegra, sin embargo, no por ello ausente; de este modo no necesariamente se asociaría con la homosexualidad manifiesta.

El propio Freud reconoce que en su trabajo de 1931 (*Sobre la*

sexualidad femenina.), al que corresponde el párrafo extraído, no se dedica a fondo a aquellas cuestiones que podrían aquí venir a nuestro auxilio. "(...) tampoco he tratado las complicaciones que sobrevienen cuando la niña regresa a la ligazón-madre resignada a consecuencia de su desilusión con el padre, o en el curso de su vida repetidas veces cambia de vía de una actitud a la otra."⁶¹

La confluencia de la homosexualidad femenina con las variables edípicas es trabajada más expresamente por Freud en *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* (1920). Allí, al igual que en su producción de la década del '30 hará mención a cierta fijación infantil a la madre y al "complejo de masculinidad", sin embargo incluye otras nociones, de las que se ocupa a partir de un caso clínico. Por ejemplo, la idea de una desilusión con el padre (tal como se sostiene en la cita incluida anteriormente) tendrá aquí un papel.

Encontrándose la muchacha protagonista del caso en la fase de refrescamiento en la pubertad del complejo de Edipo, se le hizo evidente el deseo de tener un hijo (que inconcientemente debía ser engendrado con el padre). Sucedió por entonces que fue su madre (su competidora odiada en lo inconciente), la que recibió el hijo. Freud sostiene que a partir de aquí esta muchacha dio la espalda al padre, y al hombre en general, desestimando su feminidad y procurando otra colocación para su libido. Se hizo manifiesta en ella una actitud masculina y tomo a su madre (y subrogados) como objeto de

⁶¹ Ha de advertirse que si es dable una desilusión en relación al padre, debe de haberse oficiado un pasaje a este como objeto.

amor. En este marco el vínculo amoroso con el padre se mudó en identificación. Al tiempo, que la demostración de su homosexualidad ofició de venganza hacia el padre.

Freud manifiesta que no necesariamente un desengaño puberal en la añoranza de amor proveniente de la actitud edípica precipitará a toda muchacha a la homosexualidad, de modo que han de considerarse otros factores - que concibe como de probable naturaleza interna - en este destino. Menciona que la protagonista del caso había mostrado gran interés por jóvenes madres mucho antes del nacimiento de su hermanito; fluyendo muy tempranamente su libido en dos corrientes (homo y heterosexual). Según Freud, la vertiente homosexual, en este contexto, puede ser leída como continuación directa, no mudada, de una fijación infantil a la madre.

Por otra parte refiere que la muchacha arrastraba desde sus años infantiles un "complejo de masculinidad" muy acentuado. Había desarrollado una potente envidia del pene, ligada a la inspección de los genitales de un hermano algo mayor. En resumen, este factor, en conjunción con el anterior (fijación a la madre) han constituido el terreno fértil sobre el que, merced a una serie de circunstancias asociadas a la conflictiva edípica, ha venido a manifestarse la homosexualidad de la muchacha.

No ha de creerse que las consideraciones freudianas sobre el caso en cuestión se limitan a este sucinto recorrido, muy por el contrario, conducen a nociones, que por sus implicancias y por alejarse de los marcos de esta presentación, requerirían un tratamiento aparte.

CONCLUSIONES.

Las producciones teóricas en torno a las perversiones que hemos abordado en este recorrido, tanto en el marco psiquiátrico como en los desarrollos freudianos, se hallan atravesadas por lógicas contextuales, que las teñirán de particularidades.

Los avances en ciencia en general responden a variables socio-históricas, pudiendo reflejar en algunos casos los intereses en juego. De este modo, el surgimiento de la disciplina psiquiátrica, sus métodos terapéuticos, investigativos y sus postulados etiológicos descansan en una serie de sucesos y movimientos que caracterizaron al siglo XIX: Revolución francesa, Iluminismo, Naturalismo, Humanismo.

En este contexto, se erigirá una determinada *concepción de hombre* y de sus modos de enfermar y sanar. La psiquiatría clásica trabaja con un modelo de ser humano que implica situarlo en la *serie animal*, en la que ocupa un lugar privilegiado, no tanto por su origen divino como su capacidad de *razón*. Al tiempo que se destaca la idea de un *progreso humano continuo e ilimitado*.

La noción de *normalidad* se hallará asociada al mantenimiento del equilibrio natural (sesgo del naturalismo) y a la norma social. Aplicada al comportamiento sexual implica considerar entonces la existencia de un instinto sexual natural, que coincide con la expresión de conductas que no atenten contra de la moral y las buenas costumbres. Como contrapartida, las perversiones mostrarán una desviación del instinto que se manifestará en actos no acordes a la norma social (en este sentido recuérdese que Morel

hablaba de desviaciones en relación a la moralidad y Pierre Janet en el prefacio de *Psychopathia sexualis* hacia alusión a la idea de oposición a las leyes sociales).

En lo referente al desarrollo del concepto de perversión al interior mismo del cuerpo psiquiátrico veremos que, en principio podrá pesquisarse sumido entre las categorías nosográficas de los primeros alienistas, por ejemplo, dentro de las llamadas monomanías instintivas de Esquirol. El énfasis clasificatorio (análogo al modelo de la botánica) caracterizará los aportes psiquiátricos de principios del siglo XIX, conjuntamente con el interés por las formas médico-legales que, al ligar la incipiente disciplina al terreno jurídico, le permitirán cierta legitimación.

En la segunda mitad del siglo XIX, a partir de los trabajos de Morel, la perspectiva clasificatoria pasará por el elemento etiológico, adquiriendo importancia en este sentido la degeneración hereditaria. En relación con ella se piensan las denominadas "perversiones de los instintos genésicos". Sin embargo se presentan algunas dificultades al momento de situar la perversión en la obra de Morel, ya que también se la puede asociar a la locura histérica. De todas formas, más allá de ello, su *Traté des maladies mentales*, fue el único que le dedicó algunas páginas a un problema aún marginal para la psiquiatría; ya que por entonces las perversiones sexuales solían incluirse como uno de los tantos caracteres de una forma nosológica determinada, y por lo tanto, sin estatus nosográfico independiente.

Será en las últimas décadas del siglo XIX, de la mano de Krafft-Ebing que las perversiones tendrán un lugar más definido. Es este el primer autor

en describir de manera completa los trastornos de la vida sexual, considerados como anormalidades y en ocasiones como crímenes. De su clasificación de las "anomalías del instinto sexual", repararemos en su noción de paradoxia. Esta implica la aparición del instinto sexual fuera del momento biológicamente marcado por los procesos anátomo-fisiológicos de los órganos genitales, por ejemplo en la infancia; por lo que cualquier manifestación sexual en el período infantil era considerada patológica. En este sentido se aparta de las ideas de Moll y de Freud; las que a su vez tendrán diferenciaciones entre sí.

Recordemos que Albert Moll, desde una perspectiva ontogenética, plantea estudiar de la vida sexual del individuo desde el comienzo mismo de su evolución, dando cuenta de la presencia de manifestaciones sexuales en la infancia no patológicas en sentido estricto. Sin embargo, al dividir la infancia en dos períodos (del 1° al 7° año y del 8° al 14°); atribuye un carácter no necesariamente mórbido a los indicios sexuales presentados únicamente en la segunda etapa, en tanto que aquellos que se exhiben en el primer período, se asocian a disposición patológica. Esta sexualidad *en la infancia* destacada por Moll resulta independiente de la sexualidad del adulto. Por estas razones sus ideas no coinciden con las de Freud.

Por otra parte, en lo que respecta a las consideraciones etiológicas que la psiquiatría clásica hace intervenir se destaca mayormente el papel privilegiado atribuido a la herencia. Para algunos autores esta tendrá un gran protagonismo (Morel), para otros se conjugará con elementos externos, entendidos por lo general como complementarios (Moll, Binet, Krafft-Ebing),

para los menos su rol será nimio (Schrenck-Notzing). Por su parte, otros trabajos podrán el foco en una lectura evolucionista de la sexualidad y de las aberraciones sexuales (Chevalier, Clevenger, Lydston).

En términos generales la perversión en los trabajos psiquiátricos se entiende como desviación del instinto sexual natural del hombre, en la medida en que este se vuelca a un objeto diferente del que le esta biológicamente determinado, dando por resultado prácticas sexuales no conducentes a la reproducción (concepto de parestesia de Krafft-Ebing). La mirada freudiana mostrará puntos de divergencia y de acercamiento con esta idea.

El objeto de la pulsión es para Freud lo más variable de ella, no estando entonces ambas nociones originariamente enlazadas. Ello no hace más que destacar el marco de posibilidades de la pulsión, su versatilidad en relación a un objeto que se presenta como no dado de antemano; siendo el deslinde de estos conceptos lo que parece caracterizar a la sexualidad humana en su conjunto. Empero, esta consideración no hace olvidar el horizonte de la reproducción como meta y la genitalidad como criterio de normalidad.

Además, tal vez, ideas como: el nacimiento apuntalado de la pulsión en funciones biológicas, la existencia de fases sucesivas de desarrollo libidinal que marcan una evolución esperable, la "caducidad" natural de determinadas configuraciones (iniciación del período de latencia, destino de extinción de la temprana ligazón-madre) no hagan más que atestiguar cierta herencia biologicista en la obra de Freud. (Lo que probablemente no podía

ser de otro modo, por su formación y por los recursos de que disponía por entonces).

Con todo o muy a pesar de ello, la originalidad freudiana puso de relieve la existencia de una sexualidad infantil, que caracterizada por la presencia de pulsiones parciales y de variedad de zonas erógenas es entendida en términos de disposición perversa polimorfa, ello acarrea una universalización de la perversión. Sobre esta sexualidad infantil han de descansar tanto la sexualidad normal, como la perversa.

Los desarrollos freudianos más tempranos en torno a las perversiones insistirán en la presencia de dos criterios en su base: fijación y exclusividad de las disposiciones perversas. En este sentido y en términos generales la perversión aparecerá asociada a una inhibición en el camino del desarrollo, suerte de estancamiento en las fases preedípicas que dificultará la asunción de la genitalidad, con lo que trae aparejado ésta de unificación de las pulsiones parciales bajo el primado de una única zona erógena.

De esta concepción que asocia la perversión con lo preedípico, Freud vira después de 1919, dando lugar a una serie de trabajos que hemos incluido bajo el título de *Las producciones de la posguerra*. Se trata de una serie de publicaciones enmarcadas en su última teoría pulsional y modelo tópico. Postulados, que nacidos bajo el impacto de la Primera Guerra, destacan la inquietud freudiana en relación a la capacidad de destrucción de la que el hombre es capaz y el entramado de ello con la vida pulsional, dándole un nuevo cariz al asunto de la universalización, en particular de los aspectos sádicos y masoquistas (que ve claramente jugarse en las

estructuras neuróticas).

En este contexto, dará cuenta del carácter elaborado de las cuestiones perversas que, lejos de constituirse en una expresión cruda de la pulsión, revisten una complejidad que nada ha de envidiarle a los intrincados caminos de formación sintomática.

Lo perverso, antaño desgajado del acaecer edípico, será reconducido a este y, al igual que las neurosis, podrá pensarse como secuela del Edipo.

En esta dirección y en función ya de los últimos desarrollos freudianos podríamos dar cuenta de diferentes ópticas en la consideración del Edipo-Castración, en torno a las perversiones: (a) Fantasmática (*Pegan a un niño.*); (b) En relación a la operatoria privilegiada de determinado mecanismo (renegación de la castración en *Fetichismo.*); (c) Vinculada al campo de las identificaciones y de la elección de objeto (homosexualidad).

Cada una de ellas conlleva cierta flexibilidad de los límites entre perversión, neurosis y normalidad.

Por otra parte, el miramiento por las variables edípicas da al posicionamiento freudiano un carácter verdaderamente original en cuanto a la causación de los fenómenos perversos se refiere. Es de destacar empero que Freud no resigna la vertiente orgánica; y sus postulados etiológicos conjugarán entonces lo vivencial con lo constitucional.

A partir del recorrido efectuado en este trabajo vemos una serie de giros en torno a la noción de perversión, que en la psiquiatría clásica podrían resumirse del siguiente modo: de una confusión inicial bajo los límites de una nosología incipiente hasta su posicionamiento como entidad nosográfica

autónoma; desde un criterio clasificatorio basado en la descripción de signos a uno asentado en el elemento etiológico; desde una causación asociada casi exclusivamente a la herencia hasta la contemplación de elementos incidentales.

En lo que a la obra de Freud respecta hemos de situar como giro las consideraciones desarrolladas desde 1919 en adelante.

En tanto que entre los trabajos psiquiátricos y los freudianos ha de postularse más que un giro, un cambio de perspectiva. Si la psiquiatría surgía en el contexto de la ilusión del progreso ilimitado del hombre, el psicoanálisis freudiano espejará la desilusión acarreada por la guerra, la descreencia en el progreso infinito. Mientras la psiquiatría clásica se apoya en una concepción de hombre guiado por la razón y situado en la serie animal, Freud destaca el costado irracional de lo humano, costado que sin embargo no lo acerca al estado animal, de hecho se distancia de este, cuestión explicitada en la acometida en dos tiempos de la vida sexual como característica patrimonial del ser humano. Además mientras la psiquiatría clásica muestra el reino de una infancia temprana desexualizada, el psicoanálisis denuncia la caída de la inocencia de la infancia.

Bibliografía.

Albano, S.: (2006). *Arqueología del psicoanálisis. Una genealogía del discurso freudiano*. Ed. Quadrata. Bs. As.

Assoun, P.: (1982). *Introducción a la epistemología freudiana*. Ed. Siglo veintiuno. México.

Bercherie, P.: (1980). *Los fundamentos de la clínica. Historia y estructura del saber psiquiátrico*. Ed. Manantial. Bs. As.

Bercherie, P.: (1988). *Génesis de los conceptos freudianos*. Ed. Paidós. Bs. As.

Bleichmar, H.: (1982). *Introducción al estudio de las perversiones. La teoría del Edipo en Freud y Lacan*. Ed. Nueva Visión. Bs. As.

Enciclopedia. (s/f). *Historia mundial del siglo XX. Vol. 1, 2 y 3*. Ed. Vergara. Barcelona.

Foucault, M.: (1986). *Historia de la locura en la época clásica*. Ed. Fondo de cultura económica. Barcelona.

Foucault, M.: (1992). *La vida de los hombres infames. Ensayos sobre desviación y dominación*. Ed. Altamira. Bs. As.

Foucault, M.: (2003). *El poder psiquiátrico*. Ed. Fondo de cultura económica. Barcelona.

Freud, S.: (1886). *Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en la vida de Freud*. En Obras Completas Tomo

I. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1905). *Fragmento de análisis de un caso de histeria*.

En Obras Completas Tomo VII. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1905). *Tres ensayos de teoría sexual*. En Obras Completas Tomo VII. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1908). *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*. En Obras Completas Tomo IX. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1908). *Carácter y erotismo anal*. En Obras Completas Tomo IX. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1910). *Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci*. En Obras Completas Tomo XI. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1911). *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente*. En Obras Completas Tomo XII. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1912). *Contribuciones para un debate sobre el onanismo*. En Obras Completas Tomo XII. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1914). *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*. En Obras Completas Tomo XIV. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1914). *Introducción al narcisismo*. En Obras Completas Tomo XIV. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1915). *Pulsiones y destinos de pulsión*. En Obras Completas Tomo XIV. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1915). *De Guerra y muerte. Temas de actualidad*. En Obras Completas Tomo XIV. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1915). *La transitoriedad*. En Obras Completas Tomo XIV. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1916-1917). *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. En Obras Completas Tomos XV y XVI. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1917). *Una dificultad del psicoanálisis*. En Obras Completas Tomo XVII. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1918). *Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica*. En Obras Completas Tomo XVII. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1919). *Pegan a un niño*. En Obras Completas Tomo XVII. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1920). *Más allá del principio de placer*. En Obras Completas Tomo XVIII. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1920). *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*. En Obras Completas Tomo XVIII. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1921). *Psicología de las masas y análisis del yo*. En Obras Completas Tomo XVIII. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1922). *Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad*. En Obras Completas Tomo XVIII. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1923). *El yo y el ello*. En Obras Completas Tomo XIX. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1923). *Neurosis y psicosis*. En Obras Completas

Tomo XIX. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1923). *La organización genital infantil*. En Obras Completas Tomo XIX. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1924). *El sepultamiento del complejo de Edipo*. En Obras Completas Tomo XIX. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1924). *El problema económico del masoquismo*. En Obras Completas Tomo XIX. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1925). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos*. En Obras Completas Tomo XX. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1925). *Presentación autobiográfica*. En Obras Completas Tomo XX. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1927). *Fetichismo*. En Obras Completas Tomo XXI. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1931). *Sobre la sexualidad femenina*. En Obras Completas Tomo XXI. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1938). *Esquema del psicoanálisis*. En Obras Completas Tomo XXIII. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Freud, S.: (1938). *La escisión del yo en el proceso defensivo*. En Obras Completas Tomo XXIII. Ed. Amorrortu. Bs. As.

Galende, E.: (1990). *Psicoanálisis y salud mental. Para una crítica de la razón psiquiátrica*. Ed. Paidós. Bs. As.

Guyénot, E.: (1956). *El concepto de evolución*. Ed. Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana (UTEHA). México.

Jaramillo, R.: (1992). La Viena de Freud, su contexto histórico, político y cultural. *Revista colombiana de psicología. Freud y el fin de siglo*, N° 1, 75. U.N. de Colombia. Bogotá.

Jones, E.: (1985). *Freud*. Biblioteca Salvat de grandes biografías. Ed. Salvat, S.A. Barcelona.

Krafft-Ebing, R.: (1955) *Psychopatia sexualis*. Ed. El Ateneo. Bs.As.

Laplanche, J. Pontalis, J.B.: (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Ed. Paidós. Bs. As.

Maeso, G. (relator), y otros. (1992). El porqué de las perversiones en la obra de Freud y Lacan. En *Rasgos de perversión en las estructuras clínicas. Fundación del campo freudiano. Relatos presentados al sexto encuentro internacional. Paris, julio de 1990*. Manantial. Bs. As.

Pigna, F.: (s/f) *El siglo de las luces*.

http://www.elhistoriador.com.ar/articulos/mundo/siglo_de_las_luces.php Fecha de consulta: 14 de mayo del 2009.

Réau, L.: (1961). *La Europa francesa en el siglo de las luces*. Ed. UTEHA. México.

Roudinesco, E., Plon, M.: (1998). *Diccionario de psicoanálisis*. Ed. Paidós. Bs. As.

Sachs, H.: (1923). Sobre la génesis de las perversiones. *Imago. Revista de Psicoanálisis psiquiatría y psicología*, N° 5 (1977, julio), 14-22. Letra Viva. Bs. As.

Saurí, J.: (1969). *Historia de las ideas psiquiátricas. El naturalismo psiquiátrico*. Ed. Lohlé Lumen. Bs. As.

<http://es.wikipedia.org/wiki/ilustración> Fecha de consulta: 14 de mayo del 2009.

http://www.simon-bolivar.org/bolivar/el_siglo_de_las_luces.html
Fecha de consulta: 14 de mayo del 2009.